

# TEXTOS FUNDACIONALES DE AMÉRICA VIII: LA EDAD DE ORO DEL HUMANISMO EN LA NUEVA ESPAÑA

Por *Stelio Cro*

## INTRODUCCIÓN

Con la llegada a México, en 1550, de Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575), culmina un período de florecimiento cultural para el Nuevo Occidente que, conservando los valores del Occidente cultural de la Europa cristiana traídos por los conquistadores, se orienta hacia una mayor comprensión de la cultura autóctona, formando lo que vendrá a ser la herencia cultural y literaria del Nuevo Occidente y, en particular de México; es el siglo en que florecen fray Bernardino de Sahagún que entre 1540 y 1575 compone la monumental *Historia de las cosas de Nueva España* y que incluye el mismo Francisco de Salazar, dos veces rector de la recién fundada Universidad Pontificia de México, y autor de una *Crónica de la Nueva España* (1560), recientemente descubierta,<sup>1</sup> y de tres diálogos latinos —*Commentaria in Ludovici Vives* (1554)— que Joaquín García Icazbalceta tradujo y tituló *México en 1554*, además de Gutierre de Cetina [1505(?) -1557(?)], y, junto a ellos, fray Juan de Torquemada (1562-1640), Juan Ruiz de Alarcón (1580-1639), dramaturgo y escritor, y Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). Estos autores, que se pueden considerar de la Nueva España, a pesar de que algunos, como Sahagún, Torquemada, Cetina y Cervantes de Salazar, nacieron en España, y otros, como Ruiz de Alarcón y Sor Juana, eran nativos de la Nueva España, hicieron de ese siglo áureo el crisol del Nuevo Occidente en el Nuevo Mundo. El eximio crítico e historiador, profesor Jorge Traslósheros, en su obra *Iglesia, justicia y sociedad en la Nueva España. La Audiencia*

---

<sup>1</sup> Tenemos que considerar que el manuscrito de la *Crónica de Nueva España* que aquí analizamos, lo descubrió en la Biblioteca Nacional de Madrid don Francisco del Paso y Troncoso en 1908.

*del Arzobispado de México (1528-1668)*, justamente identifica a principios del siglo XVII un espíritu nuevo en la Nueva España e identifica varias iniciativas de carácter religioso y folklórico. Entre estas últimas describe el culto a la Virgen y menciona varias obras y celebraciones llevadas a cabo en la ciudad de México sobre ese importante movimiento religioso que él justamente contrapone a la crisis de la Madre Patria, con motivo de los reveses militares y económicos sufridos por España entre fines del siglo XVI y principios del XVII.<sup>2</sup> Además del atento y cuidadoso estudio del distinguido profesor de la Universidad Iberoamericana y director de la asignatura sobre Maestría de los Derechos Humanos de la misma Universidad, me parece que un análisis del impacto cultural de lo que podría considerarse como el siglo áureo de la literatura de la Nueva España, teniendo en cuenta las personalidades destacadas y apuntadas más arriba, podría echar luz sobre ese período culturalmente tan importante de la historia de la Nueva España. El presente estudio, dividido en tres secciones—Historia, Teatro y Poesía—analiza las obras de los siguientes autores: Francisco Cervantes de Salazar y su *Crónica de la Nueva España*, Gutierre de Cetina, Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y Sor Juana Inés de la Cruz.<sup>3</sup> Sobre la *Crónica* de Cervantes de Salazar se debe hacer una aclaración: es legítima la pregunta del por qué otro estudio sobre esta crónica sobre la Nueva España, después de los dos estudios ya publicados en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, el primero sobre las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y el segundo sobre la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo.<sup>4</sup> A quienquiera conozca la *Crónica* de Cervantes de Salazar, primer texto analizado en este estudio, no se le escapará la oportunidad de incluir esta obra en una serie de artículos que pretenden ofrecer textos de referencia sobre la conquista y colonización española en el Nuevo Mundo. La primera razón que se puede aducir es que no podía faltar en una colección así concebida un texto fundamental, aunque superficialmente se ha lamentado que la *Crónica* es obra no terminada. Esta prevención de

---

<sup>2</sup> Véase Jorge E. Traslosheros, *Iglesia, Justicia y Sociedad en la Nueva España. La audiencia del arzobispado de México 1528-1668*, México: Editorial Porrúa / Universidad Iberoamericana, 2004. Véase en particular el capítulo sobre el *Persiles y Segismunda* de Miguel de Cervantes y el capítulo sobre la “Primavera mexicana,” ambos muy informativos, originales y entretenidos, pp. 164-179.

<sup>3</sup> En “Textos Fundacionales de América VII: las dos Repúblicas” en *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, N. 42, Madrid, FUE, 2016, pp. 183-416, se han analizado las obras de fray Diego de Landa, fray Bernardino de Sahagún y de fray Juan de Torquemada.

<sup>4</sup> Véase Stelio Cro, “Textos Fundacionales de América V: Primera Parte, primera sección: el Nuevo Occidente visto por el conquistador: Hernán Cortés”, *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 39, Madrid, FUE, 2014, pp. 193-368; también, del mismo autor, “Textos Fundacionales de América VI: Primera Parte, segunda sección: la antropología del Nuevo Occidente: Bernal Díaz del Castillo”, *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, N. 41, Madrid, FUE, 2015, pp. 141-318.

por sí justificaría su inclusión. La *Crónica* llega al momento en que, después de la conquista de Cortés y la toma de Tenochtitlan el 13 de agosto de 1521, Cortés planea la exploración de los amplios territorios que desde el Atlántico al Pacífico se abrían a la alacridad, invención, operosidad, valentía y sentido de misión cristiana del pueblo español. Es un dato significativo que se cierre, o suspenda, con el relato de la expedición planeada por Cortés y llevada a cabo por un grupo de soldados españoles encabezados por el capitán Montaña, al volcán Popocatepetl para sacar azufre de sus entrañas con el que manufacturar pólvora, sin la cual no se podían utilizar las armas de fuego indispensables para una colonización tan vasta y llena de peligros. Antes de llegar a su conclusión, Cervantes de Salazar nos ha dejado un magnífico cuadro en el que ha rescatado del olvido varios capitanes de Cortés y las heroicas mujeres españolas que acompañaron a los conquistadores como enfermeras y cocineras, cuidando heridos españoles e indios. Si este dato original no fuera suficiente, baste observar las fuentes utilizadas por Cervantes de Salazar, que conoció a varios conquistadores que le contaron sus experiencias, como el capitán Montaña cuyo relato sobrecogedor cierra la *Crónica*. La relación de la *Crónica*, que en el presente artículo se ordena de manera antológica, responde a un criterio historiográfico cuya finalidad es la demostración de que la conquista de la Nueva España se planificó y desarrolló como una expansión de la dinámica de la Reconquista, cuya conclusión peninsular precedió la conquista de la Nueva España de una generación, o sea unos treinta años antes. A este aspecto historiográfico la selección del material de la *Crónica* incluye personajes históricos de relieve, como los valerosos capitanes que contribuyeron a la conquista y las mujeres españolas cuyo heroico fin subraya el drama de la “Noche triste”. La inclusión del episodio de la prisión y muerte del emperador Moctezuma mira a subrayar un acontecimiento histórico no del todo aclarado. Por fin, he creído oportuno subrayar que el texto de la *Crónica* es el que explica con gran acopio de detalles, el cambio de estrategia de Cortés en la Pascua de Resurrección de 1521, con el que el general español conquistó Tenochtitlan.

## I. EL ANTECEDENTE DE FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

En el prólogo al Libro Doceno—*Que trata de la conquista de México*—fray Bernardino de Sahagún interpreta como voluntad de la Providencia Divina la venida de Hernán Cortés, al que Bernardino de Sahagún equipara al Cid Campeador:

En todo lo que adelante pasó, parece claramente que Dios le inspiraba en lo que [Hernán Cortés] había de obrar, así como hacía en los tiempos pasados el Cid Ruiz Díaz, nobilísimo y muy santo capitán español, en tiempo del rey D. Alonso de la mano horadada, que fue rey de España y emperador y capitán de la iglesia roma-

na. Tuvo instinto divino este nobilísimo capitán D. Hernando Cortés, en no parar en lugar ninguno hasta venir a la ciudad de México (que es metrópoli de todo este imperio), en la cual habiendo pasado muchas cosas después que comenzó la guerra milagrosamente le libró Dios de las manos de sus enemigos que le tuvieron a punto de matarlo.<sup>5</sup>

Esta perspectiva providencial y de la conquista de la Nueva España como una expansión que estaba inspirada por la Reconquista, es la tesis que inspira la *Crónica de la Nueva España* de Don Francisco Cervantes de Salazar. A esta perspectiva que ahonda su tejido historiográfico en la lucha de los españoles que durante casi ocho siglos templaron su identidad en la Reconquista, debe la *Crónica* su originalidad e importancia.

## II. HISTORIA: LA CATARSIS OCCIDENTAL EN LA OBRA DE FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR

Este humanista emigrado a la Nueva España en 1550, después de codearse en la corte con Hernán Cortés, a quien prodiga elogios y a quien reconoce su función civilizadora, escribió varias obras en su patria de adopción. La originalidad de su *Crónica de la Nueva España*,<sup>6</sup> estriba en la capacidad del autor en captar aspectos de la conquista que habían quedado oscurecidos en las historias de ese magno acontecimiento, obras ya compuestas en la Nueva España, como las *Cartas al Emperador Carlos V* de Hernán Cortés, o escritas y publicadas en España, como la *Hispania Victrix* de Francisco López de Gómara. El largo fragmento de la *Crónica* de Salazar que nos ha llegado incluye pormenores de las dos expediciones anteriores a la de Cortés, o sea la de 1517 de Francisco Fernández de Córdoba y la de Juan de Grijalva en 1518, la conquista de la Nueva España por Hernán Cortés y una serie de tópicos que las otras obras han dejado en un segundo plano o en las que los autores se han guardado de expresarse.

---

<sup>5</sup> Véase Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, editor Angel María Garibay, México, Porrúa, 1999, pp. 720-721. Referencias con la abreviación *Sahagún*, seguida del número de páginas entre paréntesis.

<sup>6</sup> He leído el texto de la *Crónica de la Nueva España*, de Francisco Cervantes de Salazar en la edición de don Juan Miralles Ostos. México, Porrúa, 1985. A esta edición se refieren las citas de los libros, capítulos y páginas, con la abreviación *Crónica*.

## 1. Una hipótesis de solución ante las incongruencias en la cronología de la batalla de Otumba

Como hemos visto, hay incongruencias cronológicas entre las *Cartas de Relación al Emperador Carlos V* de Cortés y la *Historia verdadera* de Bernal Dáz del Castillo. Uno de los ejemplos más claros es la fecha de la batalla de Otumba, que Bernal fecha en el 14 de julio de 1520 y el editor Serés corrige fechándola en el 7 de julio, de acuerdo a la fecha referida por Cortés.<sup>7</sup> También en la *Crónica* se deslizan una que otra incongruencia, quizás como consecuencia de los casi cuatro siglos transcurridos entre la composición de Francisco Cervantes de Salazar y el descubrimiento de su obra en la Biblioteca Nacional de Madrid, por obra de Don Francisco del Paso y Troncoso. Empecemos por aclarar esta primera y más importante incongruencia cronológica. Ahora bien, si la “Noche Triste,” que es cuando los españoles huyen de Tenochtitlan perseguidos por los aztecas que logran matar y sacrificar cerca de ochocientos españoles y miles de aliados tlaxcaltecas, fue el 30 de junio de 1520, según Cortés (y Serés, el editor de la *Historia verdadera* de Bernal), habrían transcurrido 7 días antes de la batalla más sangrienta de la conquista de la Nueva España, batalla vencida por los españoles, auxiliados por miles de tlaxcaltecas. Dejemos por ahora en suspenso esta aparente incongruencia y agreguemos otra que se relaciona con ésta. Sabemos que después de la “Noche triste” le quedaban a Cortés poco más de unos veinte caballos, algunos heridos, como recuerda Bernal: “digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos; pues los tiros y artillería y pólvora no sacamos ninguna” (*HV*, 485). De acuerdo a las descripciones de la batalla, todas concuerdan en identificar el momento decisivo de esa batalla campal cuando Cortés ordena a la caballería castellana atacar al general en jefe y sus ayudantes que se encuentran en una elevación al centro del grueso de los soldados aztecas. El ataque es exitoso porque los caballos castellanos rompen el orden de batalla de miles de guerreros aztecas hasta llegar adonde está el general y gran sacerdote azteca al que Cortés tumba de su trono y Juan de Salamanca mata de un lanzazo, mientras los otros jinetes liquidan a los jefes aztecas que se encontraban cerca del general. Con esta ac-

<sup>7</sup> Según Bernal, pasados unos días de la salida de Tenochtitlan, a la que Cortés llamó la “Noche Triste”, durante los cuales los sobrevivientes pudieron cerciorarse de las pérdidas de los compañeros y de los prisioneros, todos muertos en las puentes, camino de Tlaxcala, “en un llano, ya que creíamos ir en salvo, vuelven nuestros corredores del campo que iban descubriendo y dicen que están los campos llenos de guerreros mexicanos aguardándonos” (*HV*, 487). Más adelante, Bernal especifica la fecha de la salida de Tenochtitlan y la de la batalla de Otumba que Cortés sostuvo con los aztecas que le esperaban en los llanos de Otumba: “fue nuestra salida huyendo a diez del mes de julio del dicho año, y fue esta nombrada batalla de Otumba a catorce del mes de julio” (*HV*, 490). El editor Serés corrige en nota que “el 7 de julio de 1520 tuvo lugar una de las más sangrientas batallas” (*HV*, 1483).

ción, la batalla se decidió en favor de los españoles, pues los guerreros aztecas, enterados de la muerte de su general en jefe y de los otros jefes, se retiraron en desorden, ofreciendo la oportunidad a los españoles y sus aliados tlaxcaltecas de entregarse a una verdadera carnicería. Surge aquí la duda de cómo hubiera podido Cortés lograr abrirse camino hasta llegar al puesto de mando enemigo con un número reducido de caballos, algunos aún convalescientes de las heridas recibidas días antes. Otra incongruencia se percibe en las noticias de barcos que llegaron a Veracruz, con hombres, armas, caballos, pólvora y pertrechos, sin los cuales Cortés no hubiera podido preparar su ofensiva para cercar Tenochtitlan. Entre Bernal y Francisco de Salazar se cuentan cinco o seis barcos que llegaron a Veracruz con hombres, caballos, armas, pólvora y pertrechos. Bernal menciona varios barcos enviados por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica: uno cuyo capitán era un tal Camargo, luego otro navío cuyo capitán era Miguel Díaz de Arauz, en socorro de otro barco cuyo capitán era Alvarez Pinedo. Al no recibir noticias de estos barcos el gobernador Garay decidió venir en persona con una armada de trece navíos. Algunos de sus soldados se hicieron ladrones y recorrieron los pueblos de indios, robando las mujeres, hasta que los indios se juntaron y mataron más de quinientos españoles de los de Garay. Algunos navíos de Garay se perdieron, pero los más se entregaron a Cortés. Garay logró que Cortés dejara en libertad a Narváez para que volviese a su casa y su mujer en Cuba, antes que Garay se enfermara y muriera de un dolor del costado (*HV*, 731-749). El pasaje siguiente de la *Crónica* inicia una sección que, sin ser agrupada en un libro, ni en un capítulo, constituye un aspecto original e importante de la obra de Cervantes de Salazar: la reseña detallada y documentada de los barcos que aportaron a la Nueva España, algunos que se habían armado para combatir a Cortés y que terminaron en su poder con su precioso cargo de hombres, armas, pólvora y caballos. El texto en cuestión recuerda la exploración de Ponce de León a la Florida, terminada con su muerte, y su nave que llega a Veracruz. Este nuevo hecho da a Cortés nuevo impulso para acabar con la resistencia de los aztecas:

A esta sazón aportó un navío de Joan Ponce de León a la Villa Rica [de la Veracruz], que habían desbaratado en la tierra de La Florida, el cual vino a tan buen tiempo que más no se pudiera pensar, porque traía pólvora y ballestas y otras municiones de que Cortés tenía extrema necesidad (*Crónica*, Lib. V, cap. CLXXV, 729).

Gracias a la *Crónica* y a Bernal nos enteramos de los barcos que ayudaron a Cortés a reponer sus fuerzas y a proveerle de armas, pues ya hemos visto que en la “Noche triste” Cortés perdió los tiros, las escopetas y la pólvora. La relación de

Bernal sobre la flota de Francisco de Garay de 1523—cuando ya habían pasado dos años de la toma de Tenochtitlan por Cortés—es posterior a la llegada de los barcos mencionados en la *Crónica*. Los navíos identificados por la *Crónica* arribaron a Veracruz en el momento en que Cortés planeaba el ataque a Tenochtitlan y sus fuerzas aún resentían las pérdidas de dos tercios de sus efectivos durante la “noche triste.” La siguiente es la noticia de la llegada de otros navíos:

Estando Cortés en Tepeaca y luego que llegó a Tlaxcala, quiso Dios, para el castigo de México y para acabar sus abominables y nefandos pecados, que algunos de los navíos que llevaban otra derrota, como los de Garay, e otros, que llevaban otro fin, como fueron los que Diego Velázquez enviaba a favor e ayuda de Narváez, se juntasen todos, y no pudiendo hacer otra cosa, sirviesen a Cortés, y por que más claro se vea el proveimiento de Dios en esto y la buena ventura de Cortés, es de saber que primero llegó un navío cuyo maestre se llamaba Hernán Medel. Éste trajo caballos, gente y armas y entre ellos a Joan de Burgos, hombre de suerte, que vino con criados, armas y caballos y sirvió después muy bien en la conquista de México, y conquistado, fue Alcalde y tuvo ancha reputación hasta que murió. Pocos días después vino otro navío cuyo capitán se llamaba Pedro Barba, natural de Sevilla, que después en la conquista fue capitán de un bergantín, y el maestre se llamaba Alonso Galeote, que fue muy buen soldado y a la vejez cegó. Traía este navío muchos mancebos hijosdalgos, que fueron bien necesarios de aquella edad, para los trabajos que padecieron. Estos dos navíos envió Diego Velázquez para deshacer a Cortés y rehacer a Narváez, de manera que la salud le vino de su enemigo. En socorro deste envió Garay a Antonio de Camargo con dos navíos. Este fue al que no rescibieron bien los indios de Pánuco, y así le fue forzado venir al puerto de la Villa Rica con mucha hambre y sed, porque los indios no le habían dexado saltar en tierra. Estuvo en el río treinta días surto. Cortés escribió a su Teniente le diesen todo lo necesario y le avisasen no pasase de allí, por que no se perdiesen. Saltaron muchos hijosdalgo en tierra, los cuales no pararon hasta verse con Cortés. Como Garay de todos estos navíos no tenía nueva, envió en socorro de Camargo a Miguel Díaz de Aitos, que fue uno de los mejores conquistadores que hubo. Murió muy viejo y muy rico en México; traxo muy buena gente y caballos. Todos estos navíos dieron a Cortés soldados y Capitanes a cumplimiento del número que tenemos dicho,<sup>8</sup> aunque Jerónimo Ruiz de la Mota, varón muy cuerdo y curioso, en sus Memorias dice que fueron quinientos y noventa. Estos fueron los que llegaron a Tlaxcala (*Crónica*, Lib. V, cap. XLI, 570-571).

La reseña de Bernal incluye varios barcos de Diego Velázquez y de Francisco de Garay, que, necesitados de ayuda, fortalecieron a Cortés:

<sup>8</sup> En el capítulo XXXIX, donde se describe el alarde que Cortés hace en Tlaxcala, Cervantes de Salazar cuenta “cuarenta de a caballo e quinientos y cuarenta de a pie” (*Crónica*, Lib. V, cap. XXXIX, 567).

Como ya Cortés tenía copia de soldados y caballos y ballestas, e se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que envió Diego Velázquez, en que venían por capitanes Pedro Barba y Rodrigo de Morejón de Lobera, y trujeron en ellos sobre veinte e cinco soldados y dos caballos y una yegua. Y luego vinieron los tres navíos de Garay, que fue el primero capitán que vino Camargo y el segundo Miguel Díaz de Auz y el postrero Ramírez el Viejo, y traían entre todos estos capitanes que he nombrado sobre ciento y veinte soldados, y diez y siete caballos e yeguas, y las yeguas eran de juego y de carrera (*HV*, 517).

Bernal interpreta el programa naval de Francisco de Garay como resultado de su rivalidad con Cortés, de quien al mismo tiempo admiraba y envidiaba la capacidad de mando:

Y como le decían de las cosas heroicas que Cortés y sus compañeros habíamos hecho y como tuvo nueva que con docientos y sesenta y seis soldados habíamos desbaratado a Pánfilo de Narváez, habiendo [Narváez] traído sobre mil y trecientos soldados con ciento de a caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros y diez y ocho tiros, temió la fortuna de Cortés (*HV*, 733).

Después de enviar varios navíos a la comarca de la Nueva España, donde Cortés había fundado Veracruz y varias villas costeras, Garay decidió probar su suerte para tratar de ampliar su gobernación en el territorio que confinaba con la gobernación de Cortés. Para conseguir su fin armó una flotilla de once navíos y dos bergantines:

Y buscó once navíos y dos bergantines, que fueron XIII velas; y allegó ciento y treinta y seis caballos, y ochocientos y cuarenta soldados, todos los más ballesteros y escopeteros, y basteciols muy bien de todo lo que lo que hobieron menester, que era pan cazabi y tocinos e tasajos de vacas, que ya había harto ganado vacuno, que como era rico y lo tenía todo de su cosecha, no le dolía el gasto. Y para ser hecha aquella armada en la isla de Jamaica, fue demasiada la gente y caballos que allegó. Y en el año de mil y quinientos y veinte y tres años salió de Jamaica con toda su armada, por San Juan de junio, e vino a la isla de Cuba a un puerto que se dice Jagua, y allí alcanzó a saber que Cortés tenía pacificada toda la provincia de Pánuco e poblada una villa, y que había gastado en la pacificar más de sesenta mil pesos de oro e que había enviado a Su Majestad a suplicar le hiciese merced de la gobernación della juntamente con la Nueva España (*HV*, 733).

Garay se dio cuenta que sus temores estaban justificados. Según la fecha de su salida de Jamaica con su flota, fines de junio de 1523, Cortés ya estaba pacificando los territorios conquistados desde el 13 de agosto de 1521, fecha de la rendición de Tenochtitlan. Esa pacificación incluyó a Pánuco, gobernación de Francisco de Garay.



Sea que consideremos la acción de la Providencia que, como creyeron Bernardino de Sahagún y Cervantes de Salazar, que con todos estos navíos, incluyendo los de Narváez y de Garay, que en un primer momento hubieran debido obstaculizar y hacer fracasar la empresa de Cortés, y que, como dice Cervantes de Salazar, intervino para que “la salud le [vinera] de su enemigo”; sea que propendamos en creer que la suerte le sonrió a Cortés, según el adagio romano—*fortuna audaces iuvat*—no queda duda que, después del desastre de la “Noche triste,” la llegada de los hombres, las armas, los caballos y la pólvora influyeron en el éxito del plan de Cortés de rodear Tenochtitlan y de conquistar el imperio azteca. En este sentido, el relato de la *Crónica* completa el cuadro de los navíos que ayudaron a Cortés con sus pertrechos y cuya presencia ya habíamos aprendido leyendo el relato de la *Historia verdadera* de Bernal.

Después de considerar la diferencia en las opiniones de los historiadores sobre el tiempo transcurrido entre la “Noche triste”, o sea el 30 de junio de 1520, y la batalla de Otumba, que, según Cortés y el editor Serés, ocurrió el 7 de julio de 1520, o el 14 de julio del mismo año, según Bernal, podría adelantarse una consideración, desde luego hipotética, sobre una secuencia distinta de algunos acontecimientos. Supongamos que en vez de una o dos semanas, entre la “Noche triste” y la batalla de Otumba haya pasado más tiempo. Después de todo, las heridas y el agotamiento físico y psicológico entre los españoles, como ellos mismos admiten, necesitaron varias semanas de convalecencia y de reorganización del ejército que Cortés planeaba llevar a sitiar Tenochtitlan. Durante este tiempo es probable que Cortés, soldado siempre alerta y que aprovechaba el tiempo para preparar sus campañas, haya ordenado a Gonzalo de Sandoval traer las piezas prefabricadas de los bergantines de Tlaxcala hasta Texcoco, donde Joan Márquez y Alonso de Ojeda dirigirían el trabajo de montar los trece bergantines y calafatearlos. Si tenemos en cuenta las quejas de los sobrevivientes españoles de la “Noche triste,” nos damos cuenta que en este largo mensaje de los soldados de Cortés a su general, no hay mención de la batalla de Otumba y, por otra parte, se declara sin ninguna duda que el ejército español se halla en Tlaxcala y que los heridos se están curando en las casas que los tlaxcaltecas le han abierto con gran generosidad. Esa situación es la que les recuerda Cortés en su réplica. Es una admisión de un tiempo de curación y convalecencia cuya duración pudo superar la semana o semanas indicadas por los historiadores. Aunque resulte por ahora difícil, sino imposible, determinar con exactitud las fechas de los distintos acontecimientos, sobre todo de la batalla de Otumba, que seguramente fue una gloriosa victoria de un ejército español diezmado en sus números, pero no en su valentía, y que luchó con ese denuedo de los héroes de la Reconquista, una virtud señalada por todos los historiadores que se han ocupado de ese magno acontecimiento.

### III. EL CONQUISTADOR

#### 1. Cortés y la alianza con los tlaxcaltecas

Sobre el conquistador, Cervantes de Salazar ha dejado juicios positivos y ha demostrado la capacidad de mando y la sutileza diplomática de Cortés. Este cronista fue citado por Clavijero en su *Historia Antigua de México*, junto con las autoridades de las crónicas más importantes del siglo XVI sobre la conquista de la Nueva España, como Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Gómara, Torquemada, Zurita, Acosta, Ixtlixóchitl, y otros. Sobre Cervantes de Salazar dice: “El Dr. Francisco Cervantes de Salazar, dean de la iglesia metropolitana de México. El cronista Herrera alaba las Memorias históricas de México, escritas por este literato; pero no sé de ellas otra cosa” (*Clavijero*, xxlx). En el Libro Quinto, capítulos IV-IX, el autor describe cómo Cortés se enfrenta con las protestas de sus hombres que no se sienten seguros en Tlaxcala y le piden a Cortés que salgan de la ciudad aliada:

Muy descontentos estaban los más de los compañeros de Cortés, así por lo que los indios de la parcialidad de Xicotencatl<sup>9</sup> les decían, como porque deseaban verse la vuelta de la mar para tornarse a Cuba, hostigados y escarmentados de los muchos y grandes trabajos que habían padescido y de los que padescían. Nunca se juntaban de diez en diez e de veinte en veinte y de más o menos número, que no dixesen: “¿Qué piensa Cortés hacer de nosotros? ¿Quiere por ventura acabar estos pocos que quedamos? ¿Qué le hemos merecido? Dice que nos quiere mucho y quiébranos la cabeza. Estamos heridos, destrozados, cansados, hambrientos, sin sangre ni fuerzas, flacos, en tierra de enemigos, pocos nosotros y ellos infinitos, nosotros en tierra ajena, ellos en la suya; dicennos mill afrentas, y si por Magiscacín no fuera, no quedara hombre de nosotros, e al fin es indio como ellos, infiel, ajeno de nuestras leyes y costumbres, fácilmente mudará parecer; moriremos todos mala muerte. ¿Qué pensamos, o qué hacemos, que nos vemos ir a fondo y callamos? ¿No veis cuán insaciable es la cobdicia deste hombre, de procurar honra y mando, que estando como está tan a la muerte, anda dando trazas cómo volver a México y meternos en otra pelaza como la pasada, donde acabemos? Quien tiene en tan poco su vida, ved en qué tendrá la nuestra. Sino somos nescios, volvamos por nosotros, que él no mira que faltan hombres, armas, artillería y caballos, que hacen la guerra, y más en esta tierra que en otra, y, lo que es principal, no le sobra la comida, porque cada día la tenemos menos; los indios se cansan de darla y otros no quieren, por lo mucho que a causa de Xicotencatl nos aborrescen;<sup>10</sup> e si el ejército de mexicanos

<sup>9</sup> Así lo deletrea también Clavijero.

<sup>10</sup> Como hemos visto en las *Cartas de relación* al emperador Carlos V de Cortés, y más aún en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, Cortés derrotó a Xicoctencatl, general tlaxcalteca que se había declarado hostil a los españoles, contra el parecer de Magiscacín, que quería formar una alianza con Cortés, alianza que se produjo después de la derrota de Xicotencatl y que le proporcionó a

viene sobre nosotros, fácilmente, como éstos también son indios e mudables, se aliarán y concertarán y nos entregarán vivos para que nos sacrifiquen; desimulan ahora con nosotros, para hacer carnicería cuando más seguros estemos, y así han dicho muchos dellos que nos engordan para después comernos. No es menester que aguardemos a este tiempo; miremos por nosotros, e juntándonos, en nombre de todos y de parte del Rey, le hagamos un requerimiento para que, sin poner excusa ni dilación, salga luego desta ciudad y se vaya a la Veracruz antes que los enemigos tomen los caminos, atajen los puertos, alcen las vituallas y nos quedemos aislados e vendidos, protestándole todas las muertes y daños e monoscabos que nos puedan venir (*Crónica*, Libro V, cap. IV, 519-520).

El marco clásico de este fragmento, que llega a Cervantes de Salazar de los historiadores griegos y romanos, da resalto y vigor al drama de los españoles que, habiendo luchado y vencido innumerables ejércitos de indios, gracias al liderazgo de Cortés y a las armas de fuego, caballos y galgos desconocidos por los tlaxcaltecas, una vez superado el peligro que los amenazaba durante los encuentros armados, vuelven a sentirse amenazados al verse rodeados de multitudes de indios. No debemos olvidar que entre los sobrevivientes de la “noche triste” están los soldados que vinieron con Narváez y que, después del entusiasmo por la perspectiva del oro de Moctezuma, se han enfrentado con una masa de indios enfurecida por la matanza de la fiesta del dios Tezcatlipoca. Se han tenido que retirar de Tenochtitlan después de ver a sus compañeros muertos, anegados y sacrificados vivos a los dioses aztecas. Los nuevos aliados, que se perfilarán andando el tiempo, como la garantía de la victoria final contra los aztecas, aún les parecen a esos soldados valerosos y cansados, como un peligro inminente. En el discurso dirigido a su general, todos los temores y las razones de estos soldados denodados y valientes, pero descorazonados, se exhiben sin resquemores:

Muy magnífico señor: los capitanes y soldados de este ejército de que vuestra Merced es General, parecemos ante vuestra Merced y decimos que ya a vuestra Merced le es notorio las muertes, daños y pérdidas que habemos tenido, así estando en la ciudad de México, de donde ahora venimos, como al tiempo que della

---

Cortés un ejército de auxiliares muy valientes. Pero, después de la matanza que Alvarado había hecho de los jefes aztecas durante la fiesta del dios Tezcatlipoca, mientras Cortés se había tenido que ausentar de Tenochtitlan para enfrentar la amenaza de Narváez que había sido enviado por el gobernador Velázquez y que, desembarcado con su ejército, se había acampado en Cempoala. Después de derrotar y prender a Pánfilo de Narváez, Cortés, fortalecido por la hueste de hombres, armas y caballos del derrotado Narváez, volvió a Tenochtitlan, donde halló una ciudad en plena guerra de rebelión contra los españoles reducidos al palacio de Moctezuma, convertido en fortaleza. Los españoles son derrotados y deben abandonar Tenochtitlan, logrando, un número reducido de ellos, salvar sus vidas, muchos malheridos y todos agotados y hambrientos hasta llegar a Tlaxcala, donde fueron recibidos con alegría y generosidad por los tlaxcaltecas.

salimos, e después de salidos, en todo el camino hasta llegar a esta ciudad donde al presente estamos; y como la mayor parte de la gente del ejército es muerta, juntamente con los caballos, e toda la artillería perdida y las municiones gastadas e acabadas, e que para proseguir la guerra y conquista comenzada nos falta todo, y demás desto, en esta ciudad, donde, al parescer, se nos ha hecho buen acogimiento y mostrado buena voluntad, tenemos entendido, y aun es cierto, que nos quieren asegurar e descuidar con fingidas palabras e obras, e cuando menos lo pensáremos, dar sobre nosotros e acabarnos, como han comenzado y tenemos por la experiencia visto, porque no es de creer ni se debe tener por cierto que estos indios nos guarden fee ni palabra, ni vayan contra sus mismos naturales y vecinos en nuestra defensa, antes se debe entender que las enemistades y guerras que entre ellos ha habido se han de volver en amistades y paces, para que, haciéndose un cuerpo, sean más poderosos contra nosotros y nos destruyan y acaben; de todo lo cual habemos visto y entendido principios y ruines señales en los principales desta ciudad, como ya a vuestra Merced le constará e habrá entendido; y demás desto vemos que vuestra Merced, que es nuestra cabeza y General, está mal herido y que los cirujanos que le curan han dicho que la herida es peligrosa e que temen poder escapar della; todo lo cual, si vuestra Merced bien lo quiere mirar y examinar, son bastantes causas e razones para que salgamos luego desta ciudad y no esperemos a peores términos de los que al presente los negocios tienen; e que porque tenemos noticia que vuestra Merced pretende y quiere, no advirtiendo bien en las urgentes y bastantes causas que hay para que esta conquista cese, llevarla adelante y proseguir la guerra, lo que, si así fuese, sería nuestra fin e total destrucción; por lo dicho e otras cosas que dexamos: por tanto, a vuestra Merced pedimos y suplicamos y si es necesario, todas las veces que de derecho somos obligados, requerimos que luego salga desta dicha ciudad con todo su ejército e vaya a la Veracruz, para que allí se determine lo que más al servicio de Dios y de Su Majestad convenga, y en esto no ponga vuestra Merced dilación, porque nos podría causar mucho daño, cerrando los caminos los enemigos e alzando los bastimentos y dándonos cruel guerra, de suerte que no seamos después parte para defendernos y salir desta tierra; que si así fuese sería mayor daño que dexar la guerra en el estado en que está; e de cómo así lo pedimos y requerimos, vos, el presente Escribano, nos lo dad por testimonio, e protestamos contra vuestra Merced y sus bienes todos los daños, muertes y menoscabos que de no hacerlo así se nos recrescieren; e a los presentes rogamos que dello nos sean testigos, e de cómo así lo pedimos, requerimos y protestamos, y para ello, etc. (*Crónica*, Libro V, cap. IV, 520-521).

Gracias a Cervantes de Salazar tenemos un documento de las dificultades encontradas por Cortés con sus propias tropas, un acontecimiento que se verificó varias veces y que algunas veces, también por intermedio de los que habían estado en contacto y en amistad con el gobernador de Cuba, llegó al nivel de conspiración y traición, como veremos. Al pedido de sus soldados respondió Cortés, ya imaginando que sólo un número muy reducido le había presentado esa petición, entendiendo que, con las tropas que se le habían rendido de Narváez, venían personas que no le tenían en gran consideración, a menos que no fuera el medio de

conseguir botín. Es los que el mismo autor sugiere al comienzo de la transcripción de la respuesta de Cortés:

Cortés, oído este razonamiento, aunque entendió que los menos y de menos suerte y arte eran los que se le hacían, deseosos de volver a Cuba, o de querer más servir a otros que pelear, como si todos fueran de aquel parecer, honrándolos en su respuesta, les hizo esta plática: ‘Señores y amigos míos, cuyo maravilloso y singular esfuerzo en tantos trances y peligros tengo conocido: es tanto el amor y voluntad que os tengo, por las muchas y muy buenas obras que de vosotros he rescibido, que so pena de ser muy ingrato, estaba obligado a hacer, no solamente lo que tantos me rogáis y mandáis, pero lo que cualquiera de vosotros me dixere, e si esto es así o no, vosotros lo sabéis, a quien ninguna cosa he negado que yo pudiese e os estoviese bien; pero como ésta que me pedís deshace y escurece la gloria e honra que en tanto tiempo y con tantos trabajos habéis adquirido, si os parece, por las causas que luego diré respondiéndolo a las vuestras, no conviene que os la conceda. Decís que estáis pobres, destrozados, cansados, heridos, sin armas, sin caballos, sin artillería, en tierra de enemigos, e que con facilidad, para acabaros, se podrán concertar con los mexicanos, e que nos vamos a la Veracruz para que desde allí nos volvamos a Cuba. Si bien lo miráis, no son estas causas ni razones de pechos e corazones españoles, que ni por trabajos jamás se cansaron, ni por muerte ni pérdidas se acobardaron. Vosotros sois los mismos que ayer érades, y no sé por qué boca habéis dicho palabras tan contra vuestra autoridad. Ya los más estáis sanos, gordos y bien sustentados; ninguno, loores a Dios, ha muerto; hemos hallado aquí cincuenta o sesenta españoles; llamando a los de la Veracruz y los que están en Almería, seremos muchos más de los que éramos cuando por aquí pasamos abriendo el camino a pura fuerza de armas: la munición no ha faltado toda, que con la que hay nos podemos entretener en el entretanto que yo doy en orden en hacer pólvora, cuanto más que a la fama de lo que habéis hecho, cada día vendrán españoles con armas y caballos; ni hay por qué temer porque Xicotencatl no nos sea amigo ni que los tlaxcaltecas se confederarán con los mexicanos; lo uno porque si los hubieran de hacer no aguardaran a que sanáramos, que en sus casas y en sus camas que nos dieron nos pudieron haber muerto; es muy grande y muy antiguo el odio que tienen a mexicanos; lo otro, porque Magiscacín,<sup>11</sup> a quien sigue toda la Señoría de Tlaxcala, es tan de nuestra banda, que primero morirá que consienta tan gran maldad. Siempre, señores, estando sin guerra, la deseastes, y estando en ello os mostrastes ardidos y belicosos. Hacer lo contrario (que es lo que me pedís) es no responder a quien sois, perder el nombre de españoles, escurescer lo hecho, perder lo ganado cortar el hilo a la tela comenzada. Si nos vamos de aquí, ¿do podemos ir que no sea en figura de fugitivos? Los tlaxcaltecas nos menospreciarán, perseguirnos han los mexicanos, que dondequiera tienen sus guarniciones, y los cempoaleses y totonaques, ¿qué honra nos pueden hacer más de la que a medrosos, vendidos y fugitivos? Doquiera que desta manera vamos, seremos afrentados, iremos corridos de nosotros propios, los árboles y matas nos parecerán que son enemigos; ¿Qué, pues pensáis, señores, que es vuestro designio?, ¿Dónde teniades vuestro valor y esfuerzo,

---

<sup>11</sup> Maxixcatzin en Clavijero.

que venistes a pedir cosa tan afrentosa, tan dañosa, tan contra vuestra autoridad? Pesad, pesad primero los negocios e primero que los propongáis, los rumiad y miraldos bien, que más quisiera la muerte, que delante de otra nasción me hubiéades hecho este requerimiento. Esforzáos y animáos, que todo nos sobraré, cobraremos a México, seremos señores y si la fortuna nos quisiere en todo ser adversa, más vale que muramos peleando, que no acabemos huyendo, cuanto más que yo sé de los tlaxcaltecas que quieren ser más vuestros esclavos que amigos de mexicanos. E porque más os certifiquéis de que tenemos en ellos las espaldas seguras, yo los quiero probar contra los de Tepeaca, que los días pasados mataron dos españoles, e si no los halláremos amigos, yo buscaré honrosa ocasión cómo salgamos de aquí y nos vamos a la Veracruz; e porque veáis que en todo deseo daros contento, los que no quisiédes atender a esta prueba (que creo que sí querréis) yo os enviaré a la Veracruz; pero irá que os acordéis que en pocas o ningunas cosas de las que os he dicho he salido mentiroso' (*Crónica*, Lib. V, cap. V, 521-522).

En su comentario a la respuesta de Cortés al pedido que se le había hecho de abandonar la empresa de la conquista del Nuevo Occidente, Cervantes de Salazar muestra su propio orgullo de español, bien consciente que el triunfo de las armas castellanas necesitaba el liderazgo de Hernán Cortés:

Pudieron tanto estas palabras, tuvieron tanta fuerza y autoridad, que todos los que habían sido en el requerimiento, muy alegres y contentos mudaron parecer y prometieron de nunca dexalle, y fue la causa, según se puede entender, el prometerles Cortés que en la guerra de Tepeaca harían lo que quisiesen; pero la más cierta es ser condición del español nunca dexar de ir a la guerra que se ofresce, porque hacer lo contrario lo tiene por afrenta y menoscabo (*Crónica*, Lib. V, cap. V, 522).

Tan certera había sido la predicción de Cortés que, como consecuencia de las hazañas y de la valentía mostrada en la conquista de la Nueva España, llegarían más españoles, que, como hemos tenido ocasión de anticipar, Cervantes de Salazar dedica el capítulo XLI del Libro Quinto, a señalar la llegada de varios navíos de españoles, unos enviados por Velázquez, gobernador de Cuba, en ayuda de Narváez, otros de su propia iniciativa y otros enviados por el gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, uno tras otro, al no tener noticias del primero; el relato de Cervantes de Salazar es mucho más detallado que las referencias dadas por Cortés en la tercera de sus *Cartas al emperador Carlos V* y se agregan a las referencias de Bernal contenidas en los capítulos CXXXIII-CXXXIV de su *Historia verdadera*. Cervantes de Salazar al considerar que todos estos navíos, con sus soldados, caballos y artillería, terminaron en manos de Cortés, como una señal de la providencia divina, concluye: "De que la salud le vino de su enemigo," subrayando de paso los nombres de dos capitanes—Hernán Medel y Alonso Galeote—que no hallamos ni en Cortés, ni en Bernal. Antes

de ordenar la marcha hacia Tenochtitlan, Cortés decreta unas *ordenanzas* a las que el ejército reforzado a sus órdenes, gracias a los aliados tlaxcaltecas, deberá atenerse. Las ordenanzas revelan en su texto, algunas faltas o tendencias contra la disciplina de los soldados de Cortés. La selección de algunas de estas ordenanzas se ha hecho en función de este dato curioso, sabiendo el lector que los indios en el ejército superaban, en una proporción de más de uno a cien, a los españoles:

Ordena y manda Hernando Cortés, Capitán general y Justicia mayor en nombre de Su Majestad en esta Nueva España:

Primeramente que ninguno blasfeme del sancto nombre de Dios ni de su sancta Madre ni de ningún sancto, so pena que según la calidad de su persona será gravemente castigado.

Item, manda y ordena que ningún español riña con otro ni eche mano a espada ni a otra arma, so pena que, según está dicho, será castigado.

Item, ordena y manda que ninguno sea osado de jugar el caballo ni las armas ni el herraje, so pena que será afrentado.

Item, ordena y manda que ninguno fuerce mujer alguna, so pena de muerte.

Item, ordena y manda que ninguno por fuerza tome ropa a otro, ni castigue indios que no sean sus esclavos.

Item, ordena y manda que ninguno sea osado salir a ranchar ni hacer correrías sin su expresa licencia.

Item, ordena y manda que ninguno captive indios ni saquee casas hasta tener para ello facultad.

Item ordena y manda que ninguno sea osado a hacer agravio a los indios amigos ni tratar mal a los de carga, so pena que será castigado (*Crónica*, Lib. V, cap.XLII, 571-572).

Además de estar concebida para asegurar la obediencia a la disciplina militar, estas ordenanzas asignaban un alto grado de atención a integrar, en un mismo ejército, españoles e indios, anticipando la más moderna legislación sobre relaciones interraciales. Hecho el alarde del ejército, Cortés le habla a todos sus aliados reunidos en la plaza mayor de Tlaxcala, donde se había hecho el alarde de los aliados tlaxcaltecas, cholultecas y de Guaxocingo.<sup>12</sup> Su discurso incluía la promesa de defender su libertad contra la tiranía de los aztecas y agradecía a los tlaxcaltecas que en Tlaxcala se aprestaban a ayudar en la construcción de los bergantines sin los cuales, había subrayado Cortés, no se podía conquistar la ciudad lagunar de Tenochtitlan:

Pues sabéis que México, por estar en el alaguna (sic), no se puede tomar sino con los bergantines que se están labrando, deis, para que se acaben, el calor y ayu-

<sup>12</sup> Huexotzingo, en Clavijero que, en su *Historia antigua de México*, relata la participación de esta república en la lucha contra el tirano Maxtlaton que Clavijero fecha en el siglo XV (*Clavijero*, 87-92).

da que habéis dado para que se comiencen, tratando bien y amigablemente a los españoles que los labran los que quedáredes en esta ciudad, que yo os prometo que no serán menos de mí gratificados los que esto hicieren que los que conmigo van contra México, pues sin los unos ni los otros no se puede hacer la guerra (*Crónica*, Lib. V, cap. XLIII, 573).

La descripción que el autor hace de la salida del ejército de Tlaxcala es digna de nota por la conmoción con la que la población lo despide:

Fue también cosa no menos digna de mirar el concierto, plumajes, banderas, ruido de trompetas, caracoles, teponastles e otros instrumentos de guerra, con que salieron casi ochenta mill hombres, porque los demás, a cumplimiento, a ciento y cincuenta mill se quedaron en Tlaxcala hasta que se acabasen los bergantines y fuesen nescenarios en el cerco de México, donde, como adelante se dirá, pelearon, no como indios, sino como romanos. Llevaron muchos hombres de carga; iban muy proveídos de comida, muy alegres y regocijados, como si ya volvieran con la victoria. Iban cuatro Capitanes generales, sin otros muchos, lucidamente armados, y como la gente era mucha y vestida de blanco y en buen concierto y en los plumajes reverberaba el sol, parecían tan bien que los nuestros se holgaban mucho de verlos. Acaudillábanlos, después de sus Capitanes, los dos compañeros que ya se entendían con ellos, Joan Márquez y Alonso de Ojeda. Decíanles las indias en su lengua: “Nuestros dioses vayan con vosotros y os vuelvan victoriosos a vuestras casas; haced como valientes, que ya es llegado el tiempo en el cual, con el favor de los invencibles cristianos, las tiranías y maldades de los mexicanos se acabarán” (*Crónica*, Lib. V, cap. XLIV, 574-575).

En su marcha hacia Tenochtitlan, el ejército llega a Texcoco donde Cortés establece su cuartel general. Es allí donde se descubre la conspiración de un deudo del gobernador de Cuba, Antonio de Villafaña. Díaz del Castillo se refiere a esta conspiración en el capítulo CXLVI de su *HV*. El relato de Cervantes de Salazar, seguramente anterior a la publicación de la obra de Díaz del Castillo, ofrece una versión distinta por lo que se refiere al papel de Bernal Díaz del Castillo. En *HV*, este conquistador-historiador se incluye en el grupo de capitanes y soldados a quienes Cortés confía la captura del jefe de la conspiración, el ya citado Villafaña:

Y como Cortés lo supo, después de haber hecho grandes ofrescimientos y dádivas que dio a quien se lo descubrió muy presto, secretamente lo hace saber a todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Alvarado e a Francisco de Lugo e a Cristóbal de Olí e a Andrés de Tapia y a Gonzalo de Sandoval, e a mí y a dos alcaldes ordinarios que eran de aquel año, que se decían Luis Marín y Pedro de Ircio, y a todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés. Y así como lo supimos, nos apercebimos y sin más tardar fuemos con Cortés a la posada del Antonio de



Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con él estaban. Comenzaron a huir y Cortés los mandó detener y prender. Y desde que tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenía con las firmas de los que fueron en el concierto. Y desde que lo hobo leído y vio que eran muchas personas en ello y de calidad, y por no infamarlos, echó fama que comió el memorial Villafaña y que no lo había visto ni leído. Y luego hizo proceso contra él y, tomada la confesión, dijo la verdad, y con muchos testigos que había de fe y de creer, que tomaron sobre el caso por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestro de Campo Cristóbal de Olí. Y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafaña (*HV*, 600-601).

Comparado a este relato de Díaz del Castillo, el de Cervantes de Salazar incluye una versión algo distinta sobre el memorial y su ocultamiento:

Cortés, nada alterado, antes dándole a entender que ninguno era parte para ofenderle, llamó de secreto a Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, dióle mandamiento para prender a Villafaña y avisóle procurase tomarle un papel que traía en el pecho. Fue Sandoval con su guarda a poner en ejecución lo que Cortés le mandó, arremetió a Villafaña y primero que le pudiese quitar el papel, se lo había echado en la boca y se había comido la mayor parte. Apretáronle la garganta, hiciéronle echar lo que quedaba donde estaban escritos trece o catorce nombres de personas principales, de los cuales estaba bien satisfecho Cortés. Echáronle en prisiones, confesó luego sin tormento que él había sido el muñidor de la liga y conjuración, y con tormento y sin tormento no quiso descubrir a nadie, diciendo que él solo tenía la culpa y que los nombres que en el papel se hallaron, con otros muchos que él se comió, los había él escrito de su mano para hacer memoria cómo trataría el negocio con ellos, e que hasta aquella hora ellos estaban salvos y él solo condenado. A Cortés, aunque entendió lo contrario, no le pesó desta confesión, porque deseaba, castigando a uno, reconciliar así todos los demás. Concluyó el proceso, sentenció a muerte al Villafaña, mandóle ahorcar a vista de todos los del real, maravillados todos los que sabían la trama del secreto que había tenido y del esfuerzo con que había negado por salvar a los que él mismo había metido en la danza (*Crónica*, Lib. V, cap. L, 582-583).

Este segundo relato complementa el de Díaz del Castillo. Es muy posible que Villafaña hubiese conservado en un papel los nombres de los conspiradores y que, sabiendo que iba a morir, haya tratado de tragárselo, aunque sus justicieros podrían haber logrado quitarle algunos fragmentos de la garganta. Otra diferencia, que también complementa el relato de Díaz del Castillo, es el papel desempeñado por Gonzalo de Sandoval, que en este episodio, como ya hemos visto en otras ocasiones, actúa como hombre de confianza de Cortés. Otra diferencia entre las dos versiones es cómo en

las dos se concluye el relato. En el texto de la *HV*, después de la ejecución de la sentencia de ahorcar a Villafaña, el conquistador-historiador, después de relatar cómo Cortés desde entonces siempre iba escoltado porque no se fiaba ya de la facción que había adherido a la conspiración de Villafaña, pasa a la cuestión de la distribución de esclavos indios entre los españoles, quejándose que Cortés, cometiendo una acción que Bernal define una *tracaliña*, es decir, un engaño, seleccionaba a las más hermosas indias para sí y para sus capitanes, antes de herrarlas:

Y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fue su capitán un hidalgo que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con seis soldados, buenos hombres esforzados, y le velaban de día y de noche (...). Dejemos esta materia. Y digamos cómo luego se mandó pregonar que todos los indios e indias que habíamos habido en aquella entrada se llevasen a herrar dentro de dos días a una casa que estaba señalada para ello. Y por no gastar más palabras en esta relación sobre la manera que se vendían en la almoneda más de las que otras veces tengo dichas, en las dos veces que se herraron, si mal lo habían hecho de antes, muy peor se hizo esta vez, que, después de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta tracaliñas para capitanes. Y si eran hermosas y buenas indias las que metíamos a herrar, las hurtaban de noche del montón, que no parecían hasta de ahí a buenos días, y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas que después teníamos por naborías. (*HV*, 601).

Se podría interpretar esta conclusión del relato de la conspiración de Villafaña en *HV* como una crítica a Cortés que de alguna manera podría haber motivado, con su arbitrariedad en la selección de las esclavas indias, una reacción por parte de los conspiradores. Muy distinta es la conclusión del relato de Cervantes de Salazar, que, a continuación de la ejecución de la sentencia, relata una asamblea de sus soldados que Cortés convocó para explicar y resolver las consecuencias de la conspiración y de la ejecución del soldado de Narváez, el Antonio Villafaña, jefe de la conspiración de la que habían hecho parte varios soldados de Narváez y, de acuerdo al relato de la *Crónica*, también leales a Diego Velázquez. De paso, este relato de la *Crónica* confirma la existencia física de la lista de conjurados que Villafaña había tratado de tragar y, al final del relato, también confirma la escolta que ya hemos leído en Bernal:

Otro día, después de haber oído misa, Cortés mandó llamar a todos sus soldados. Honró más de lo acostumbrado [a] aquellos cuyos nombres o firmas tenía en el papel, e ya que todos estuvieron juntos, así los que sabía que eran de su parcialidad, como los de la de Diego Velázquez, les habló desta suerte: “Caballeros y amigos míos, virtud y fidelidad tengo muy conocida de muchas pruebas que he visto en los trances y peligros que después que a estas partes venimos he visto: no os he llamado para persuadiros hagáis lo que hasta ahora habéis hecho conmigo, porque

esto sería dubdar de vuestra bondad, sino para deciros lo que en vuestras palabras debéis de estar recatados, para que sin enojo o con él no se os suelte palabra que parezca ser contra la fidelidad que debéis guardar a vuestro General y Justicia, que de vuestra voluntad elegistes, rescebigistes y jurastes; porque si entre pocos nunca falta un malo, entre muchos no pueden faltar algunos que, tomando con ánimo dañado palabras airadas e descuidadas, procuren e intenten de destruir en vosotros la fidelidad, que es la más preciosa joya de los hijosdalgo, maculando vuestra honra y la de vuestros deudos y descendientes. Esto digo por lo que con Villafañá (que Dios perdone) nos ha pasado, cuya traición no permitió Dios que por muchos días estuviese encubierta, el cual, por hacer su error más calificado, siendo un hombre nascido no más de para caluniar y malsinar, contrahizo los nombres y firmas de los más principales de vosotros y de quien yo estoy más confiado, y en este papel que os leo hay algunas, porque las demás se comió, por encubrir mejor su maldad, aunque, como el que sabía que había de morir, lo hizo como cristiano en no afirmarse en el artículo de la muerte en lo que falsamente había escripto, porque no permite Dios que la inocencia del que no pecó sea mucho tiempo culpada. Yo soy tan vuestro, ámoos tanto, deseo, quiero y procuro tanto vuestro adelantamiento, que ni los trabajos de mi persona, ni el derramar de mi sangre ni el perder mi vida, tendría en nada con que, señores, vosotros fuédeses en toda prosperidad adelantados. Uno soy, vosotros muchos, e yo sin vosotros no soy ni puedo nada, porque ni soy más que un hombre ni puedo más que por uno, y así como los que sois más podéis más y veis más, os ruego por el grande amor que os tengo, que si yo errare en algo me advirtáis, e si alguno, por lo que no sé, estuviere de mí quexoso, no se quexe a otro que a mí, y si se quexare sea a persona de quien yo pueda tener verdadero crédito; y sabed, señores y amigos míos, que si cualquiera de vosotros estuviese en el lugar que vosotros en nombre del Rey me pusistes, tendría más zozobras y más que yo, y por esto dicen que la guerra parece sabrosa al que no la prueba y que ve más el que ve jugar que el que juega. El culpado pagó lo que debía y los inocentes quedáis conmigo en mayor crédito y reputación. El que pretendiere parecer a Villafañá ni podrá ni permitirá Dios que sea menos afrentosamente castigado que él, ca al que Dios pone en este lugar para la gobernación y bien de muchos, siendo su celo como lo es el mío, le guarda y defiende de toda traición. Yo os he dicho a lo que os hice llamar, descubiertos he mi pecho, no me queda otra cosa. Si algo, en público o en secreto cerca desto, o de otras cosas, me quisierdes decir, oirlo he de buena gana y agradecerlo he". Acabado de hacer este razonamiento, a que así los culpados como los sin culpa estuvieron muy atentos, los unos más inflamados, los otros desimulando lo que sentían, mudando parecer y alegres de que no fuesen descubiertos, dixeron a Cortés que todos le amaban entrañablemente y deseaban servir como a Capitán e Justicia, por tan merecido nombre y título, y que se holgaban de que como padre y señor los hubiese advertido de lo que se debían recatar. Cortés se holgó mucho con todos, mostrando de ahí adelante a los más sospechosos mejor rostro y obras, con las cuales los volvió a su amor con tanta mayor firmeza que a los que de antes tenía, aunque con todo esto, de ahí adelante se recató tanto que jamás se quitó cota y jubón fuerte, y cuando sus muy amigos pensaban que dormía le hallaban velando, y cuando creían que estaba echado le hallaban que andaba mirando lo que los suyos hacían, de manera que de sueño ni de reposo tenía hora cierta para ser de repente salteado. Andaba de noche y de día con alguna guarda de

los más amigos, cuyo Capitán era un Fulano de Quiñones<sup>13</sup> (*Crónica*, Lib. V, cap. LI, 583-584).

Es probable que en este caso el relato de *Crónica* sea el que mejor represente la personalidad de Cortés, su capacidad para persuadir y volver una situación de peligro personal en un éxito que terminó por fortalecer su posición de jefe indiscutido del ejército.

## 2. Batalla de Otumba y victoria española<sup>14</sup>

Fue la batalla más sangrienta y que representó una victoria decisiva para Cortés y sus aliados tlaxcaltecas. Ocurrió en los llanos de Otumba, entre Tacuba y Tlaxcala, a la salida de Tenochtitlan y, según Cortés, a la semana de la llamada *Noche Triste*, cuando tantos españoles murieron. Después de huir de Tenochtitlan, en la “Noche Triste” del 30 de junio de 1520, Cortés se dirigió a Tlaxcala con los sobrevivientes, todos heridos y magullados, con el recuerdo vivo de los centenares de compañeros muertos, muchos de ellos sacrificados entre los tormentos de los sacrificios humanos que los aztecas llevaron a cabo con crueldad sistemática. Algo repuestos, con la comida hallada en el camino y el tiempo para curar las heridas, Cortés y sus capitanes, entre los cuales se contaban Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Juan de Salamanca, organizan su itinerario hacia Tlaxcala, cuidando de mantener vigilancia y de enviar corredores para asegurarse que no les sorprendiesen los enemigos que planeaban exterminarlos. Pero a los pocos días de salir de Tenochtitlan, el 14 de julio de 1520,<sup>15</sup> Cortés se enfrenta con una fuerza de varios miles de guerreros, al mando de un Cihuacoatl, general supremo y sacerdote del ejército azteca. Cortés dispone de unos veinte caballos, montados por sus capitanes, con Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Alonso Dávila, Cristóbal de Olid, Juan de Salamanca y otros. A los capitanes siguen los soldados, en número de algo más de

<sup>13</sup> Es el Antonio de Quiñones de Bernal Díaz del Castillo (*HV*, 601).

<sup>14</sup> En este capítulo reproduzco los textos de los autores de la *Crónica* (Cervantes de Salazar), la *Historia verdadera* (Bernal) y la *Conquista de México* (Gómara), sin volver a la cuestión de las incongruencias cronológicas de la batalla, a las que me he referido.

<sup>15</sup> Según Bernal, pasados unos días de la salida de Tenochtitlan, a la que Cortés llamó la “Noche Triste”, durante los cuales los sobrevivientes pudieron cerciorarse de las pérdidas de los compañeros y de los prisioneros, todos muertos en los puentes, camino de Tlaxcala, “en un llano, ya que creíamos ir en salvo, vuelven nuestros corredores del campo que iban descubriendo y dicen que están los campos llenos de guerreros mexicanos aguardándonos” (*HV*, 487). Más adelante, Bernal especifica la fecha de la salida de Tenochtitlan y la de la batalla de Otumba que Cortés sostuvo con los aztecas que le esperaban en los llanos de Otumba: “fue nuestra salida huyendo a diez del mes de julio del dicho año, y fue esta nombrada batalla de Otumba a catorce del mes de julio” (*HV*, 490). El editor Serés corrige en nota que “el 7 de julio de 1520 tuvo lugar una de las más sangrientas batallas” (*HV*, 1483).

cuatrocientos y unos tres mil aliados tlaxcaltecas. Al notar al general azteca en un trono que exhibía una bandera de oro, rodeado de otros nobles, todos con penachos, que lucían el oro de las armaduras, Cortés exhortó a sus capitanes a atacar el general con su séquito y dio ruenda suelta a su caballo hasta golpear el trono donde se hallaba el general azteca que perdió el equilibrio. Juan de Salamanca, que seguía su jefe de cerca, llegó al galope y de una lanzada mató al general. Los otros capitanes castellanos hirieron y mataron a varios de los que rodeaban al general azteca. La noticia de la muerte del general cundió entre los soldados aztecas que abandonaron el campo de batalla, siendo perseguidos por los españoles y los tlaxcaltecas que hicieron miles de víctimas, convirtiendo la batalla de Otumba en la más sangrienta de cuantas se combatieron en la Nueva España.

Sobre esta importante batalla las opiniones de los cronistas muestran profundas diferencias. Por un lado tenemos a Gómara que exalta a Cortés y su actuación, haciéndole el único vencedor de Otumba. Por el otro Bernal, que se halló en la batalla, y opina que la de Gómara es una descripción restrictiva que no permite apreciar el esfuerzo colectivo que permitió a Cortés conseguir esa gran victoria. Por otro lado, Cervantes de Salazar entrevistó a los sobrevivientes de la batalla y concluyó que el mérito de la victoria debía asignársele a Cortés, aunque sin concordar del todo con Gómara:

Estonces Cortés, como vio que sobre él venía tan gran poder y que los suyos se contaban ya por muertos y aun los muy valientes desconfiaron de poder escapar, cuanto más vencer, haciendo alto, apercibiéndose para la batalla, ataló los maizales por más de media legua, que cerca estaban, porque desde ellos como de espesa arboleda los enemigos entraban y salían, haciendo gran daño. Puso los heridos y enfermos en medio del escuadrón, con guarnición de caballos del un lado y del otro; advirtió a los que estaban buenos y tenían buenas fuerzas, que cuando fuese menester retirarse, cada uno llevase a cuestras un enfermo, y a los heridos que subiesen a las ancas de los caballos, para que pudiesen jugar las escopetas. Ordenado desta manera el pequeño ejército español, rodeándole el mundo de gente, desde el caballo habló a los suyos así: “Señores y queridos compañeros míos: ya veis en el trance y peligro tan grande en que estáis; el desmayar no aprovecha sino para hacer menos y morir más presto, y si esto no se ha de excusar, bien será que para solo nuestro contento muramos peleando más fuertemente que nunca; e pues de tan grandes peligros como éste suelen salir los hombres poniendo bien el rostro a ellos, más vale que acabemos muriendo como valientes, vendiendo bien nuestras vidas, que de pusilánimes nos dexemos vencer. No es cosa nueva que muchos turcos y moros, siendo gente tan belicosa, acometiendo y apretando a pocos de nuestra nación hayan sido vencidos y puestos en huida, cuanto más que ya sabéis cuán milagrosamente hemos sido hasta ahora defendidos. Pidamos el favor a Dios; ésta es su causa, éste es su negocio, por Él hemos de pelear. Supliquémosle acobarde e atemorice nuestros enemigos; e que si ha sido servido castigarnos por nuestra soberbia

e presunción, como nos ha castigado en la salida de México y en el camino hasta aquí, se apiade de nosotros, levantando su azote. Encomendemonos a la Virgen María, Madre suya; sea nuestra intercesora; favorézcanos mi abogado San Pedro y el Patrón de las Españas Santiago. Cada uno se confiese a Dios, pues para otra cosa no hay lugar, e poniendo nuestra fe y esperanza en Él, yo sé que más maravillosamente que nunca nos ha de favorecer e ayudar y que este ha de ser el día de la más memorable victoria que españoles hasta hoy han tenido contra infieles. Hoy espero en Dios que ha de ser el fin y remate del seguimiento de estos perros; hoy los confundirá Dios, y nosotros, saliendo victoriosos, entraremos con alegría en Tlaxcala, de donde volveremos y nos dará venganza dellos<sup>17</sup>. Diciendo estas palabras se le arrasaron los ojos de agua; enternesciéronse los suyos; animáronse cuanto fue posible, aunque dudoso el suceso, porque por la una parte vían la gran ventaja que los enemigos les tenían e por la otra del favor que Dios les había dado y que en lo más de lo que Cortés les había dicho había salido verdadero. Ordenado todo de la manera que está dicho, los indios por todas partes, que cubrían aquellos grandes campos, con grande alarido y ruido de caracoles e otros instrumentos, como leones desatados, acometieron a los nuestros, tirándoles muchas flechas y varas, e acercábanse tanto a los nuestros que, aunque jugaba la escopetería y ballestería y les hacía muy gran daño, venían a brazos y a sacarlos del escuadrón; pero Cortés, que veía que toda la fuerza estaba en que los suyos estuviesen juntos y en orden, con su cabeza entrapaxada y la mano de la rienda (como he dicho) herida, alanceó a muchos por su persona con un ánimo y esfuerzo como si estuviera muy sano y peleara con pocos. Defendió tan bien su escuadrón, que ningún soldado le llevaron, aunque Motolinía e Gómara dicen que sí.<sup>16</sup> Acompañaban a Cortés doquiera que se revolvía siete soldados peones, muy sueltos y muy valientes, que fueron muchas veces causa de que abrazándose los indios con su caballo no le matasen. Era tan brioso e tan diestro este caballo, que hiriéndole de un flechazo por la boca, lo dio Cortés para que le llevasen de cabestro do estaba el fardaje y en el entretanto tomó él otro; pero como el caballo herido tornó a oír el ruido e alarido de los indios, soltóse y con gran furia entró por ellos tirando coces y dando bocados a todos los que topaba, tanto que él solo hacía tanto daño como un buen hombre de caballo. Tomáronle dos españoles por que los indios no le flechasen por parte donde muriese, aunque en las ancas y pescuezo sacó muchos flechazos. Andando pues la batalla en toda su furia e calor, señalándose notablemente algunos de los capitanes y haciendo maravillas Cortés, que siempre apellidaba su abogado San Pedro, vinieron los enemigos a apretar tanto a los nuestros, que los de a caballo, para guarescer, se venían a meter en el escuadrón de los peones, e todos estaban ya remolinados y en punto de perderse, suplicando a Dios los librase de peligro tan grande, cuando Cortés, mirando hacia la parte de oriente, buen trecho de donde él peleaba, vio que sobre los hombros de personas principales, levantando sobre unas andas muy ricas, estaba, según pareció, el General de los indios con una bandera en la mano, con la cual extendida y

<sup>16</sup> Véase el siguiente pasaje sobre la batalla de Otumba de la *Conquista de México* de López de Gómara: “ca muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo a brazo y pié con pié; y aunque gentilmente se los llevaban castrando, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar a los españoles y oír las cosas que iban diciendo” (Gómara, 369).

desplegada al aire, animaba a los suyos, diciendo dónde habían de acudir. Estaba este General, cuanto podía ser, ricamente aderezado; era muy bien dispuesto, y de gran consejo y esfuerzo. Tenía muy ricos penachos en la cabeza; la rodela que traía era de oro y plata; la bandera y señal real, que le salía de las espaldas, era una red de oro que subía de la cabeza diez palmos. Estaban junto a las andas deste General más de trecientos principales muy bien armados. Relumbraba aquel cuartel con el sol tanto, que quitaba la vista. Había de do Cortés estaba hasta el General más de cien mil hombres de guerra, y viendo que la victoria consistía en matar al General, diciendo: “Poderoso eres, Dios, para hacernos en este día merced; San Pedro, mi abogado, sé mi intercesor y en mi ayuda,” rompió con gran furia, como si entonces comenzara a pelear por entre los enemigos. Siguióle solamente Joan de Salamanca, que iba en una yegua overa. Fue matando y hiriendo con la lanza y derrocando con los estribos a cuantos topaba hasta que llegó donde el General estaba, al cual de una lanzada derrocó de las andas; apeóse Salamanca, cortóle la cabeza, quitóle la bandera e penachos. Otros dicen que lo oyeron después decir a Cortés, que viéndole el General venir con tanta furia hacia él, entendiendo que le había de matar, se baxó de las andas, poniendo a otro en ellas con el estandarte real, e que con todo esto tuvo tanta cuenta Cortés con él, que le alanceó estando a pie, derrocando asimismo al que estaba en las andas. Fue de tanto provecho esta hazañosa hazaña, que como las haces mexicanas tenían toda su cuenta con el estandarte real y le vieron caído, comenzaron grandemente a desmayar, derramándose unos a una parte y otros a otra. Aquellos trecientos señores, tomando a su General en los brazos, se retraxeron a una cuesta, donde con el cuerpo hicieron extraño llanto, endechándole a su rito y costumbre. Entre tanto los nuestros, muy alegres, cantando: “¡Victoria, victoria!”, siguiendo mucho trecho a los enemigos, haciendo tal estrago y matanza en ellos, que, según se cree, murieron más de veinte mil. Tomaron los nuestros de los indios principales que mataron ricos penachos y rodela y el estandarte real, armas y plumajes del General. Dio después Cortés, y con muy gran razón, a Magiscacín, su aficionado, uno de los cuatro señores de Taxcala, aquel aderezo, y lo mismo hicieron otros españoles de los demás despojos que llevaban, distribuyéndolos entre los señores y principales taxcaltecas. Fue esta batalla la más memorable que en Indias se ha dado y donde más valió y pudo la persona de Cortés; y así, todos los que en ella se hallaron (a algunos de los cuales comuniqué), dicen y afirman que por sola su persona y valor llevó salvo y libre el ejército español a Tlaxcala (*Crónica*, Lib. IV, caps. CXXIX-CXXX, 502-506).

Para Bernal, la batalla de Otumba es una ocasión para recordar los españoles caídos en pocos días:

Digamos agora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta que tantos nos mataron, así en México como en puentes y calzadas, como en todos los rencuentros y en esta de Otumba, y los que mataron por los caminos. Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla, y estos que mataron en Tustepe-

que eran de los de Narváez; y mataron sobre mil y ducientos tascaltecas. También quiero decir cómo en aquella sazón mataron a un Juan de Alcántara el Viejo, con otros tres vecinos de la Villa Rica que venían por las partes del oro que les cabía, de lo cual tengo hecha relación en el capítulo que dello trata; por manera que también perdieron las vidas y aun el oro. Y si miramos en ello, todos comúnmente hobbimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron; y si de los de Narváez murieron muchos más de los de Cortés en las puentes, fue por salir cargados de oro, con el peso dello no podían salir ni nadar (*HV*, 490-491).

Con la victoria en la batalla de Otumba, en la que descuella el valor y la audacia de Cortés, el ejército español, con sus soldados probados, pero victoriosos, reducido a un tercio de sus efectivos, casi todos, inclusive Cortés, heridos y magullados, llega triunfador a Tlaxcala, donde es recibido a brazos abiertos y donde los españoles podrán reponerse de las heridas. Desde este momento comienza la planificación de la conquista de Tenochtitlan, precedida por un asedio y lograda gracias a una flotilla de trece bergantines, construidos en Tlaxcala y transportados en partes separadas por un equipo de ocho mil tlaxcaltecas, desde Tlaxcala a Texcoco, donde, bajo la supervisión del capitán Martín López, que ya había dirigido la cortadura de la madera y la construcción de las partes de los bergantines, después de ser armados en Texcoco, serían lanzados en la laguna a través de un canal excavado para ese fin. En Tlaxcala Cortés se había enterado de la cobardía de Joan Páez, el capitán que él había dejado en Tlaxcala como guarnición y al que Maxixcatzin, príncipe de Tlaxcala, le había ofrecido una fuerza de cien mil guerreros para ir en ayuda de Cortés, antes de la noche triste. Joan Páez había contestado al ofrecimiento de Maxixcatzin que “le besaba las manos por la merced e que donde estaba el General Cortés con tanta y tan buena gente no habría menester socorro” (*Crónica*, Libro V, cap. II, p. 516). Cortés mandó llamar a su capitán y le reprochó su conducta, “le riñó bravamente y trató con muy ásperas palabras, diciéndole que era un cobarde y que no merecía ser Capitán de liebres, cuanto más de hombres, y españoles, y que estaba en puntos de mandarlo ahorcar (...) que se fuese con el diablo y no pareciese más delante dél y no tuviese de ahí adelante nombre ni cargo de capitán, pues tan mala cuenta había dado de sí, e que no le replicase más palabra, porque le mandaría ahorcar” (*Crónica*, Lib. V. Cap. II, 517). Llegado Cortés a Texcoco, la fama de la victoria de Otumba se debió difundir entre los otros pueblos alrededor de la laguna que, ansiosos de liberarse de la tiranía de los aztecas, vinieron a pedir perdón a Cortés y a ofrecerle su alianza:

Después de haber estado Cortés tres días en la ciudad de Tezcuco sin haber rencuentro alguno con los indios, porque por estonces ni ellos osaban venir ni acometer a los nuestros, ni los nuestros osaban desmandarse, así por lo que Cortés les



había mandado, como porque se recelaban de algunas emboscadas, por la comodidad que para ello había, y porque siempre pretendió Cortés más por bien que por mal atraer a los indios, y así, estando con esta determinación, vinieron tres señores, el de Guatinchán y de Guaxuta y el de Autengo, tres poblaciones bien grandes, incorporadas con la de Tezcuco, los cuales, como aquellos que cuando quieren, lo saben bien hacer, llorando, le dixeron los perdonase y rescibiese en su servicio y amistad, que si se habían ausentado, la causa era el miedo que los mexicanos con su venida les habían puesto, a cuya causa se habían ausentado; mas ahora que estaban en libertad, le servirían con todo corazón y serían verdaderos vasallos del Emperador de los cristianos y que estuviese cierto que no habían peleado contra él, e que si alguna vez lo habían hecho, era más por fuerza que de su voluntad (*Crónica*, Lib. V, cap. XLIX, 580).

### **3. Un mensajero le comunica a Cortés la noticia de la llegada de un navío a Veracruz y además le informa de la construcción de las partes prefabricadas de los 13 bergantines**

En la sección siguiente podemos comparar la *Crónica* con Motolinía y Díaz del Castillo. El texto de la *Crónica* de Cervantes de Salazar consta de los capítulos LXIII a LXV. En estos capítulos el cronista se refiere a la llegada de un navío español al puerto de Veracruz, con soldados, pertrechos, ballesteros, caballos, escopeteros y pólvora. Estando en ese tiempo Veracruz aislada porque los aztecas merodeaban por la región, los recién llegados no sabían cómo alcanzar a Cortés. Sabida la nueva de la llegada del navío a Veracruz un criado de Cortés que se hallaba en Tlaxcala para la construcción de los bergantines decidió desafiar las fuerzas aztecas y, yendo a pie, atravesando el territorio infestado por los enemigos, escondiéndose y alimentándose como pudo, fue desde Tlaxcala hasta Texcoco para comunicarle a Cortés, no solamente lo del navío con los soldados y pertrechos tan necesarios que estaba anclado, esperando en el puerto de Veracruz, sino también que los bergantines estaban acabados:

Finalmente, como hombre venturoso y de gran ánimo y esfuerzo, llegó muy alegre a Tezcuco, de que no poco se maravilló todo el real de los españoles, e aun el de los indios amigos, como hombres más temerosos y que sabían mejor que los nuestros las crueldades de los enemigos y los muchos que dellos había en los pasos más peligrosos; le miraban y aun tocaban con las manos como cosa muy extraña, diciendo que si se había hecho invisible, no sabían cómo había podido pasar sin que le matasen. Aquella noche en los dos reales, por las buenas nuevas, se hicieron alegrías, dieron al mancebo muchos de los principales y Cortés las albricias que pudieron, aunque éllas merecía muy grandes (*Crónica*, Lib. V, cap. LXIII, 599).

Bernal, siempre preocupado por la suerte de sus compañeros, ofrece una interpretación distinta de la batalla de Otumba::

Y volvamos a decir qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas, y como se habían resfriado y estaban hinchadas, dolían. Pues más de llorar fue los caballeros y esforzados soldados que faltaban: ¿qué es de Juan Velázquez de León, Francisco de Saucedo y Francisco de Morla y un Lares el Buen Jinete, y otros muchos de los nuestros de Cortés? ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de nosotros faltaron es no acabar tan presto. Pues de los de Narváez todos los más en las puentes quedaron cargados de oro (...). Tornemos a decir cómo quedaron en las puentes muertos, así los hijos e hijas del Montezuma como los prisioneros que traíamos, y el Cacamatzin, señor de Tezcuco, y otros reyes de provincias. Dejemos ya de contar tantos trabajos y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos pues los tiros y artillería y pólvora no sacamos ninguna; las ballestas fueron pocas, y esas se remediaron luego las cuerdas e hicimos saetas. Pues lo peor de todo era que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tascalá. Demás desto, aquella noche (siempre cercados de mexicanos y gritas y varas y flechas, con hondas, sobre nosotros) acordamos de nos salir de allí a medianoche, y con los tascaltecas, nuestras guías, por delante, con muy buen concierto caminar, los heridos en medio y los cojos con bordones, y algunos que no podían andar y estaban muy malos, a ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de a caballo que no estaban heridos, delante y a un lado y a otro repartidos. Y desta manera todos nosotros, los que mas sanos estábamos, haciendo rostro y cara a los mexicanos, y los tascaltecas heridos dentro del cuerpo de nuestro escuadrón, y los demás que estaban sanos hacían cara juntamente con nosotros, porque los mexicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos y silbos, y decían: “Allá iréis, donde no quede ninguno de vosotros a vida.” Y no entendíamos a qué fin lo decían, según adelante verán (...). Y volvamos a decir cómo llegamos aquel día a unas estancias y caserías de un pueblo grande que se dice Gualtitán, el cual pueblo, después de ganado México, fue de Alonso Dávila, y aunque nos daban grita y voces y tiraban piedra con hondas y varas y flechas, todo lo soportamos. Y desde allí fuimos por unas caserías y poblezuelos, y siempre los mexicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar, y nos comenzaban a cercar y tiraban tanta de piedra con hondas y varas y flechas, y con sus montantes, que mataron a dos de nuestros soldados en un paso malo, y también mataron un caballo e hirieron a muchos de los nuestros; y también nosotros a estocadas y cuchilladas matamos algunos dellos, y los de a caballo lo mismo; y así dormimos en aquellas casas y comimos el caballo que mataron. Y otro día muy de mañana comenzamos a caminar con el concierto que de antes íbamos, y aun mejor, y siempre la mitad de los de a caballo adelante. E poco más de una legua de allí, en un llano, ya que creíamos ir en salvo, vuelven nuestros corredores del campo que iban descubriendo y dice que están los campos llenos de guerreros mexicanos aguardándonos. E cuando lo oímos, bien que teníamos temor, pero no para desmayar ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir. Y allí repa-

ramos un poco y se dió orden cómo se había de entrar e salir los de a caballo a media rienda, y que no se parasen a lancear, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, e que todos los soldados las estocadas que diésemos que les pasásemos las entrañas, y que hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridos, por manera que, si Dios fuese servido, escapásemos con las vidas. Y después de nos encomendar a Dios e a Santa María muy de corazón, e invocando el nombre de señor Santiago, desque vimos que nos comenzaban a cercar, de cinco en cinco de caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente. ¡Oh, qué cosa era de ver esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos tan revueltos con ellos, pie con pie, y qué cuchilladas y estocadas les dábamos y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos! Y los de caballo, como era el campo llano, ¡cómo alanceaban a su placer entrando y saliendo, y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones! Pues todos nosotros, los que no teníamos caballos, parece ser que a todos se nos ponía doblado esfuerzo, que aunque estábamos heridos y de refresco teníamos otras heridas, no curábamos de las apretar, por no nos parar a ello, que no había lugar, sino con grandes ánimos aprechugábamos con ellos a les dar de estocadas. Pues quiero decir cómo Cortés y Cristóbal de Olí[d] y Gonzalo de Sandoval y Gonzalo Domínguez y un Juan de Salamanca, cuáles andaban a una parte e a otra, y aunque bien heridos, rompiendo escuadrones. Y las palabras que Cortés decía a los que andábamos envueltos con ellos: que la estocada o cuchillada que diésemos fuese en señores señalados, porque todos traían grandes penachos de oro y ricas armas e divisas. Pues ver cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, e decía: “¡Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos para algún buen fin!”. Y tornaré a decir los muchos de nuestros soldados que nos mataban y herían. Y dejemos esto y volvamos a Cortés y Cristóbal de Olí[d] y Sandoval y Gonzalo Domínguez y otros de a caballo que aquí no nombro, y Juan de Salamanca. Y todos los soldados poníamos grande ánimo a Cortés para pelear, y esto Nuestro Señor Jesucristo e Nuestra Señora la Virgen Santa María nos lo ponía en corazón, y señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba. Y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes ya por mí memorados que andaban en su compañía en parte donde andaba con su grande escuadrón el capitán general de los mexicanos, con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería. Y desque lo vio Cortés con otros muchos mexicanos que eran principales, que todos traían grandes penachos, dijo a Gonzalo de Sandoval y a Cristóbal de Olí[d] y a Gonzalo Domínguez y a los demás capitanes: “¡Ea, señores, rompamos por ellos y no quede ninguno dellos sin herida!”. Y encomendándose a Dios, arremetió Cortés y Cristóbal de Olí[d] y Sandoval y Alonso Dávila y otros caballeros. Y Cortés dio un encuentro con el caballo al capitán mexicano que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros capitanes acabaron de romper el escuadrón, que eran muchos indios. Y quien siguió al capitán que traía la bandera, que aún no había caído del encuentro que Cortés le dio, fue Juan de Salamanca, ya por mí nombrado, que andaba con Cortés con una buena yegua overa, que le dio una lanzada y le quitó el rico penacho que traía y se lo dio luego a Cortés, diciendo que pues él lo encontró primero e le hizo abatir la bandera y le hizo perder el brío de pelear de sus gentes, que aquel penacho era suyo; mas desde la obra de tres años Su Majestad se

lo dio por armas al Salamanca, y lo tienen sus descendientes en sus reposteros<sup>17</sup>. Volvamos a nuestra batalla, que Nuestro Señor Dios fue servido que, muerto aquel capitán que traía la bandera mexicana y otros muchos que allí murieron, aflojó su batallar, y todos los de a caballo siguiéndoles, y ni teníamos hambre ni sed, sino que parecía que no habíamos habido ni pasado ningún mal ni trabajo, y seguimos la victoria matando e hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tascalla estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron hacíanlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de a caballo de seguir la victoria, todos dimos muchas gracias a Dios que escapamos de tan gran multitud de gente, porque no se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos, porque allí estaba la flor de México y de Tezcucó y todos los pueblos que están alrededor de la laguna y otros muchos sus comarcanos, y los de Otumba y Tepetezcucó y Saltocán, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni veloso de nosotros. Pues ¡qué armas tan ricas que traían, con tanto oro y penachos y devisas, y todos los más capitanes y personas principales! Y allí junto donde fue esta reñida y nombrada batalla (para en estas partes así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas), y en un pueblo que se dice Otumba tienen muy bien pintada esta batalla y en retratos entallada los mexicanos y tascaltecas, entre otras muchas batallas que con los mexicanos hobimos hasta que ganamos a México. Y tengan atención los curiosos lectores que esto leyeren, que quiero traer aquí a la memoria que cuando entramos al socorro de Pedro de Alvarado en México fuimos por todos sobre más de mil e trecientos soldados, con los de a caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros, e más de dosmil tascaltecas, y metimos mucha artillería. Y fue nuestra entrada en México día de señor San Juan de junio de mil e quinientos y veinte años, fue nuestra salida huyendo a diez del mes de julio del dicho año,<sup>17</sup> y fue esta nombrada batalla de Otumba a catorce del mes de julio.<sup>18</sup> Digamos agora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta qué tantos nos mataron, así en México como en puentes y calzadas, como en todos los rencuentros y en esta de Otumba, y los que mataron por los caminos. Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y cinco mujeres de Castilla, y estos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez; y mataron sobre mil y ducientos tascaltecas (...). Llegamos a una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y mamparos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tascaltecas que allí partían términos entre los mexicanos y ellos (...). Pues desde lo supieron en la cabecera de Tascala, luego vino Masescaci y Xicotenga el Viejo y Chichimecatecle e Guaxasolo e Tecapaneca e otros muchos

<sup>17</sup> Bernal indica el 10 de julio de 1520 como la “Noche triste”; es otra incongruencia del gran historiador y conquistador, quizás debido al tiempo transcurrido entre los hechos y su relato de los mismos. El editor Serés corrige a Bernal, anotando como fecha de la salida de Tenochtitlan el 30 de junio y como fecha de la batalla de Otumba el 8 de julio de 1520 (*HV*, 490, N. 37).

<sup>18</sup> Bernal recuerda tres fechas—24 de junio de 1520, 10 de julio de 1520 y 14 de julio del mismo año—o sea, los tres momentos decisivos en los que el conquistador cronista resume la conquista de la Nueva España; el editor Serés anota: “No coincide con la fecha que trae Cortés, ocho de julio, que es más verosímil, porque concuerda con las jornadas que siguen a su huida de México, la noche del sábado 30 de junio” (*HV*, 490, N. 37).

caciques y principales y todos los más sus vecinos de Guaxocingo. Y como llegaron a aquel pueblo donde estábamos, fueron abrazar a Cortés y a todos nuestros capitanes y soldados (...). Y digamos cómo había ya veinte y dos días que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y prevalescendo, e acordó Cortés que fuésemos a la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habían muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narváez que venían a México, y en otros pueblos que estaban junto de Tepeaca, que se dice Cachula. Y como Cortés lo dijo a nuestros capitanes y apercebían a los soldados de Narváez para ir a la guerra (...), como habían visto las grandes guerras que nos daban y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos, e acordaron de decir a Cortés que no querían ir a Tepeaca ni a guerra ninguna, sino que se querían volver a sus casas, que bastaba lo que habían perdido en haberse venido de Cuba (...) Y desdeque vieron que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hicieron un requerimiento en forma, delante de un escribano del rey, para que luego se fuese a la Villa Rica y dejase la guerra, poniéndole por delante que no teníamos caballos ni escopetas ni ballestas ni pólvora (...). Y dejémoslo de repetir e digamos de lo que dice el coronista Gómara, que estoy muy harto de declarar sus borrones que dice que le informaron, las cuales no son así como él lo escribe. Y por no me detener en todos los capítulos a tornalles a recitar y traer a la memoria cómo y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir, y agora, paresciéndome que en esto deste requerimiento que hicieron a Cortés, no dice quién fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros o de los de Narváez, y en esto que escribe es por sublimar a Cortés y abatir a nosotros los que con él pasamos (...). Porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mí nombrados, y aun agora los torno a nombrar, que fueron Cristóbal de Olí[d], Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla y Luis Marín e Francisco de Lugo y Gonzalo Domínguez y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos, porque en aquel tiempo diez e seis caballos y yeguas fueron los que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, e no los había, y aunque costaran a mil pesos. Y como el Gómara dice en su historia que sólo la persona de Cortés fue el que venció la de Otumba ¿por qué no declaró los heroicos hechos que estos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? (HV, 484-500).<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Véase el siguiente pasaje sobre la batalla de Otumba de la *Conquista de México* de López de Gómara: “Cortés, que andaba a una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendóse a Dios, llamó a san Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiólos, llegó al que traía el estandarte real de Méjico, que era capitán general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendón, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendón. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos a caballo, y mataron infinitos dellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran docientos mil, según afirman, y el campo do esta batalla fue se dice de Otumpan. No ha habido más notable hazaña ni vitoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este día Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él. Ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró a todos” (Gómara, 369).

#### 4. Cortés envía a Sandoval para traer los bergantines de Tlaxcala a Texcoco. Destrucción del pueblo morisco

Las noticias traídas a Cortés por el mozo valiente requieren decisiones rápidas y Cortés ordena a Sandoval que salga para Tlaxcala para organizar el traslado de los bergantines a Texcoco y, de paso, castigar el atrevimiento del pueblo de Zultepeque en que habían sacrificado a varios españoles, con cinco caballos y centenares de aliados tlaxcaltecas:

Desde a tres días que rescibió la nueva, [Cortés] despachó a Gonzalo de Sandoval con quince de caballo y docientos peones para que traxese seguro por sus piezas los bergantines y la gente que con ellos había de venir. Mandóle con esto que de camino destruyese, quemase y asolase el pueblo de Zultepeque, que los nuestros después llamaron el pueblo morisco, subjecto a la ciudad de Tezcucó, que alinda en los términos de Tlaxcala, porque los naturales dél habían muerto cinco hombres de caballo e cuarenta y cinco peones e trecientos tlaxcaltecas que venían de la villa de la Veracruz a la ciudad de México cuando Cortés estaba cercado en ella (. ..). Sandoval, que desto no menos enojado estaba que Cortés, tomó el negocio bien a cargo, aunque Motolinea (sic) dice que en este caso siempre se excusaron los de Tezcucó de haber prendido y muerto los españoles, afirmando haberlo hecho las guarniciones de México, que después llevaron a sacrificar y comer los españoles a Tezcucó pero entonces, para que esto no sea creíble, no crean nada amigos los tezcucanos de los nuestros, y así, conforme a lo que Cortés escribió al Emperador, y otros conquistadores, dixeron [que] los de Tezcucó fueron en esta maldad; y porque parecerá dificultoso de creer que sin gran resistencia y muertes de los indios fuesen presos y muertos tantos españoles, diré cómo pasó (*Crónica*, Lib. V, cap. LXIV, 600).

Cervantes de Salazar muestra un caso de conflicto, como hubo con bastante frecuencia, entre dos versiones, la de Cortés, y otros conquistadores, y la del famoso misionero Toribio de Benavente, llamado Motolinía por los indios, es decir *pobreza*, demostrándole gran admiración y afecto. Veremos que el relato de la *Crónica* se adhiere bastante al de Bernal. Veamos antes el de la *Crónica*, que constituye el capítulo LXV del Libro V de esta obra:

Yendo, pues, todos aquellos españoles juntos, confiados en ir tantos, pasaron por aquel pueblo, en el cual los vecinos les hicieron muy buen recibimiento para mejor asegurarlos y hacer en ellos la mayor crueldad que nunca se hizo. Ya que del pueblo habían salido, aunque otros dicen antes de entrar, baxando por una cuesta que hacía un mal paso muy estrecho y angosto, que por los lados no se podía subir ni daba lugar donde los hombres se meneasen, cuanto más los caballos, llevándolos de diestro, e yendo unos en pos de otros, por el angostura del paso, los enemigos,

que estaban puestos en celada de la una parte y de la otra, con tanta furia y alarido los tomaron en medio, que en muy breve espacio, matando dellos, los demás tomaron a manos para traerlos a Tezcucó, donde, con muchas invenciones de crueldades, los sacrificaron y sacaron los corazones, untando con ellos los rostros de sus ídolos. Motolinea (sic), aunque cuenta esto mismo,<sup>20</sup> dice que es más de creer que los tomaron de noche, durmiendo, porque por toda aquella tierra no hay cuesta agra ni que allegue a un tiro de ballesta, ni que sea menester apearse del caballo para subirla ni bajarla, y que este camino es de todos bien conocido, que va de la Veracruz a México, y que el principal pueblo donde esto acaeció fue donde hoy está la venta de Capulalpa. A esto lo que se puede decir es que no vive más el leal de cuanto quiere el traidor, y que hombres asegurados no es mucho que los maten, aunque sea en llano, especialmente habiendo sido tantos en prenderlos y matarlos, y que no fuese de noche parece claro por dos cosas: la una, porque los indios jamás acometían de noche, y la otra porque los españoles siempre se velan, y en lo que toca el camino, poco hay dél que no tenga cuestras y barrancas (*Crónica*, Lib. V, cap. LXV, 601).

Será útil leer el relato del mismo episodio en la *Historia verdadera* de Bernal, en el capítulo CXL, en que se describe la ida de Sandoval al pueblo de Zultepeque, llamado pueblo morisco, y lo que decidió hacer una vez que llegó allí y su ida hacia Tlaxcala para traer los bergantines a Texcoco. De paso, se podrá comparar este largo relato de Bernal con el breve informe que Cortés dio al emperador en su *Carta tercera*:

Y [Sandoval] fue al Pueblo Morisco, y antes que llegasen los nuestros, ya sabían por sus espías cómo iban sobre ellos, y demamparan el pueblo y se van huyendo a los montes. Y el Sandoval los siguió y mató tres o cuatro, porque hobo mancilla de ellos, mas hobiéronse mujeres y mozas y prendió cuatro principales, y el Sandoval les halagó a los cuatro que prendió y les dijo que cómo habían muerto tantos españoles. Y dijeron que los de Tezcucó y de México los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podían pasar sino uno a uno, porque era muy angosto el camino, y que allí cargaron sobre ellos gran copia de mexicanos e de Tezcucó, y que entonces los prendieron y mataron; y que los de Tezcucó los llevaron a su cibdad y los repartieron con los mexicanos Y esto, que les fue mandado y que no pudieron hacer otra cosa, y que aquello que hicieron que fue en venganza del señor de Tezcucó, que se decía Cacamatzin, que Cortés tuvo preso, y se había muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron por las paredes, con que habían rociado con ella a sus ídolos, y también se halló dos caras que habían desollado y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas puestas y ofrescidas en uno de sus altares. Y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenían sus pelos e con sus herraduras, y colgadas a

<sup>20</sup> Véase la *Historia de los indios de la Nueva España*, de este misionero.

sus ídolos en el su cu<sup>21</sup> mayor. Y hallóse muchos vestidos de los españoles que habían muerto, colgados y ofrescidos a los mismos ídolos. Y también se halló en un mármol de una casa adonde los tuvieron presos escrito con carbones: “Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste con otros muchos que traía en mi compañía.” Este Juan Yuste era un hidalgo de los de caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narváez había traído. De todo lo cual el Sandoval y todos sus soldados hobieron mancilla y les pesó. Mas ¿qué remedio había ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres e hijos, y algunas mujeres que se prendían lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval, con cuatro principales que prendió, y con todas las mujeres, a todos les soltó y envió a llamar a los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdón y dieron la obediencia a Su Majestad y prometieron de siempre ser contra mexicanos y servirnos con el amor y voluntad que les fuese posible e muy bien. Y preguntados por el oro que robaron a los tascaltecas cuando por allí pasaron, dijeron que a tres habían tomado las cargas dello, y que los mexicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro había sido de Montezuma y que lo había tomado de sus templos y se lo dio a Malinche cuando le tenía preso (...). Y digamos cómo fue Sandoval camino de Tascala, junto a la cabecera del pueblo mayor, donde residían los caciques, y topó con toda la madera y tablazón de los bergantines, que traían a cuestras sobre ocho mil hombres, y venían otros tantos en reguarda dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil que venían para remudar la carga que traían el bastimento. Y venían por capitanes de todos los tascaltecas Chichimecatecle—que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que dello hablan que era indio principal y muy esforzado—y también venían otros dos principales que se decían Teulepile y Tiutical, y otros caciques y principales. Y a todos los traía a cargo Martín López, que era el maestro que cortó la madera y dio el gálico<sup>22</sup> y cuenta para las tablazones. Y venían otros españoles que no me acuerdo sus nombres. Y cuando Sandoval los vio venir de aquella manera, hobo mucho placer, por ver que le habían quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tascala algunos días detenido esperando a salir con toda la madera y tablazón. Y así como venían, con el mismo concierto fueron dos días caminando, hasta que entraron en tierra de mexicanos. Y les daban muchos silbos y gritos desde las estancias y barrancas y en partes que no les podían hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas. Entonces dijo el Martín López, que lo traía todo a cargo, que sería bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venían, porque los tascaltecas le habían dicho que temían que en aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de México y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos. Y luego mandó Sandoval repartir los de a caballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera y los demás en los lados; y mandó a Chichimecatecle, que iba por capitán delante de todos los tascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda juntamente con el Gonzalo de Sandoval, de lo que se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenían por esforzado. Y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hobo por bueno, viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él; y le dieron a entender que siempre los mexicanos daban en el fardaje que quedaba atrás. Y desde lo hobo bien entendido, abrazó al

<sup>21</sup> *Cu* era el nombre nahuatl de los templos aztecas.

<sup>22</sup> *Gálibo*, o sea las marcas que señalan las dimensiones del bergantín.



Sandoval y dijo que le hacían honra en aquello (...). Y digamos que en otros dos días de camino llegaron a Tezcucu, y antes que entrasen en aquella cibdad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas, puesto en ordenanza, caminaron y no quebraron el hilo en más de medio día, que iban entrando y dando voces y silbos, y diciendo: “¡Viva, viva el Emperador nuestro señor!” y “¡Castilla, Castilla!” y “¡Taxcala, Taxcala!”. Y llegaron a Tezcucu. Y Cortés y ciertos capitanes les salieron a rescibir con grandes ofrescimientos que Cortés hizo a Chichimecatecle y a todos los capitanes que traía. Y las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente a los bergantines se puso cerca de las zancas y esteros donde se habían de labrar, y desde allí adelante tanta prisa se daba en hacer trece bergantines. Y el Martín López que fue el maestro de los hacer, con otros españoles que le ayudaban, que se decían Andrés Núñez y un viejo que se decía Ramírez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernández, aserrador, y ciertos indios carpinteros, y dos herreros con sus fraguas y un Hernando de Aguilar, que les ayudaba a machar; todos se dieron gran prisa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltaba sino calafateallos y ponelles los másteles y jarcias y velas. Pues ya esto hecho, quiero decir el gran recaudo que teníamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto a la laguna, y los mexicanos procuraron tres veces de les poner fuego. Y aun prendimos quince indios de los que lo vinieron a poner el fuego, de quien Cortés supo muy largamente todo lo que en México hacía y concertaba Guatémuz, y era que por vía ninguno no habían de hacer paces, sino morir todos peleando o quitarnos a nosotros las vidas (*HV*, 550-553).

La de Bernal es una narración detallada en la que se aprecia un tono épico con el relato del hazañoso transporte del material para construir los bergantines, lo que hoy llamaríamos prefabricados, pues eso es lo que se hizo en Tlaxcala bajo la dirección del maestro Martín López, ayudado por carpinteros, algunos indios, y herreros, algunos también indios. Se aprecia el sentido del honor de Chichimecatecle, temeroso que la retaguardia, donde Sandoval le ordena ir, signifique que el jefe tlaxcalteca no sea valiente, pues cree que la vanguardia, donde ha estado hasta ese momento, sea la que se enfrente al ataque del enemigo, pero cuando Sandoval le explica que los aztecas siempre atacan la retaguardia, obedece, pues se enorgullece que el capitán español le haya mostrado confianza. En el texto de Bernal se aprecia la cooperación entre españoles e indios en una obra excepcional de ingeniería naval que resultará en una estrategia militar con la cual Cortés derrota la resistencia de los aztecas y conquista Tenochtitlan. Para apreciar la diferencia entre los dos relatos, véase el siguiente, sacado de la *Carta tercera* al emperador Carlos V, en la que Cortés da cuenta al emperador de la victoria obtenida con los bergantines:

Después de haber dado vueltas a las lagunas, en que tomamos muchos avisos para poner el cerco a Temixtitan por la tierra y por el agua, yo estuve en Tesaico, forneciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando prisa en que se

acabasen los bergantines y una zanja que se hacía para los llevar por ella fasta la laguna; la cual zanja se comenzó a facer luego que la ligazón y tablazón de los bergantines se trujeron en una acequia de agua, que iba por cabe los aposentamientos fasta dar en la laguna. Y desde donde los bergantines se ligaron y la zanja se comenzó a hacer hay bien media legua hasta la laguna; y en esta obra anduvieron cincuenta días más de ocho mil personas cada día de los naturales de la provincia de Acaluacan y Tesaico; porque la zanja tenía más de dos estados de hondura y otros tantos de anchura, y iba toda chapada y estacada; por manera que el agua que por ella iba la pusieron en el peso de la laguna; de forma que las fustas se podían llevar sin peligro y sin trabajo fasta el agua, que cierto que fue obra grandísima y mucho para ver. E acabados los bergantines y puestos en esta zanja, a 28 de abril del dicho año [1521] fice alarde de toda la gente, y hallé ochenta y seis de caballo, y ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de espadas y rodela, y tres tiros gruesos de hierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora (...). Para los trece bergantines con que yo había de entrar por la laguna, dejé trecientos hombres, todos los más gente de la mar y bien diestra; de manera que en cada bergantín iban veinte y cinco españoles, y cada fusta llevaba su capitán y veedor y seis ballesteros y escopeteros (...). Como los de Iztapalapa habían hecho ahumadas desde unas torres de ídolos que estaban en un cerro muy alto junto a su ciudad, los de Temixtitan y de las otras ciudades que están en el agua conocieron que yo entraba ya por la laguna con los bergantines, y de improviso juntóse tan grande flota de canoas para nos venir a acometer y a tentar qué cosa eran los bergantines; y a lo que podimos juzgar, pasaban de quinientas canoas. E como yo vi que traían su derrota derecha a nosotros, yo y la gente que habíamos saltado en aquel cerro grande, nos embarcamos a mucha priesa, y mandé a los capitanes de los bergantines que en ninguna manera se moviesen, porque los de las canoas se determinasen a nos acometer, y creyesen que nosotros de temor no osábamos salir a ellos; y así, comenzaron con mucho ímpetu de encaminar su flota hacia nosotros. Pero a obra de dos tiros de ballesta reparáronse y estuvieron quedos: y como yo deseaba mucho que el primer reencuentro que con ellos hobiésemos fuese de mucha victoria, y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podían recibir más daño, y aun nosotros también, era por el agua, plugo a nuestro Señor que, estándonos mirando los unos a los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos; y luego mandé a los capitanes que rompiesen por la flota de las canoas, y siguiesen tras ellos fasta los encerrar en la ciudad de Temixtitan; y como el viento era muy bueno, aunque ellos huían cuando podían, embestimos por medio dellos, y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos, que era la cosa del mundo mas para ver. Y en este alcance los seguimos bien tres leguas grandes, fasta los encerrar en las casas de la ciudad; e así, plugo a nuestro Señor de nos dar mayor y mejor victoria que nosotros habíamos pedido y deseado (*Carta III*, 69-72).<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Véase *Cartas de relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*, editor Don Enrique de Vedia, en *Historiadores Primitivos de Indias*, I, Madrid, BAE, 1946. Referencias con el número de la carta en romanos y las páginas en paréntesis.

En Bernal se identifican los que idearon y construyeron los bergantines y las épicas jornadas de su transporte, una vez prefabricados en Tlaxcala, hasta su llegada al lago Texcoco. Un momento esencial de la realización de esta hazaña de ingeniería naval, es la ayuda de los indios que participaron en la construcción y en el transporte atravesando territorio enemigo. En el relato de Cortés se representa la estrategia victoriosa de los bergantines, el arma decisiva para la derrota de los aztecas. Los dos textos se complementan y la crítica de Cervantes de Salazar al relato de Motolinía muestra la diferencia de opiniones sobre la actitud de los indios. En suma, los tres relatos ofrecen tres aspectos y percepciones diferentes de las cuestiones que aún hoy interesan para el estudio y comprensión de la conquista de la Nueva España.

## 5. Toma de Iztapalapa

Estuvo Cortés sin salir de Tezcucó ocho o nueve días, fortaleciendo parte de la casa en que posaba, porque toda no podía, por ser grandísima. Cerró puertas, hizo saeteras, levantó pretiles en la parte que mejor le pareció, basteciéndose de lo necesario para más de cuatro meses, recelándose de que los contrarios le cercarían; pero como vio que en todo este tiempo no le acometían ni daban muestra dello a los que con su licencia salían, aunque bien aderezados por la ciudad, determinó de buscar a sus enemigos, y así, salió de Tezcucó con docientos españoles, en los cuales llevaba diez e ocho de a caballo y treinta ballesteros e diez escopeteros e cuatro mill indios amigos tlaxcaltecas. Fue boxando hacia el Mediodía el alaguna, yendo por la orilla hasta llegar a una ciudad que se dice Iztapalapa, que por el agua está dos leguas de México y seis de la de Tezcucó. Tenía Iztapalapa más de diez mill vecinos, y entonces la mitad della y aun las dos tercias partes puestas en el [sic] alaguna, y al presente lo más della está en tierra firme. Tiene una hermosa fuente junto al camino que va a México, donde los que vienen de España para México se refrescan y son rescebidos de sus amigos. El señor desta ciudad, que era hermano de Motezuma y a quien los indios después de su muerte habían alzado por señor, había sido el principal que había hecho la guerra contra los españoles y echádoslos de México, y así por esto como porque sabía que todavía estaban de mal propósito, fue Cortés contra ellos, viendo que ni por amenazas ni buenas palabras querían venir en su amistad. No pudo ir tan secreto Cortés que los de Iztapalapa no fuesen luego avisados por los de la guarnición de México, con humos que hicieron de las atalayas, las cuales eran las casas y templos de los demonios, que todos eran torreados. Sabiendo esto los de Iztapalapa, metieron luego la más ropa que pudieron y las mujeres e niños en las casas que estaban dentro del agua, y dos leguas antes que Cortés llegase parecieron en el campo algunos indios de guerra y otros por el alaguna, a su modo bien armados. No salió toda la gente con ejército formado, porque pretendieron, como después lo intentaron, metiendo a los nuestros en la ciudad, matarlos con un nuevo ardid, y así, comenzaron los del agua y los de la tierra a escaramuzar con los nuestros, retrayéndose y reparando hasta llevar a los nuestros aquellas dos leguas y meterlos en la ciudad, a la entrada de la cual salió todo el golpe de la gente.

Pelearon más de tres horas los unos con los otros bravamente hasta que después de haber los nuestros muerto muchos dellos, dieron con los demás al agua, donde más con la priesa y alteración que con la hondura della, que no llegaba más de hasta los pechos, y todos son nadadores, se ahogaron algunos; los demás saltaban en las canoas, donde otros los recogían. Con todo esto, fue tan reñida y sangrienta la batalla, que de los enemigos murieron más de cinco mill, y de los tlaxcaltecas pocos y de los españoles ninguno, los cuales hobieron gran despojo, pusieron fuego a muchas casas, y si la noche no viniera acabarían de destruir el pueblo, porque entonces más que otras veces, como los que se vengaban de los daños rescebidos, se señalaron tanto que no se podía dar a ninguno ventaja conocida. Ya, pues, que hartos de pelear se querían aposentar, los de Iztapalapa dos horas antes habían rompido una calzada que estaba como presa dos tercios de legua de la ciudad, entre la alaguna dulce y la salada. Comenzó con gran ímpetu a salir el agua salada y dar en la dulce; estonces, con la cobdicia de la victoria, los nuestros no sintieron el engaño, antes, como está dicho, siguieron el alcance, y como los enemigos estaban sobre aviso, habían despoblado todas las casas de la tierra firme; creció tanto el agua que ya comenzaba a cubrir el suelo donde los nuestros estaban. Acordóse Cortés cómo había visto rota la calzada, dio luego en el engaño, hizo a toda priesa salir la gente, mandando que nadie se detuviese si no quería morir anegado. Salieron a toda furia, que sería a las siete de la noche, pasando el agua en unas partes a vuelapié y en otras a los pechos y a la garganta. Perdieron el despojo, ahogáronse algunos tlaxcaltecas, acabaron de salir a las nueve de la noche, y, a detenerse tres horas más, corrían todos mucho riesgo. Tuvieron ruin noche de frío, como salían tan mojados, y la cena fue ninguna, porque no la pudieron sacar. Todo se les hizo liviano, considerando que a no ser con tiempo avisados, no quedara hombre que no muriera. Los de México, que todo esto supieron, dieron luego por la mañana sobre los nuestros, porque los duelos fuesen doblados. Fuéles forzado, peleando, retirarse hacia Tezcucó; apretábanlos mucho los enemigos por tierra y por agua, aunque dellos quedaron tendidos los que más se atrevían. Los del agua fueron los que menos peligraron, porque se acogían luego a las canoas. Los nuestros como estaban mojados y muertos de hambre y los enemigos eran muchos y venían de refresco, no osaron meterse en ellos, contentos con defenderse y matar a los que podían. (*Crónica*, Lib. V, cap. LII, 585-586).

El cronista, como hemos tenido ocasión de leer en el episodio de la herida y la muerte de Moctezuma, incluye dos diálogos entre el emperador azteca y Cortes. No solamente las obras para el asedio de Tenochtitlan llaman la atención del rey azteca Cuauhtemoc, sino la rendición de pueblos, como los tres indicados arriba, a tal punto que el rey azteca llamó a sus capitanes y les hizo el discurso siguiente:

¿Que es esto, señores y valientes capitanes, que estando nosotros vivos, en nuestra gran ciudad de México, cabeza del mundo, después de vencidos rotos y desbaratados y muertos más de seiscientos destos perros cristianos, vuelvan delante de nuestros ojos a rodear nuestra ciudad, robar, destruir y quemar nuestros pueblos, levantar otros que en nuestro servicio teníamos, vencieron los fortalecidos

en los peñoles, que no bastaran nuestros dioses a hacerlo, y por doquiera que van, como tigres y leones, son vencedores? (...) Cuando faltaren los arcos, las varas, las macanas y rodela, las piedras y las demás armas, de que asaz tenéis abundancia, aguzad los dientes, dexad crescer las uñas, para que despedazando, con los dientes y deshaciendo con las uñas a estos perros, venguéis a vos y a vuestros dioses de las injurias rescebidas, atajando las que os pretenden hacer, y para esto ninguna ocasión se ha ofrecido tan buena como la presente, que están Cortés y los suyos en Suchimilco, como en su casa, descuidados. Acometámoslo de súbito, por el agua y por la tierra con todo nuestro poder, que no se nos puede escapar hombre dellos que no muera, y así muertos con su capitán, los que están en Tezcuco quedarán para sacrificarlos vivos a nuestros dioses, los cuales, volviendo por su honra, no dudéis sino que serán en nuestra ayuda y favor (*Crónica*, Lib. V, cap. XCV, 636-637).

## 6. El relato de la *Crónica* como complemento a los de Cortés y de Bernal

A menudo podemos observar una riqueza de detalles en la *Crónica* que la convierte en un relato complementario a los más famosos y conocidos de Hernán Cortés y sus *Cartas de relación al Emperador Carlos V* y de Bernal y su *Historia verdadera*. Hay una instancia en que el autor de la *Crónica* ha recogido anécdotas y tradiciones orales de las que creo valga la pena documentar algunas, que no se hallan ni en las *Cartas* de Cortés, ni en la *Historia verdadera* de Díaz del Castillo. Así es el episodio en que los jefes tlaxcaltecas le piden a Cortés autorización para vestirse de las armas y de los aderezos de los capitanes aztecas vencidos. Este episodio confirma, al mismo tiempo, el carácter desconfiado de Cortés que, acostumbrado a las tramoyas de Velázquez, gobernador de Cuba, y de Fonseca, obispo de Roano y miembro prominente del Consejo de Indias, ha aprendido que en la Nueva España es fácil equivocarse y caer en una trampa, o embatirse en lo imprevisible:

Después que la gente de Tlaxcala hubo reposado del camino y vio Cortés que estaban algo desabridos por no venir a las manos con los mexicanos, aperció treinta de a caballo y treientos peones e cincuenta ballesteros y escopeteros y seis tiros pequeños de campo, y mandó que con Ojeda saliesen treinta o cuarenta mil tlaxcaltecas, y sin decir a persona alguna dónde iba, porque se recelaba, y con razón, de los de Tezcuco, que diesen aviso a los mexicanos, salió de la ciudad y fue a la mano derecha, que es hacia el norte, a la otra vuelta, e andadas cuatro leguas, topó con un muy grande escuadrón de enemigos. Rompió por ellos con los de a caballo; desbaratólos, dexando muchos muertos; puso los demás en huida. Los tlaxcaltecas, como son muy ligeros, los siguieron bravamente; mataron muchos de los contrarios, no tomando hombre a vida, porque estaban ya de las antiguas injurias y agravios muy sedientos de su sangre. Señaláronse aquel día hasta la noche, que duró el alcance, cuatro o cinco capitanes tlaxcaltecas que para entre ellos se mostraron leones, matando por sus manos muchos capitanes y principales de los enemigos; volvieron, aunque algo heridos, de que ellos no venían poco contentos,

cargados de ricos despojos de plumajes, mantas y rodela. Viniéronse derechos a do Cortés estaba, y como varones muy animosos, le dixerón: “Señor, con tu favor e ayuda esperamos que nosotros y nuestros hijos hemos de vestir y armar de los despojos que a estos perros mexicanos, quitándoles las vidas, hemos de tomar.” Cortés, hablándoles graciosamente, les respondió que lo que decían habían comenzado a cumplir por la obra, y que así lo habían de hacer todos los capitanes, que tan valientes fuesen como ellos (*Crónica*, Lib. V, cap. LXXIV, 611-612).

Es notable en este pasaje la disciplina y obediencia que los jefes tlaxcaltecas muestran a Cortés. Por la respuesta de Cortés a sus demandas se entiende que ya han comenzado a vestirse las armas de sus enemigos derrotados. En varias ocasiones hemos notado la riqueza y lujo de las armas de los jefes aztecas. También sabemos por las crónicas que los tlaxcaltecas no poseían oro en la misma abundancia de la que los españoles hallaron en Tenochtitlan.

## 7. Cortés visita Taclopán, lugar de la “Noche Triste”

En su exploración de las ciudades sobre la laguna de Texcoco, Cortés desea visitar la ciudad de Tacuba,<sup>24</sup> donde los españoles que habían sobrevivido a la rebelión y consecuente guerra de Tenochtitlan, habían pasado en la así llamada *noche triste*, del 30 de junio de 1520, no sin sufrir una terrible derrota, como veremos leyendo el relato de Clavijero. Pero primero veamos el texto de la *Crónica*:

Otro día en amanesciendo, los tlaxcaltecas y los demás indios amigos comenzaron a saquear y a quemar la ciudad, salvo el aposento donde los españoles, aunque se dieron tanta prisa que dél quemaron un cuarto, aunque algunos dicen que por ser las casas de terrados fue mayor el ruido y espanto que el daño que hicieron, y esto decían ellos que lo habían hecho por vengarse de la matanza que en los nuestros y en sus naturales habían hecho cuando de México, saliendo desbaratados, pasaron por aquella ciudad (...). Estuvo Cortés seis días en esta ciudad, en ninguno de los cuales estuvo ocioso, antes siempre tuvo encuentros y escaramuzas con los mexicanos que estaban cerca de ellos, e hubo algunos recuentos con tanta grita y barahunda, como suelen, que pareció que el cielo se venía abaxo. Los tlaxcaltecas, como deseaban mejorarse con los mexicanos y los mexicanos se tenían por valientes, era cosa de ver los desafíos que entre los capitanes y principales soldados había, desafiándose uno a uno, dos a dos y cuatro a cuatro. Las más veces los mexicanos llevaban lo peor y en los particulares desafíos no había más que morir o vencer, porque se querían tan mal y tenían por tanta gloria llevar el brazo o cabeza del vencido a los suyos, que jamás se tomaban a vida. Decíanse los unos a los otros tantos denuestos, tan extraños y encarecidos, que era cosa de ver; pero entre

<sup>24</sup> Tlacopán en Sahagún y Clavijero.

otras cosas, no son de pasar en silencio, lo que los mexicanos decían a los tlaxcaltecas. Decíanles: “Vosotros, mujeres mancebas de los cristianos, nunca osastes llegar adonde ahora estáis sino con el favor de vuestros amigos los cristianos. A vosotros y a ellos comeremos en chile,<sup>25</sup> porque no nos presciamos de teneros por esclavos.” Los tlaxcaltecas respondían: “Nosotros, como a gente bellaca, temerosa y sin fee, siempre os hemos hecho huir y nunca de nuestras manos habéis escapado menos que vencidos. Vosotros sois las mujeres y nosotros los hombres, pues siendo tantos y nosotros tan pocos jamás habéis podido entrar en nuestros términos como nosotros en los vuestros. Los cristianos no son hombres sino dioses, pues cada uno es tan valiente que a mill de vosotros espera y mata.” Con estas y otras injurias se encendían y enojaban tanto los unos contra los otros, que como canes rabiosos se despedazaban sin dar lugar a que, si no era en la figura, [no] pareciesen hombres, sino fieras (*Crónica*, Lib. V, cap. LXXV, 674).

En este relato de la *Crónica*, en que se cuenta la venganza que Cortés y sus aliados hicieron de la matanza sufrida en *la noche triste*, se documenta un detalle curioso de las ofensas que aztecas y tlaxcaltecas se lanzan en Tlacopan, ciudad bien conocida por Cortés y sus españoles y por sus aliados tlaxcaltecas que se hallaron allí, en *la noche triste*, en cuyo trance, como veremos en este relato de Clavijero, Cortés sufrió una terrible derrota:

[Cortés] ordenó su marcha en el mayor silencio de la noche, cuya oscuridad se había hecho mayor con un nublado, y cuya molestia y peligro se agravaba con alguna lluvia. Dio la vanguardia al invicto Sandoval con otros capitanes, 200 infantes y 20 caballos. En el cuerpo del ejército iban los prisioneros, la gente de servicio, el bagaje y el mismo Cortés con 5 caballos y 100 infantes para acudir con prontitud adonde hubiese mayor necesidad. La retaguardia se encargó al capitán Pedro de Alvarado con el resto de los españoles. Las tropas auxiliares de Tlaxcala, Cholula y Cempoala, que eran más de 7.000 hombres, se repartieron en las tres partes del ejército; e invocando la protección del cielo, comenzaron a pasar por la calle de Tlacopan. Pasó la mayor parte con felicidad el primer canal o acequia con la ayuda del puente que llevaban,<sup>26</sup> sin más resistencia que la poca que hicieron las centinelas que guardaban aquel lugar, pero advertidos los sacerdotes que velaban en los templos, tocaron al arma y excitaron con sus bocinas al pueblo. En un momento se vieron los españoles atacados por tierra y por agua de un número extraordinario de enemigos que con su misma multitud y desorden se embarazaban en el ataque. Fue muy sangriento el combate en el segundo canal, extremo el peligro y extraordinarios los esfuerzos de los españoles por salvarse. La oscuridad de la noche, el estrépito de las armas, los clamores e imprecaciones de los combatientes, los gemidos de los prisioneros y los ayes de los moribundos, formaban un conjunto de lástima y de horror. Aquí se oye la voz de un soldado que

<sup>25</sup> El cronista se refiere a la variedad de pimientos pequeños y muy picantes que se usan como condimento.

<sup>26</sup> Para pasar los canales que rodeaban la ciudad de Tenochtitlan, Cortés había construido un puente móvil, arrastrado por cuarenta hombres.

implora el socorro de sus compañeros, y allí la de otro que en los últimos alientos de su vida pide a Dios misericordia. Todo es confusión, gritos, heridas y muerte. Cortés, cumpliendo con todas las obligaciones de un buen general, acude con suma intrepidez a todas partes pasando y repasando a nado los canales, alentando a los unos, socorriendo a los otros y dando a las reliquias de su ejército todo el orden que permitían las circunstancias, no sin gravísimo riesgo de ser muerto o hecho prisionero. El segundo canal se cegó de tal suerte con los cadáveres, que sobre ellos pasaron los que habían quedado de la retaguardia; Alvarado, que la mandaba, se halló tan apretado en el tercer canal, que no pudiendo contrarrestar el furor de los enemigos, ni echarse a nado sin ser muerto, fijó, según dicen, su lanza en el fondo del canal y sus brazos en el cuento de la lanza, y dando un extraordinario impulso a su cuerpo, se puso de un salto de la otra parte del canal. Acción que siempre se celebró como un prodigio de agilidad y que dio a aquel lugar el nombre que hasta hoy conserva de Salto de Alvarado.<sup>27</sup> La pérdida de los mexicanos en esta noche no pudo menos de ser muy considerable. De la de los españoles hablan, como en otros cálculos, con mucha variedad los autores.<sup>28</sup> Lo más cierto (según dice Gómara, que muestra haberlo averiguado con mayor diligencia) es que murieron sobre 450 españoles, más de 4,000 hombres de tropas auxiliares, y entre ellos, según dice Cortés, todos los cholultecas; murieron también todos o casi todos los prisioneros y toda la gente de servicio y 46 caballos, y se perdió casi toda la riqueza adquirida, toda la artillería y todos los papeles pertenecientes a la Real Hacienda y a la Historia de lo acaecido hasta aquel tiempo a los españoles. Entre los españoles que faltaron, los de más consideración fueron los capitanes Juan Velázquez de León, persona principal e íntimo amigo de Cortés, Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, hombres todos de mucho valor y mérito. Entre los prisioneros pereció el desgraciado rey Cacamatzin,<sup>29</sup> un hijo y dos hijas del difunto rey Moctezuma. Acompañó a esta princesa en su desgracia doña Elvira, hija del príncipe Maxixcatzin. No pudo el esforzado corazón de Cortés contener a vista de tanta calamidad el llanto a sus ojos. Sentóse en una piedra cerca de Popotla, población cercana a Tlacopan, no tanto por respirar de la fatiga cuanto por llorar la pérdida de sus amigos y compañeros; pero sirvióle de consuelo en su aflicción el ver vivos a sus más esforzados capitanes: Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo; a sus intérpretes Aguilar y doña Marina, y a su ingeniero Martín López, en quienes principalmente libraba desde entonces la reparación de su honor y la conquista de México (*Clavijero*, 365-367).

Es ésta de Clavijero una descripción épica de la noche triste, como correspondería a un acontecimiento de gran importancia. Además de relatar la derrota de Cortés,

<sup>27</sup> Bernal Díaz del Castillo, refiriéndose al relato que Gómara escribió sobre este episodio del salto de Alvarado lo considera exagerado. Véase más abajo el texto de *HV*.

<sup>28</sup> En nota, Clavijero da una breve lista de autoridades: “Cortés dice que murieron 150 españoles; pero o disminuyó por particular motivo el número, o lo erraron los copistas. Bernal Díaz cuenta 870 españoles muertos; pero en este número comprende, no solamente los que faltaron esta noche, sino también los que perecieron en los días siguientes hasta entrar en Tlaxcala. Solís no cuenta más de 200 y Torquemada 290” (*Clavijero*, 366, n. 36).

<sup>29</sup> En nota, Clavijero agrega: “Torquemada afirma como cosa bien averiguada que pocos días después de preso Cacamatzin le hizo Cortés dar garrote en la prisión. Cortés, Bernal Díaz, Betancourt y otros dicen que murió con los demás prisioneros en la Noche Triste” (*Clavijero*, 366, n. 38).



Clavijero indica algunas fuentes para explicar la dificultad de llegar a la verdad de la historia de esa noche. Una de esas fuentes, la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, duda de la tradición relativa al así llamado *salto de Alvarado*. El texto de *HV* se encuentra en el capítulo CXXVIII, sobre la noche triste:

Y en la triste puente, que dijeron después que fue el salto de Alvarado, digo que en aquel tiempo ningún soldado se paraba a vello si saltaba poco o mucho, porque harto teníamos que salvar nuestras vidas, porque estábamos en gran peligro de muerte, según la multitud de mexicanos que sobre nosotros cargaban. Y todo lo que en aquel caso dice Gómara es burla, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza, estaba el agua muy honda y no podía llegar al suelo con ella. Y demás desto, la puente y abertura muy ancha y alta, que no la podría salvar por muy más suelto que era, ni sobre lanza ni de otra manera; y bien se puede ver agora qué tan alta iba el agua en aquel tiempo y qué tan altas son las paredes donde estaban las vigas de la puente, y qué tan ancha era el abertura. Y nunca oí decir deste salto de Alvarado hasta después de ganado México, que fue en unos nibelos que puso un Gonzalo de Ocampo, que por ser algo feos aquí no declaro; y en ellos dice: “Y de acordársete debía del salto<sup>30</sup> que diste de la puente” (*HV*, 482).

Se entiende que Cortés quiera escarmentar a los residenets de Tlacopan y haya decidido dejar constancia de que su vuelta tiene como finalidad la conquista de la Nueva España y su integración en el occidente cristiano, sin olvidarse que la crueldad mostrada por los aztecas con los prisioneros españoles y los aliados indios no podía dejarse sin el castigo de los culpables. Al relatar esta etapa en Tlacopan, la *Crónica* se detiene en representar el encarnizamiento con el que los tlaxcaltecas y demás indios aliados se abandonan a la destrucción de Tlacopan, pareciendo más bien animales salvajes que hombres—*sin dar lugar a que, si no era en la figura, pareciesen hombres, sino fieras* (Cap. LXXV, p. 614)—y luego, en el cap. LXVI, cuenta la reacción resentida de los mexicanos que amenazan a Cortés, advirtiéndole que con la muerte de Moctezuma ya no hay en la Nueva España nadie que sea su amigo, mofándose del deseo de Cortés de hablarle al rey Cuauhtémoc:

Prosiguiendo en su coraje los mexicanos, deseosos de vengarse de los nuestros, saliendo por la calzada, fingían huir para meterlos en alguna celada donde los pudiesen tomar a manos y sacrificarlos, que es lo que ellos más deseaban y en que más mostraban el odio que les tenían, y como vían que no salían con esto, otras veces lo convidaban a la ciudad, diciendo: “Entrad, esforzados, a pelear. ¿Por qué

<sup>30</sup> En una nota el editor Guillermo Serés apunta a la posibilidad que la palabra *salto* pueda aludir a *asalto*: “Es posible que tenga un sentido irónico, habida cuenta de que *salto* también significa ‘asalto, acción militar contundente, hazaña’; todo lo contrario de la actuación de Alvarado, que ha abandonado sus hombres para salvar la vida” (*HV*, 482, n. 13).

perdéis tan buena ocasión, que hoy seréis señores de México?” Otros decían: “Venid a holgaros, que la comida hallaréis aparejada. ¿No queréis?, pues aquí moriréis como antaño.” Otros: “Íos a vuestra tierra, que ya no hay Motezuma que haga lo que vosotros queréis”. Entre estas pláticas, Cortés, con todo recato, poco a poco se fue llegando a una puente que estaba alzada; hizo señas a los de la una parte y de la otra, que callasen. Ellos, por ver lo que diría, sosegándose, le dixerón que hablase. El entonces (sic) les preguntó si estaba allí el señor, porque deseaba decirle cosas que mucho le convenían. Ellos le respondieron: “Todos los que veis son señores; decid lo que queréis”; y él, como no estaba allí el señor, calló un poco. Ellos, sintiéndose desto agraviados, le deshonraron bravamente, diciéndole, entre otras cosas: “¿Tú piensas, Cortés, que ha de ser la de antaño, y que es viva aquella gallina de Motezuma? Mal lo has pensado; que de ti y de los tuyos hemos de hacer un gran banquete a los dioses.” Cortés se rió; no les respondió palabra porque hablaba con canalla, y diciéndoles un español que para qué parlaban tanto estando encerrados y sin comida, por la falta de la cual, aunque más valientes fuesen, si no se rendían habían de morir de hambre, replicaron con doblado enojo que no tenían falta de pan, pero que cuando la tuviesen comerían de los españoles y tlaxcaltecas que matasen, pues tenían la caza delante. Con esto arrojaron ciertas tortillas, diciendo: “Malaventurados, comed, que tenéis hambre; que a nosotros, por la bondad de los dioses, todo nos sobra y apartaos de ahí, si no haremos os pedazos.” Dichas estas palabras, gritando todos, tornando con mayor furia a la pelea, la cual no dexaron hasta volver bien descalabrados, Cortés, como no pudo hablar con Guatemuci, e que para esto había venido, al cabo de los seis días, determinó de volverse por el camino que había venido a Tezcuco, salvo que no fue por Xaltoca, que es a trasmano (*Crónica*, Lib. V, cap. LXXVI. 615).

En el capítulo siguiente, el LXXVII, el cronista continúa el relato del enfrentamiento con los aztecas de Tlacopan que persiguen al ejército de Cortés, tratando de sorprenderlo:

Los enemigos, como vieron levantar el real de los nuestros, creyendo que iban huyendo, determinados de seguirlos, los dexaron dormir aquella noche en la ciudad de Guatitlán para más asegurarlos, y luego otro día de mañana, saliendo de allí los nuestros, los enemigos, más espesos que granizo, los comenzaron a seguir, pero los de caballo, revolviendo de cuando en cuando, les hacían por un rato perder la furia, porque a los que alcanzaban dexaban tales que no volvían jamás a la burla. Con todo esto, como los españoles todavía marchaban, pensando que iban huyendo, como eran tantos, quedase el que quedase, los seguían bravamente, tanto que fue necesario que Cortés usase de algún ardid, de los que solía, y así mandó a la gente de a pie que se fuese adelante y que no se detuviesen, proveyendo, para la defensa dellos, que en la rezaga fuesen cinco de caballo, y quedándose él con veinte, mandó a los seis se pusiesen en cierta parte en celada y a otros seis en otra y a otros cinco en otra, y él con otros tres, poniéndose en otra, les dixo que cuando él appellidase ¡Sant Pedro!

o ¡Sanctiago!, diesen en los enemigos, que con el cebo de ir tras los españoles, irían descuidados, pensando que todos iban juntos adelante. Fue así como Cortés lo pensó, el cual, desde que vio que había pasado gran multitud de gente, apellidando ¡Sant Pedro!, de súbito dieron todos los de caballo en ellos, y como los desbarataron fue fácil de hacer gran matanza en ellos. Siguiéronlos, dos leguas por tierra llana, quedando a pequeños trechos muchos enemigos muertos, con lo cual los vivos escarmentaron de tal suerte que no lo osaron más seguir (*Crónica*, Lib. V, cap. LXXVII, 616).

## 8. Destrucción de Xochimilco

Xochimilco era la mayor ciudad sobre la laguna, exceptuando a Tenochtitlan. Sobre su importancia estratégica y logística que seguramente el rey azteca defendía celosamente, y, conciente del peligro de perderla, expresó su frustración y enojo, será bien recordar la descripción de Clavijero:

Después de haber descansado, el ejército partió de Cuauhnahuac [Cuernavaca], cargado de despojos, de vuelta a México por un gran bosque de pinos en que padeció mucha sed, y al día siguiente se halló a vista de la grande y deliciosa ciudad de Xochimilco. Esta ciudad, la mayor del valle de México, después de las cortes, estaba fundada en la ribera del lago dulce, en distancia de poco más de cuatro leguas al sur de la capital. Su vecindario era muy numeroso, sus templos muchos, sus edificios suntuosos y singularmente bellos sus jardines nadantes, que dieron ocasión a su nombre [Xochimilco=sementera de flores o jardín] (*Clavijero*, 392).

El ataque contra el ejército de Cortés ocurre poco después de la llegada de los españoles que deben luchar con los xochimilcas para conquistar una plaza fuerte, donde esperan descansar y curar a los heridos. La fuerza del ejército azteca es de veinte y cuatro mil hombres, divididos en un ejército de tierra de doce mil y otro en canoas que también suma doce mil hombres. La estrategia de Cortés es sorprender al enemigo con su ejército dividido en tres cuerpos. También ordenó a una fuerza de 500 tlaxcaltecas que ocuparan una colina detrás del ejército enemigo y que esperaran su señal para atacar. Cuando los aztecas llegaron a las manos con los españoles, Cortés dio la orden que la fuerza apostada sobre la colina atacara al enemigo desde atrás. Esto generó confusión y los aztecas, que esgrimían las espadas españolas obtenidas en la “noche triste,” se retiraron para volver a atacar:

Hicieron los nuestros y los indios tlaxcaltecas tan grande estrago en ellos, que en breve espacio mataron más de quinientos; los demás se salvaron huyendo a las sierras. Los de a caballo, que eran quince, porque los otros seis acertaron a ir por

un camino ancho y llano, alanceando en los enemigos, los cuales, a media legua de Suchimilco, dieron sobre un escuadrón de gente muy lucida, que venía en su socorro; [los nuestros] desbarataronlos asimismo e alancearon algunos, e ya que se hubieron todos juntado donde Cortés les había dicho, que serían las diez del día, volvieron a Suchimilco e a la entrada hallaron a muchos españoles que con gran deseo estaban esperando a Cortés, deseosos de saber lo que le había sucedido. Contáronle el grande aprieto en que se habían visto con los enemigos y cómo habían hecho más que hombres por echarlos del pueblo y que habían muerto gran cantidad dellos y tomándoles dos de las espadas españolas con que ellos estaban tan soberbios. Dixéronle asimismo cómo los ballesteros no tenían ya saetas ni almacén (...) Desta manera estuvo allí tres días sin pasarse mañana ni tarde que dexase de pelear (*Crónica*, Lib. V, cap. XCVII, 639).

Esta batalla dio prestigio a Cortés, pues las poblaciones lacustres advirtieron la gran matanza de aztecas hecha por los españoles. De varios pueblos vinieron a ofrecer vasallaje al emperador de los cristianos. Como condición de aceptar su vasallaje, Cortés les ordena que entreguen a los mensajeros aztecas que les habían persuadido a oponerse en Iztapalapa. Acto seguido envía a Sandoval, alguacil mayor del ejército, “con veinte hombres de a caballo y docientos de a pie, escopeteros, ballesteros y rodeleros” (*Crónica*, Lib. V, cap. LIV, 588). Es un relato éste que incluye una comparación entre el relato de Motolinía y el de Cortés. Yendo de vuelta hacia Chalco para reconocer esas sierras, le salieron al camino miles de aztecas que pertenecían a las guarniciones de las sierras y que “hicieron alto en un llano cerca de Chalco, presentando batalla a los nuestros, los cuales arremetieron con gran furia a ellos”:

rompieron los de a caballo los escuadrones mexicanos, trabóse la batalla, estuvo en peso cerca de dos horas, pero como los nuestros mataron y hirieron a los caudillos, los demás, desbaratados en breve, dexaron el campo. Desembarazado desta manera el camino, los de Chalco, que tenían sus espías y sabían ya la victoria que los nuestros habían ganado, yendo los nuestros y saliendo ellos, se vinieron a encontrar en el camino. Holgáronse por extremo los unos con los otros; los españoles, por tener más amigos para su negocio, y los de Chalco por verse libres de la tiranía y servidumbre de los mexicanos. Acariciaron mucho aquella noche a los nuestros, en especial a Sandoval, que era discreto y valeroso capitán. Motolinía dice que los de Chalco se ajuntaron luego con los nuestros y que desta manera se riñó la batalla, quemando los vencedores los ranchos y asiento de los vencidos, llevando mucha presa, y que otras veces habían perdido. Lo que está dicho atrás tengo por más cierto, porque conforma con lo que Cortés después escribió al Emperador (*Crónica*, Lib. V, cap. LV, 589).

Al comienzo del capítulo LXXVIII de la *Crónica*, el cronista advierte: “Cerca de lo contenido en el capítulo antes deste, Ojeda, que a todo se halló presente, dice

otras cosas no dignas de pasar en olvido en la Relación que, aprobada con otros testigos, me invió.” (616). Creo que habría que incluir a ambos capítulos anteriores, el LXXVI y el LXXVII en el material de la relación de Ojeda, pues ambos, con los capítulos que les siguen, es decir una sección que consta de los capítulos LXXVII-LXXXI, y que constituye un relato de la exploración de Cortés de aquellos lugares dónde establecer las guarniciones y dónde fondear los bergantines para efectuar el cerco de Tenochtitlan. Los capítulos XCIII-XCVIII de la *Crónica* cuentan la conquista de Xochimilco, ciudad estratégica de los aztecas, sobre el lago de Texcoco, que Cortés necesitaba para completar el cerco de Tenochtitlan. Este relato que comprende varios capítulos, incluye episodios curiosos e insólitos, que miran a hacer de la crónica una lectura amena y entretenida, siguiendo el modelo literario de los libros de caballerías:

Después de haber Cortés dormido aquella noche en el pueblo, siguió su camino hacia México por la mañana e por una tierra de pinares despoblada e sin ningún agua e con un puerto que tiene casi tres leguas de subida. Pasáronle los nuestros con grandísimo trabajo y sin beber, tanto que muchos de los indios amigos perescieron de sed. Pararon a siete leguas de donde habían salido, en unas estancias, aquella noche, y por ir con la fresca y sentir menos el camino, salieron en amanesciendo; llegaron temprano a vista de una gentil ciudad que se dice Suchimilco, la cual está asentada en el alaguna (sic) dulce; y como los vecinos della estaban avisados de la venida de los nuestros, tenían hechas muchas albarradas e acequias e recogida mucha munición de varas, flechas y piedras y alzadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, la cual está de México cuatro leguas (*Crónica*, Lib. V, cap. XCIII, 633-634).

La ciudad de Xochimilco está enmarcada como en una pintura renacentista, sobre la laguna, al final de una loma de pinos de casi doce millas. De Xochimilco los españoles pueden ver, desde la altura de la colina que la rodea, los canales y asequias, los puentes y las fortificaciones hechas por los residentes para defenderse del ataque inminente de Cortés. La ciudad quiere repeler el invasor. Cortés trata de persuadirles a rendirse para ahorrar muertes y destrucción, pero los habitantes, a quienes los de Tenochtitlan han prometido ayuda, se organizan para la defensa:

Estaba dentro mucha y muy lucida gente, determinada de se defender o morir. Cortés les invió a decir, lo que siempre solía, que era mejor se diesen de paz, excusando los daños que se les podían seguir, que no perseverar en su mal propósito, pues tendrían entendido lo que les había subcedido a los demás (*Crónica*, Lib. V, cap. XCIII, 614).

Ante la obstinada resistencia de los de Xochimilco, Cortés ordena el ataque. La batalla prosigue todo el día hasta la noche. El cronista explica que los de Xochimilco, aparentando querer la paz y, al mismo tiempo, mostrar resistencia, esperaban ganar tiempo hasta que llegara el auxilio prometido de Tenochtitlan:

Unos daban voces pidiendo paz, e otros peleaban valientemente. E moviendo tantas veces paz e peleando, juntamente, cayeron los nuestros en el astucia y ardid, que era por entretener a los nuestros y alzar ellos sus haciendas y poner en cobro las joyas y ropas que tenían guardadas, y también por dilatar tiempo en el entretanto que les venía socorro de México. Este día mataron los indios dos españoles, porque se desmandaron de los otros a robar y vinieron en tanta necesidad que nunca pudieron ser socorridos. Esto suele hacer la demasiada cobdicia (*Crónica*, Lib. V, cap. XCIII, 634).

La batalla de Xochimilco prosigue y el mismo Cortés se encuentra rodeado de enemigos hasta que un guerrero tlaxcalteca le saca de apuros:

Los caballos andaban ya fatigados de tal manera que el de Cortés, como trabajaba más, andando de acá para allá, no pudiendo sufrir el trabajo, se dexó caer en el suelo. Cortés se apeó con presteza, y tomando la lanza con ambas manos, la jugó de manera que no menos mal hacía con el regatón que con el hierro. Defendiéndose desta manera un rato de muchos que le tenían rodeado, llegó allí un tlaxcalteca con su espada y rodela, que no supo por dónde entró. Díxole: “No tengas miedo, que yo soy tlaxcalteca”. Ayudóle luego a levantar el caballo, que estaba ya algo alentado, e a subir en él a Cortés. Acudió luego un criado suyo, y tras él muchos españoles. Miró Cortés en el indio, que le pareció bien alto y muy valiente (*Crónica*, Lib. V, cap. XCIV, 635).

Ganada la batalla que se alargó hasta la noche, Cortés se fue a descansar. Al día siguiente, su preocupación mayor fue agradecerle al tlaxcalteca que le había socorrido, pero no lo pudo hallar:

Otro día por la mañana cabalgó Cortés, buscó con gran cuidado por sí y por las lenguas aquel indio que le había ayudado, para honrarle y favorecerle, agradeciéndole lo que por él, en tan gran peligro, había hecho, y después de haberle buscado con toda la diligencia posible, ni entre los vivos ni entre los muertos lo pudo hallar, porque llevarle preso los indios no lo acostumbraban. Creyó, según Cortés era devoto de Sant Pedro, que en aquella afición y trance le socorrió e ayudó en figura de tlaxcalteca (*Crónica*, Lib. V, cap. XCIV, 635-636).<sup>31</sup>

<sup>31</sup> El autor imita la épica homérica y virgiliana, haciendo aparecer personas que, bajo apariencias falsas, a veces divinidades paganas en la épica greco-romana, comunican con sus héroes a quienes

El asedio de Xochimilco se alarga lo bastante para que en Tenochtitlan el rey Cuauhtémoc llame sus capitanes para que organicen un ataque contra los españoles empeñados en el asedio. Siguiendo la tradición de los historiadores griegos y romanos, el cronista imagina esta proluación del rey azteca:

¿Qué es esto, señores y valientes Capitanes, que estando nosotros vivos, en nuestra gran ciudad de México, cabeza del mundo, después de vencidos rotos y desbaratados y muertos más de seiscientos destos perros cristianos, vuelvan delante de nuestros ojos a rodear nuestra ciudad, robar, destruir y quemar nuestros pueblos, levantar otros que en nuestro servicio teníamos, vencieron los fortalecidos en los peñoles, que no bastaran nuestros dioses a hacerlo, [y] por doquiera que van, como tigres y leones, son vencedores? Las manos me quiero comer de rabia y pelarme las barbas, de que no hayamos puesto remedio. ¿Qué esperamos, señores, sino que vencidos y rendidos los pueblos y ciudades que están alderredor de la nuestra, con mayores fuerzas vendrán sobre nosotros estos perros cristianos, enemigos nuestros y de nuestros dioses? Ya el negocio está puesto en términos que, no solamente nos conviene pelear por nuestros amigos, por nuestra gloria y fama, por nuestra hacienda, por nuestra ciudad, por nuestras mujeres y hijos, sino por nuestras vidas, por nuestra libertad y, lo que más es, por nuestros dioses. ¿Para qué queremos las haciendas, los triunfos ganados, los amigos, las mujeres y hijos y las vidas, si hemos de perder la libertad y permitir que nuestros buenos dioses, de quien tantas mercedes hemos resebido, sean tan gravemente ofendidos, que ellos con sus templos tan afrentosamente sean quemados y deshechos? Si os duele su honra, si os acordáis que sois mexicanos, señores del mundo; si tenéis en la memoria las victorias ganadas y los grandes reinos y señoríos que vosotros y vuestros antepasados ganaron, no sé cómo os podéis sufrir sin que, como leones furiosos, arremetáis y saltéis contra tan malos hombres. Cuando faltaren los arcos, las varas, las macanas y rodela, las piedras y las demás armas, de que asaz tenéis abundancia, aguzad los dientes, dexad crescer las uñas, para que despedazando con los dientes y deshaciendo con las uñas a estos perros, venguéis a vos y a vuestros dioses de las injurias resebidas, atajando las que os pretenden hacer, y para esto ninguna ocasión se ha ofrescido tan buena como la presente, que están Cortés y los suyos en Suchimilco, como en su casa, descuidados. Acometámoslos de súbito, por el agua y por la tierra con todo nuestro poder, que no se nos puede escapar hombre dellas que no muera, y así muertos con su Capitán, los que están en Tezcuco quedarán para sacrificarlos vivos a nuestros dioses, los cuales, volviendo por su honra, no dudéis sino que serán en nuestra ayuda y favor (*Crónica*, Lib. V, cap. XCV, 636-637).

---

protejen, como en el caso de Minerva que, en el Libro 22 de la *Iliada*, apareciéndole a Héctor, en su duelo contra Aquiles, bajo los visos de Deifobo, guerrero amigo de Héctor, para convencer a éste, temeroso de enfrentarse con Aquiles, que lo puede vencer con su ayuda. Confiado en su amigo, Héctor se adelanta y arroja su dardo, mientras Aquiles hace lo mismo con el suyo. Los dos guerreros no se hieren en ese primer encuentro, pero cuando Héctor se vuelve hacia Deifobo para pedirle otro dardo y no lo ve, se da cuenta del engaño y, desenvainando su espada se arroja contra Aquiles que, gracias al dardo que Minerva le ha entregado, le hiere en la garganta con una herida mortal; en el Libro V de la *Eneida*, Venus y Apolo protegen a Eneas herido por Diomedes.

Cuauhtémoc hace una reseña completa de la lucha por la defensa contra Cortés, esgrimiendo como justificación de su exhortación, no sólo la gloria y el honor, la libertad y la memoria de los antepasados victoriosos de tantas guerras y conquistas, sino los dioses afrentados por los españoles. Es la primera vez que en la crónica de la coonquista de la Nueva España un rey azteca invoca como bien supremo y deber de defenderlo, la superioridad de los dioses paganos sobre el dios de los cristianos. Los espías le advierten a Cortés del avance por tierra y por la laguna del enemigo. Cortés se sube a la torre de un templo desde donde puede ver el ejército de tierra y las canoas que se adelantan hacia Xochimilco. Sabe que se halla frente a un enemigo poderoso y determinado, pero no deja que sus hombres perciban inseguridad o temor en él, sino que oyen las órdenes para disponer la defensa contra el ataque. Todo debe hacerse en silencio para que el enemigo crea que los españoles están dormidos y descuidados. Los aztecas esgrimen las espadas quitadas a los españoles muertos en la “noche triste” y gritan que los matarán con las espadas de sus compañeros muertos. Cortés despliega sus fuerzas de manera que el enemigo quede rodeado por los dos lados, entre un cerro donde los españoles se han fortificado y la ciudad, mientras Cortés con la caballería los ataca de costado, haciéndolos huir y caer en el agua donde la mayoría pereció ahogada. Vencida la batalla, Cortés dio la orden de destruir Xochimilco, menos los cuarteles donde residían. A los tres días dio la orden de abandonar la ciudad destruida y llegó a Coyohuacan, que Clavijero describe como “ciudad grande de la ribera del lago” (*Clavijero*, 393). Después de destruir esta ciudad, Cortés decidió volver a Texcoco, habiendo así “rodeado en este viaje todos los lagos del valle mexicano y considerado cuanto era menester para ejecutar con facilidad la grande empresa que meditaba” (*Clavijero*, 394). A conclusión de esta exploración llena de peligro, de batallas y de escaramuzas, ya vuelto a Texcoco, Cortés, recibido con albricias por los suyos, les cuenta el resultado de su exploración y el plan para conquistar Tenochtitlan:

Fue resecebido Cortés como padre, como señor, como amigo, como Capitán, como triunfador, que de todos estos títulos era digno el que en todo se mostraba tal. Hizo el alegría mayor la pena que todos antes habían tenido en no saber los unos de los otros. Contóles Cortés sus prósperos y dichosos subcesos, dando gracias a Dios que en todo tanto le había favorecido, prometiéndoles, como si lo viera presente, que en breve, según iban los negocios, se habían de ver señores de aquella gran ciudad, de la cual tan afrentosamente y con tanta pérdida de los suyos habían sido echados. Enternecieronse todos mucho a esto, con la memoria de lo pasado; contóles por orden los muchos y grandes rebatos en que se había visto después que salió de aquella ciudad, y ellos a él lo mucho que habían echado menos su presencia, porque habían tenido grandes sobresaltos, aunque todo les había sucedido bien, como los naturales de la ciudad andaban de mala, y como cada día les decían



que los de México Tenuxtitlán con todo su poder habían de venir sobre ellos, que no poco temor causaba a los más, especialmente viéndolo ausente, porque o en su buena ventura o porque Dios no había querido alzar la mano dellos, siempre habían sido victoriosos. Con estas y otras razones gustosas para todos, bien tarde se fueron [a] acostar, aunque no tenían colchones mollidos (*Crónica*, Lib. V, cap. C, 643).

El relato de Cervantes de Salazar se lee como una novela de caballería. Su prosa se adelanta a Miguel de Cervantes, salvando las diferencias de género, pero no siempre la distinción tan esquemática de los géneros permite entender la naturaleza de una obra como la *Crónica*, mezcla de historia y de ficción, fruto del deseo del autor de poner en la escena personajes y acontecimientos a los que su fantasía debió insuflar ese aire vital tan peculiar de la ficción del siglo de oro.

## 9. Saqueos de tlaxcaltecas

En la relación de Ojeda aprendemos cómo los tlaxcaltecas saqueaban pueblos y templos mexicanos, y para no ser castigados, abandonaban el ejército, como se relata en el episodio siguiente, contado en los capítulos LXXVIII-LXXIX:

De allí [Cortés] pasó a otros pueblos que están asentados en el alaguna (sic) e allí vieron la mucha prisa con que infinitas canoas metían en los pueblos varas tostadas, flechas, piedras y otras municiones. Dieron los indios tlaxcaltecas en los aposentos reales, robaron más de quinientos cueros de grandes tigres e mucho oro y ropa rica. Desto dio aviso Ojeda a Cortés, porque vio a muchos de los tlaxcaltecas vestidos de ropa rica, de que ellos carecían, y que en las cabezas y brazos traían piezas de oro, que por su pobreza nunca usaron. Iba con Ojeda su compañero Joan Márquez. Díxoles Cortés: “¡Oh!, pese a vosotros, cataldos y tomaldes el oro, que no han menester, y dexaldes los cueros y ropas con que se vistan, y honren, en premio de su esfuerzo y diligencia.” No dixo Cortés a sordos lo que está dicho arriba, porque luego con toda diligencia, porque se les había de pegar algo comenzaron a catar los indios; recogieron hasta tres mill pesos de oro; pero otro día, cuando volvieron a hacer lo mismo, hallaron que se habían ido, porque no los catasen, más de diez mill hombres, que a lo que se podía presumir, según lo pasado, llevaban más de veinte mill pesos; pero catando a algunos de los otros, hallaron mill y setecientos pesos, y cuando vino el otro día faltaban ya más de cincuenta mill hombres, que también se cree llevaban grandísima cantidad de oro. Andando desta manera Ojeda, halló a unos indios al rincón de un cu, que tenían escondida detrás de un pilar una carga de ropa rica, liada en un cacastle. Comenzóla a desliar; díxole un indio que le dexase, que era naboría del General. Ojeda vio que mentía, porque por menos lo suelen hacer, descogió la carga, y dentro della halló un mástil blanco, que sirve de pañetes pequeños; tomólo el indio, metióselo debajo del brazo. Disimuló Ojeda hasta ver qué más había en la carga, y cuando vio que todo era ropa, quitóle el mástil; halló dentro dos ídolos de oro, muy fino, con sus alas, envueltos en algodones, y los algodones y ellos salpicados de sangre. Pesaban los ídolos casi

cuatrocientos pesos. Halló asimismo media braza de chalchuíes,<sup>32</sup> piedras entre ellos ricas; había al pie de ciento, ensartados todos en un hilo grueso de oro que pesaba once o doce castellanos. El indio, como vio el pleito mal parado, díxole, que también lo saben hacer con muy buenas palabras: “Señor, pues me has tomado el oro, dame parte destos chalchuíes.” Ojeda corrió la mano por el cordón y dióle la mitad dellos, con que el indio quedó bien contento. No se prosiguió más en catarlos porque ya faltaban casi la tercia parte, aunque los señores, o porque no los cataron, o por vergüenza, no se osaron ir. La ropa que llevaron de despojo en este tiempo, valía más de trescientos mill ducados. Ojeda, guardando los chalchuíes, llevaba descubiertos los ídolos para darlos al General; topó con Cristóbal de Olid, que salía de con él, el cual le dixo: “¡Oh, qué buenas joyas, Ojeda! Dádmelas, que yo las daré al Capitán.” Dióselas Ojeda, y como era río vuelto, no supo si las vio Cortés. Halló Ojeda entre los chalchuíes uno labrado con una cara de hombre, que le daban por él en Tlaxcala quince esclavas, y si quisiera ropa, más de docientas cargas (*Crónica*, Lib. V, caps. LXXVIII-LXXIX, 617-619).

## 10. Cortés logra completar el cerco de Tenochtitlan

En la *Crónica* se explica cómo Cortés logró completar el cerco por medio de dos recursos: los bergantines y la ayuda de los indios aliados, incluyendo a los tlaxcaltecas, los de Cempoala y Cholula y los de Texcoco. Debemos subrayar la importancia de este relato, que se puede leer en muchas autoridades del siglo XVI, pues Cervantes de Salazar lo escribió a poco más de veinte años de la conquista de la Nueva España, habiendo conocido a varios protagonistas que aún vivían cuando la escribió. Los bergantines, al mando del mismo Cortés, que se improvisó almirante para enfrentarse a las canoas aztecas, no sólo pueden destruir las canoas llenas de soldados aztecas, sino que, al transportar la artillería, pueden desbaratar puentes y albarradas, o sea, defensas y obstáculos puestos contra el cerco y para detener el avance de Cortés, como el cronista relata en este pasaje:

Como los bergantines anduvieron bien tres leguas, dando caza a las canoas, las cuales escaparon, metiéndose entre las casas de la ciudad, e como era ya después de vísperas, mandó Cortés recoger los bergantines; llegó con ellos a la calzada, y allí determinó de saltar en tierra con treinta hombres, por les ganar unas dos torres de sus ídolos, pequeñas, que estaban cercadas con su cerca baxa de cal y canto, de adonde los enemigos pelearon bravamente con los nuestros, por se las defender, pero al fin, aunque con harto peligro y trabajo, se las ganaron, y luego Cortés hizo sacar en tierra tres tiros de hierro gruesos que él traía; y porque lo que restaba de la calzada desde allí a la ciudad, que era media legua, estaba todo lleno de enemigos e de la una parte y de la otra de la calzada, que era agua, todo lleno de canoas, con gente de guerra, hizo asestar el un tiro de aquellos, y después de cebado lo mandó

<sup>32</sup> *Chalchihuitl*, piedra verde, de varias clases, esmeralda, jade, jadeita, cristal verde, etc. Signo de todo lo precioso, rico y bello, en Sahagún: *Vocabulario*, p. 927.

soltar por la calzada adelante. Hizo mucho daño en los enemigos, a causa de estar la calzada cuajada dellos; atemorizó mucho aquella gente, tanto que por estonces no osaron más pelear, aunque si supieran la desgracia, porfiaran a vengar el daño que el tiro había hecho, porque al dispararle se descuidó el artillero de tal manera que se emprendió toda la pólvora que quedaba, aunque era poca. Tuvo estonces Cortés gran sufrimiento de no tratar mal al artillero, que lo merecía, por no desabrirle y ser persona diestra en aquel menester, y luego esa noche proveyó que fuese un bergantín a Iztapalapa, donde estaba Gonzalo de Sandoval, que era dos leguas de allí, para que trajese toda la pólvora que había: y aunque al principio deste negocio la intención de Cortés había sido, luego que entrase con los bergantines, irse a Cuyoacán<sup>33</sup> y dexar proveído cómo anduviesen a mucho recaudo, haciendo el mayor daño que pudisen, pero como aquel día había saltado en la calzada y les había ganado aquellas dos torres, determinó de asentar allí real y que los bergantines estuviesen allí junto a las torres e que la mitad de la gente de Cuyoacán e otros cincuenta peones de Sandoval viniesen otro día (*Crónica*, Lib. V, cap. CXXVI, 670).

Se entiende por qué Cortés había concebido los bergantines como su mejor armamento para tomar Tenochtitlan, ciudad que se ha comparado a Venecia, con innumerables canales, calzadas y acequias y que, con la experiencia de la noche triste, había aprendido que hubiera sido imposible cercar sin esos navíos que podían transportar caballos y artillería, una verdadera innovación de un cuerpo de marines, incluyendo la caballería que se podía transportar de un lado a otro de la ciudad asediada. Que en esta parte de la *Crónica* haya influido una relación de Alonso de Ojeda es más que probable, pues la sección de la *Crónica* presenta a este capitán en un rol fundamental, el de reunir el ejército de aliados indios de distintas ciudades y de conducirlo a Texcoco. Es notable recordar el párrafo final del capítulo de Clavijero sobre los últimos preparativos para el sitio de Tenochtitlan:

Cinco días antes de la fiesta de Pentecostés llegó a Texcoco el ejército de Tlaxcala que contaba, según testifica Cortés, de más de 50,000 hombres a cargo de varios jefes valerosos, entre los cuales venían Xicoténcatl el joven y el famoso Chicomécatl, a quienes salió a recibir Cortés con su gente. Las tropas de Huexotzinco y Cholula pasaron por las montañas de Chalco conforme a la orden que se les había dado. En los dos días siguientes acabaron de entrar las demás tropas de Tlaxcala y de otros lugares comarcanos que, según testifica Alonso de Ojeda, que fue el conductor de aquellas tropas, pasaban de 200,000 hombres, de suerte que siendo tan grande la ciudad de Texcoco no cabían en ella (*Clavijero*, 395).

Es preciso subrayar la importancia de la descripción siguiente de Alonso de Ojeda sobre los cuarteles de las tropas indias aliadas:

---

<sup>33</sup> Coyohuacan en Clavijero.

Ocupaban los escuadrones una gran legua, porque como acudió gente eran ciento y ochenta mill hombres. Yendo así marchando el campo hacia Guatitlán, como Cortés iba contento y en las burlas era no menos gracioso que sabio, y cuerdo en las veras, viendo a Ojeda acaudillar tan gran número de gente, dixo a algunos caballeros que con él iban, presente Ojeda: “Por cierto, señores, que si Ojeda fuese a su tierra y dixese que había sido Capitán de ciento y ochenta mill hombres y de más de mill Capitanes y caballeros, que, como a cosa de disparate, le tirarían de la falda y aun dirían que de mosquitos era mentira, cuanto más de hombres” (*Crónica*, Lib. V, cap. LXXVIII, 617).

Como parte del plan para cercar Tenochtitlan, Cortés decide posicionar el ejército en algunas plazas fuertes y actuar como almirante de la flotilla de bergantines. El relato comprende los capítulos CX a CXIV, en que también debemos reconocer la importancia de Alonso de Ojeda:

Había Cortés despachado otros mensajeros para otros pueblos de los confederados, haciéndoles saber que pues los bergantines con que a los mexicanos había de hacer tan gran guerra estaban acabados, y ellos habían dado su palabra (...), y así, como más cercanos, llegaron primero los de Cholula y Guaxocingo. Viniéronse a Chalco, porque así Cortés se lo había mandado, porque junto por allí había de entrar a poner el cerco a México. Poco después comenzaron a entrar los tlaxcaltecas. Adelantóse Ojeda; halló a Cortés en el acequia, que iba por los acipreses, que era por donde echaron los bergantines; díxole cómo los tlaxcaltecas llegaban muy cerca. Holgóse mucho Cortés; preguntóle si traía buen recaudo, y como le respondió que traía todos los señores y más de ciento y ochenta o docientos mill hombres, a la cuenta que los señores daban, dixo muy alegre: “Volved luego y deteneldos, porque yo quiero salir a rescebir a esos señores y a su gente” (...) Entraron [en Texcoco] cinco o seis días antes de Pascua de Espíritu Sancto [de 1521]. La demás gente, según dice Ojeda, no acabó de entrar en los tres días siguientes ni cabían en Tezcuco, aunque es pueblo muy grande. Estando ya toda la gente junta y los bergantines aprestados, mandó Cortés que se juntasen todos los españoles y con ellos los señores tlaxcaltecas, para que después supiesen por las lenguas lo que Cortés había dicho a los suyos, y desde que todos estuvieron juntos, les habló en esta manera: “Caballeros, hermanos y amigos míos: nunca, después que entramos en aquesta nueva tierra, se ha ofrescido ocasión tan importante como al presente tenemos, para que yo más de propósito y con más cuidado pensase de antes lo que ahora os diré (...). Bien sabéis, tomando el negocio de atrás, cómo Dios fue servido que ni Diego Velázquez ni Francisco Hernández de Córdoba, ni Joan de Grijalva, ni otros que lo intentaron, saliesen como nosotros, ni entrasen en este Nuevo Mundo con tan dichosos y bien afortunados principios (...). Tenemos trece bergantines, acabados y echados al agua, que son, después de vuestra fuerza, la mayor fuerza que pudiéramos tener para combatir tan grande y tan fuerte ciudad, contra los cuales no habrá cosa fuerte, porque con ellos entraremos en sus calles, que son todas de agua (...). De manera que cuando con la espada no pudiéramos, con la hambre nos enseñorearemos de nuestros enemigos. Armas y munición tenemos bastante, docientos

mill indios amigos, y los más dellos tlaxcaltecas, muy valientes, como sabéis, y por extremo deseosos de vengarse de los mexicanos. En sitio, somos mejores y más fuertes que nuestros enemigos, porque con los bergantines somos señores del alaguna (sic), y con los caballos, del campo, para podernos, lo que nuestros amigos no pueden, retirarnos, cuando se ofrezca, por tierra firme. Pues tratar de vuestro esfuerzo y valentía y buena ventura en la guerra no hay para qué (...). Este negocio, principalmente, es de Dios, a quien venimos a servir en esta jornada, procurando como católicos, con su favor e ayuda, alanzar el Príncipe de las tinieblas destos tan grandes y espaciosos reinos (...). Fuera deste fin y motivo, que es y debe ser el principal, considerad, caballeros, a lo que os obliga el nombre de españoles, nada inferior del de los romanos y griegos (...) (*Crónica*, Lib. V, caps. CX-CXI, 653-655).

Las palabras de Cortés, concebidas por Cervantes de Salazar para elevar la conquista de la Nueva España a las gestas de Alejandro Magno y de Julio César, obtuvieron la aprobación de sus capitanes y soldados que le alabaron y agradecieron, asegurándole que “pues todo estaba ya tan a punto, que no restaba más que sitiarse a México, le suplicaban lo hiciese luego, pues la oportunidad y coyuntura estaban tan en las manos” (*Crónica*, Lib. V, cap. CXII, 637). Conscientes de la gravedad del momento, algunos decidieron confesarse y hasta hacer testamento disponiéndose “al negocio que ya entre las manos tenían, esperando cómo Cortés ordenaría y dispondría su ejército” (*Crónica*, Lib. V, cap. CXII, 657). La disposición incluye una fuerza de trescientos soldados y marineros para la tripulación de los bergantines que el mismo Cortés se encarga de mandar y la división del ejército en tres cuerpos, al mando, respectivamente, de Pedro de Alvarado, con “treinta de a caballo y ciento e cincuenta peones de espada y rodela e diez e ocho ballesteros y escopeteros, con sus Capitanes, dos tiros de artillería y más de treinta mill (sic) indios tlaxcaltecas” con sus cuarteles en Tlacopan; un segundo cuerpo de ejército al mando de Cristóbal de Olid, en compañía del tesorero Alderete, consistía de “treinta y tres de a caballo, diez e ocho ballesteros y escopeteros, ciento y sesenta peones, dos tiros y cerca de treinta mill (sic) tlaxcaltecas” acuartelados en Cuyohuacan; un tercer cuerpo, al mando de Gonzalo de Sandoval, consistía de “treinta y tres de a caballo (...), cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento y cincuenta peones de espada y rodela, los cincuenta dellos mancebos escogidos, que él traía en su compañía, con toda la gente de Guaxocingo, Cholula y Chalco, que a lo que dice Motolinea (sic), eran más de cuarenta mill (sic) indios,” que fuesen a destruir Iztapalapa antes de escoger sus cuarteles, cerca de la guarnición de Cristóbal de Olid en Cuyohuacan, con acceso a una calzada de la laguna, protegidos por los bergantines. Para disponer de la tripulación de los bergantines, Cortés eligió trescientos, en su mayoría marineros con capitanes expertos de navegar, especialmente a Martín López, a cuyo cuidado estaba la flota “como aquel por cuya industria se habían hecho los bergantines, en cada uno de los cuales

iban veinte y cinco españoles con su Capitán y Veedor y seis ballesteros y escopeteros” (*Crónica*, Lib. V, cap. CXIII, 658). En el cálculo de las fuerzas desplegadas por Cortés, el cronista nota algunas diferencias. Cita a Motolinía como su fuente y observa que, por lo que se refiere al número de tlaxcaltecas en el ejército de Alvarado, Cortés dice que eran más de veinte y cinco mil y que, por lo que se refiere al número de los de a caballo en el ejército de Sandoval, Cortés dice veinte y cuatro (*Crónica*, Lib. V, cap. CXIII, 658). Concluye el cronista, después de enumerar la disposición y el orden de las fuerzas de Cortés: “Desta manera quedó cercada por todas partes la muy poderosa y muy fuerte ciudad de México, de modo que sin ser sentido o visto ninguno de los enemigos podía salir ni entrar” (*Crónica*, Lib. V, cap. CXXX, 674).

### 11. El misterio del tesoro de Moctezuma y el pirata francés

Sobre el tesoro de Moctezuma Cervantes de Salazar escribió un capítulo en el que trata de justificar la tortura a la que Cortés sometió a un vasallo de Cuauhtémoc y al mismo rey azteca, causándoles la muerte a ambos. El tesoro en cuestión era el que los españoles perdieron durante *la noche triste* y el que había sido de Moctezuma:

Tomada la ciudad y cumplidos los pronósticos de su destrucción, Cortés y los suyos con toda diligencia procuraron saber, así del tesoro, e que valía más de setecientos mill (sic) ducados, que a la sazón que salieron de México habían perdido, como del que Motezuma y otros señores y los ídolos tenían; y fue cosa muy de notar que siendo el un tesoro y el otro tan grandes, con cuanta diligencia los nuestros pusieron, no pudieron hallar rastro dellos; y como Cortés y los suyos deseaban quedar ricos, en premio de sus largos y grandes trabajos, e enviar al Emperador de su quinto gran cantidad de oro y plata e joyas, para que entendiase la prosperidad de la tierra y el gran servicio que le habían hecho, a instancia de los Oficiales de la Real Hacienda, mandó Cortés dar tormento a un señor, vasallo de Guautemucín, y al mismo Guautemucín, el uno puesto frontero del otro. Era el tormento de fuego, e apretando más al vasallo que a Guautemucín, no le pudieron hacer confesar dónde el tesoro estaba, o porque no sabía dél (que esto no es muy creíble) o porque (que esto es más cierto) tienen tan gran fidelidad y lealtad los vasallos y criados a sus Reyes y señores, que primero se dexan matar que descubrir secreto que sus señores les confían; pero como el fuego le iba siempre fatigando más, volvió los ojos dos o tres veces a Guautemucín como dándole a entender le diese licencia de descubrir lo que sabía, e no permitiese que acabase la vida con tan rabiosa muerte. Guautemucín, que le entendió, le miró con rostro airado e le dixo: “Caballero vil, apocado e inconstante, ¿qué me miras, como si yo estuviese en algún baño o en otro algún deleite?; haz lo que yo, pues soy tu señor.” Pudieron tanto estas palabras, que el caballero sin descubrir cosa ninguna, con gran esfuerzo y constancia acabó la vida; e pareciéndole a Cortés que era gran crueldad poner en los mismos términos a Guautemucín, le mandó quitar del tormento. Fue después Cortés acusado desta muerte en su residencia, e descargóse bastantemente con probar que el tesorero

Julián de Alderete se lo había requerido, y porque pareciese la verdad, porque muchos de los compañeros de Cortés afirmaban que él tenía usurpado el tesoro. Finalmente, después de hechas grandes diligencias e buscándole por muchas partes, no pudieron hallar más de una gran rueda de buen oro e ciertas rodelas también de oro, con algunas piezas de artillería de las que los indios habían tomado a los nuestros con lo demás a la salida de México, que hallaron en una acequia que estaba junto a las casas de Guatemucín. Lo demás, que dicen ser de increíble prescio y estima, hasta hoy nunca ha parecido, ni se cree parecerá; de donde se colige que siendo tanto, e que no podían dejar de saberlo muchas personas, ser espantoso el secreto que estos bárbaros guardaron, pues, ni aun muriendo, lo quisieron descubrir a sus hijos (*Crónica*, Lib. VI, cap. II, 766-767).

Este tema del tesoro perdido en *la noche triste* ha quedado envuelto en el misterio. Tanto más que la fama del tesoro de Moctezuma se había difundido en Europa y piratas franceses e ingleses merodeaban en el mar Caribe y sus barcos, veloces y bien armados, estaban al asecho de los galeones españoles. Siempre leal a su emperador, Cortés decidió calcular el quinto que le pertenecía a la corona, antes de repartir el oro y la plata y las piedras preciosas entre sus capitanes, oficiales y soldados. Para ello ordenó que se reuniera en un lugar y, de acuerdo con los oficiales de la Hacienda, ordenó que todo el metal precioso se fundiera:

Hecho esto y pesado, montó ciento y treinta mill (sic) castellanos. Repartiólos Cortés entre los que habían servido, según la calidad y méritos de cada uno. Cupieron al Rey de quinto veinte y seis mill (sic) castellanos, sin los esclavos e otras cosas muchas de plumajes, joyas, mantas de algodón ricas e algunas piedras, aunque no de mucho valor, aliende de una vaxilla de oro, labrada con piedras, en que había tazas, jarros, platos, escudillas, ollas e otras piezas de vaciadizo, harto extrañas de ver, unas como aves, otras como peces y como animales e otras como fructa y flores, todas tan al vivo, que parecían naturales, sin otras muchas joyas de hombres y mujeres e algunos ídolos e cebratanas de oro e plata, todo lo cual valía ciento e cincuenta mill (sic) castellanos, aunque otros dicen que dos tantos. Cupiéronle asimismo muchas máscaras mosaicas de pedrecitas turquesas, que ni son de tumbo ni de mucho prescio; tenían algunas puntas razonables con las orejas de oro y los ojos de espejos y los dientes de hombres, sacados de algunas calavernas, muchas ropas de diversas maneras y colores, texidas de algodón y de pelos de conejo, que es del pelo de las liebres, de la barriga, que en estas partes son grandes y berrendas, aunque también de la misma parte pelan algunos conejos. Inviaron (sic) con esto, huesos de grandes gigantes, de los cuales después acá se han visto algunos, especialmente una calaverna en que cupo más de dos arrobas de agua, y aun dice muchos (que yo no la vi) que cuatro. Inviaron (sic) tres tigres, uno de los cuales se soltó e mató dos hombres e hirió seis y se echó a la mar; mataron los otros, por excusar otro daño como el pasado. Muchos enviaron (sic) dineros a sus parientes, e Cortés envió (sic) cuatro mill (sic) ducados a sus padres con Joan de Ribera, su secretario. Llevaron esta riqueza Alonso de Ávila e Antonio de Quiñones, Procuradores generales de

México y de todo lo conquistado, en tres carabelas, dos de las cuales que llevaban el tesoro, tomó, por gran ventaja que llevaba, un corsario francés llamado Florín, y esto más allá de las islas de los Azores, el cual casi en el mismo tiempo tomó también otra nao que iba de las islas con setenta mill (sic) ducados, seiscientos marcos de aljófal y perlas y dos mil arrobas de azúcar (*Crónica*, Lib. VI, cap. III, 768).

Sobre el tesoro de Moctezuma, perdido durante la retirada de la “Noche Triste”, fray Bernardino de Sahagún había documentado un relato sobre la búsqueda del tesoro, incluido en el Capítulo 41, el último del Libro XII de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, con el que se concluye la obra:

\*[Fol. 84, *versum*] “De la platica que hizo el capitán Don Hernando cortes, a los señores de mexico, tetzcucu y tlacuba después de la victoria, procurando por el oro que se auia perdido, quando saliero[n] huyendo de mexico” [fol. 85, *rectum*]. “Como estuuieron junto los tres señores de mexico, y tetzcucu, y tlacuba, con sus principales dela[n]te de Don herna[n]do cortes, mando a Marina<sup>34</sup> que les dixese donde esta el oro que auja dexado en mexico. Y luego los mexicanos le sacaron todas las joyas que tenían escondidas en vna çanca llena, y todo lo pusieron delante del capitán y de los españoles que con el estaua[n]: y como lo vio dixo no ay mas oro que este en mexico? Sacadlo todo, que es menester todo: y luego vn principal que llamauan Tlaczin hablo a Marina respo[n]diendo: Di a n[uest]ro señor y dios, que quando llego alas casas reales, la primera vez vio todo lo que auia, y todas las salas cerramos con adoues, no sabemos mas desto agora; y el capitán respondió diciendo quees [fol. 85 *versum*] verdad que todo lo tomamos, pero todo nos lo tomaron en aquel paso del acequia que se llama Tolteca acaloco, es menester que luego parezca. Y luego respondió un principal mexicano que se llamaua Cioacoatl Tlaczin, y dixo a Marina dile al dios capitán q[ue] nosotros los mexicanos no peleamos por el agua con canoas ni sabemos esta manera de pelea que solos los de Tlatilulco que peleauan por el agua atajaron a n[uest]ros señores los españoles y creemos que solo ellos lo tomaron: y luego respondió Quauhtemotzin y dixo al principal Cioacoatl que es lo que diçes aunque es asi, que los del Tlatilulco lo tomaron por ello fueron presos, y todo lo tornaron en el lugar de texopan se junto todo, y esto es lo que esta aquí y no ay mas; dixo luego Marina: el n[uest]ro capitán diçe que no esta aquí: y respondió el principal Cioacoatl por ventura algún ma[n]cecal a tomado algo. Buscarse a: y traerse a a la presencia del capitán [fol. 86 *rectum* texto en náhuatl] [fol. 86 *versum*] Otra vez dixo Marina el señor capitán diçe que busqueys docientos tesuelos de oro tan grandes como asi: y señalo con las manos el grandor de vna patena ce caliz: otrauez hablo el principal Cioacoatl y dixo por uentura algunas de las mujeres lo lleuaron escondido debaxo de las nauas, buscarse a, y traerse a ala presencia del señor capitán: luego allí hablo otro principal que se llamaua Miscoatlylotlac auelitoczin, dile al señor capitán que quando viuja Mote-

<sup>34</sup> \*Es trascripción del *Código Florentino* que leí en la Biblioteca Laurenziana de Florencia.

Es la intérprete que habla náhuatl, la lengua de los aztecas, y castellano, conocida por Cortés después de la batalla de Cintla, en Tabasco y recibida por el vencedor con otras mujeres indias.



cuzoma el estilo que se tenja en conquistar era este que yuan los mexicanos y los tetzcucanos y los de tlacuba y los de las chinampas, todos juntos yvan sobre el pueblo o prouincia que quería[n] conquistar: [fol. 87 *rectum*] Otrauez dixo Marina el señor capitán diçe que busqueys docientos tesoelos de oro tan grandes, como asi: y señaloles con las manos el grandor de vna patena de caliz: otra uez bablo el principal Cioacoatl, y dixo por uentura algunas de las mujeres lo lleuaron ascondido debaxo de las nauas, buscarse a y traerse a a la presencia del señor capitán: luego allí hablo otro p[ri]ncipal que se llamaua Miscoatlaylotlac analitocztin: dile al señor capitán que quando viuya Motecuçoma el estilo que se tenja en conquistar era este que yuan los mexicanos, y los tetzcucanos y los de tlacuba y los de las chinampas, todos juntos yuan sobre el pueblo o prouincia que quería[n] conquistar: [fol. 87 *versum*] y después que lo auyan conquistado luego se boluyan a sus casas y a sus pueblos: y después venjan los señores de los pueblos que aujan sido conquistados y traian su tributo de oro y de piedras perciosas y de plumajes ricos: y todo lo dauan a Motecuçoma, todo el oro venia a su poder” [Fin del Libro XII y del Volumen III del *Código Florentino*].

## 12. Alonso de Ávila

La elección de Cortés de designar a Alonso de Ávila, como uno de los dos capitanes para mandar las tres carabelas con el quinto para el emperador, era natural, pues sabemos por Bernal que Ávila era el contador de la ciudad de Veracruz, fundada por Cortés. La primera mención de este capitán por Bernal es en ocasión de su vuelta con otros sobrevivientes de la expedición al mando del malogrado Francisco Hernández de Córdoba. Con otros sobrevivientes, Bernal, cuya canoa había zozobrado, logró llegar desnudo a la playa de Cuba, cerca de un pueblo de indios llamado Yaguarama desde donde los tres sobrevivientes llegaron a “otro pueblo que se decía Chipiona, que era de un Alonso de Ávila” (*HV*, 41). Este encomendero es designado por el gobernador Diego Velázquez como uno de los tres capitanes, junto con Pedro de Alvarado y Francisco de Montejo a las órdenes de Juan de Grijalva que se apresta a salir hacia la tierra firme, habiendo el gobernador aprendido de la expedición anterior las riquezas que se hallan en esa tierra, expedición en la que Bernal es miembro prominente:

En el año de mil e quinientos y diez y ocho, viendo el gobernador de Cuba la buena relación de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatán, acordó de enviar una armada, y para ella se buscaron cuatro navíos: los dos fueron de los tres que llevamos con Francisco Hernández, y los otros dos navíos compró el Diego Velázquez nuevamente de sus dineros. Y en aquella sazón que ordenaba la armada, halláronse presentes en Santiago de Cuba, donde residía el Velázquez, un Juan de Grijalva y un Alonso de Ávila y Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, que habían ido a ciertos negocios con el gobernador, porque todos tenían encomiendas

de indios en la misma isla y eran hombres principales. Concertóse que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velázquez, viniese por capitán general, y que Alonso Dávila (sic) viniese de capitán de un navío, y Pedro de Alvarado de otro, y Montejo de otro, por manera que cada uno de estos capitanes puso bastimentos y matalotaje de pan cazabe y tocinos y el Diego Velázquez puso los cuatro navíos y cierto rescate de cuentas y cosas de poca valía, y otras menudencias de legumbres (*HV*, 42-44).

Bernal Díaz del Castillo vuelve a mencionar a Alonso de Ávila en ocasión de los preparativos de Cortés para organizar su expedición, observando que entre los varios soldados que venían de La Trinidad, en Cuba, estaba el capitán Alonso de Ávila:

Y también salió de aquesta villa Alonso de Ávila, capitán que fue cuando lo de Grijalva, y Juan de Escalante y Pero Sánchez Farfán y Gonzalo Mejía, que después, el tiempo andando, fue tesorero en México, y un Baena y Juanes de Fuenterrabía y Lares, el Buen Jinete, llamámoslo así porque hobo otro Lares, y Cristóbal de Oli[d], el Muy Esforzado, que fue maestre de campo en las guerras mexicanas, y Ortiz el Músico, y un Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, y un Diego de Pineda o Pinedo y un Alonso Rodríguez, que tenía unas minas ricas de oro, y un Bartolomé García y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha valía (*HV*, 82-83).

La importancia de esta lista de jinetes y caballos estriba en su eficaz representación del concepto que Bernal se ha hecho de la historia de la conquista de la Nueva España, o sea, de una hazaña colectiva en la que, sin disminuir el genio y el coraje de Cortés como jefe, se reconoce la labor de tantos soldados y, en particular, de los caballos que le permitieron a los conquistadores desbaratar tantos miles de indios, espantados por la aparición de los que les parecieron como monstruos de la naturaleza, como centauros mitológicos. Desde el punto de vista social, este pasaje abre una ventana sobre la situación económica de la colonia, en este caso Cuba y las islas del Caribe, en que se pueden poseer riquezas, sea en propiedades con minas de oro, sea en armas y caballos. En este escenario, Alonso de Ávila se señala dos veces en el momento en que la armada llega al río de Grijalva, en la región de Tabasco donde residen los mayas de la tierra firme que en una canoa le han amenazado a Cortés, probablemente porque recuerdan que ya han desbaratado a dos expediciones anteriores, la de Francisco Hernández de Córdoba y la de Grijalva. Ante la determinación de los mayas, que no entienden razones, como trata de explicar el intérprete Jerónimo de Aguilar, Cortés decide sorprenderlos concibiendo una brillante maniobra para tomar el pueblo de Tabasco. Avanzando con los bateles y los navíos menores, colocando tres lombardas en cada batel y navío, además de los cañones, Cortés embarcó en

cada batel y navío, además de los soldados, los ballesteros y los escopeteros. Antes de dar la orden de avanzar, Cortés planea su estrategia, en la que juega un papel decisivo el capitán Alonso de Ávila:

Y otro día por la mañana, después de haber oído misa y todas nuestras armas muy a punto, mandó Cortés a Alonso de Ávila, que era capitán, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo dicho que iba al pueblo [de Tabasco], e que de que oyese los tiros, él por una parte y nosotros por otra diésemos en el pueblo. Y Cortés y todos los más soldados y capitanes fuimos en los bateles y navío de menos porte por el río arriba. Y desde los indios [mayas] guerreros que estaban en la costa y entre los mamblares vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habíamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que toda la costa no había sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles y atabalejos. Y desde así vio la cosa, mandó Cortés que nos detuviésemos un poco, y que no soltasen ballesta ni escopeta ni tiros. Y como todas las cosas quería llevar muy justificadas, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey que se decía Diego de Godoy, e por la lengua de Aguilar, para que nos dejen saltar en tierra y tomar agua y hablalles cosas de Dios y de Su Majestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hobiese o otros cualquier daño, fuesen a su culpa e cargo, y no a la nuestra. Y ellos todavía haciendo muchos fieros, y que no saltásemos en tierra, si no, que nos matarían. Y luego comenzaron muy valientemente a flechar y hacer sus señas con sus tambores, y como esforzados se vienen todos contra nosotros y nos cercan con las canoas, con tan gran rociada de flechas, que nos hicieron detener en el agua hasta la cinta, y otras partes no tanto; e como había allí mucha lama y ciénaga, no podíamos tan presto salir della. Y cargan sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas a manteniente, y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos; y también porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargate en el cieno, que no le pudo sacar, y, descalzo el un pie, salió a tierra; y luego le sacaron el alpargate y se calzó. Y entretanto que Cortés estaba en esto, todos nosotros, así capitanes como soldados, fuimos sobre ellos, nombrando a Señor Santiago, y les hecimos retraer, y aunque no muy lejos, por amor de las albarradas y cercas que tenían hechas de maderas gruesas, adonde se mamparaban, hasta que las deshicimos y tuvimos lugar, por un portillo, de les entrar y pelear con ellos. Y les llevamos por una calle adelante, adonde tenían hechas otras fuerzas, y allí tornaron a reparar y hacer cara, y peleaban muy valientemente y con gran esfuerzo, y dando voces y silbos, e decían: “¡Al calacheoni, al calacheoni!” que en su lengua mandaban que matasen o prendiesen a nuestro capitán. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Ávila con sus soldados, que había ido por tierra desde los palmares, como dicho tengo, y parece ser no acertó a venir más presto por amor de unas ciénagas y esteros. Y su tardanza fue bien menester, según habíamos estado detenidos en los requerimientos, y deshacer portillos en las albarradas para pelear. Ansí que todos juntos les tornamos a echar de las fuerzas donde estaban, y les llevamos retrayendo; y ciertamente que, como buenos guerreros, nos iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas. Y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran

patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenían tres casas de ídolos, e ya habían llevado todo cuanto hato había. En los cues de aquel patio mandó Cortés que reparásemos, y que no fuésemos más en seguimiento del alcance, pues iban huyendo. Y allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por Su Majestad, y él en su real nombre (*HV*, 113-116).

Después de haber contribuido decisivamente a esta victoria, Alonso de Ávila cumple otro servicio importante para Cortés y su pequeño ejército. Bernal nos cuenta la actuación del capitán de Ávila en la batalla de Cintla, en la que, por primera vez se emplearon caballos en América. Después de hacer desembarcar los caballos de los navíos, y de seleccionar a los mejores jinetes, y de ordenar que se les pongan cascabeles colgados del pretal, para aumentar el efecto de su aparición en los enemigos, Cortés les recomienda que no arrojen las lanzas, sino que con ellas les golpeen el rostro a los guerreros mayas y esperen a lancear hasta después de haberlos desbaratados:

Y señaló trece de caballo, y el Cortés por capitán dellos. Y fueron estos que aquí nombraré: Cortés y Cristóbal de Oli[d] y Pedro de Alvarado y Alonso Hernández Puertocarrero y Juan de Escalante y Francisco de Montejo, e Alonso de Ávila [a quien] le dieron un caballo que era de Ortiz el Músico e de un Bartolomé García, que ninguno dellos era buen jinete, y Joan Velázquez de León y Francisco de Morla e Lares el Buen Jinete (nombrele así porque había otro Lares) e Gonzalo Domínguez, estremado hombre de a caballo, Morón el del Bayamo y Pero González de Trujillo. Todos estos caballeros señaló Cortés, y él por capitán, y mandó a Mesa el artillero que tuviese muy a punto su artillería, y mandó a Diego de Ordás que fuese por capitán de todos nosotros los soldados, y aun de los ballesteros y escopeteros, porque no era hombre de a caballo (*HV*, 119-120).

Bernal cuenta el momento crucial cuando durante la batalla de Cintla irrumpen en el campo de batalla los caballos seleccionados y capitaneados por Cortés:

Estando en esto [en combate frontal con una multitud de guerreros indios muy superiores a las fuerzas españolas], vimos asomar los de a caballo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraban tan de presto en ellos como venían por las espaldas; y como el campo era llano y los caballeros buenos, y los caballos algunos dellos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano y alancean a su placer. Pues los que estábamos peleando, desde los vimos, nos dimos tanta priesa, que los de a caballo por una parte y nosotros por otra, de presto volvieron las espaldas (*HV*, 122).

Otro momento crucial de la actuación de Alonso de Ávila es la decisión del ejército de hacer a Cortés capitán general y justicia mayor, decisión en la que Bernal

juega un papel importante, tanto para quitarle de la dependencia y autoridad del gobernador de Cuba, como para permitirle poblar la Nueva España, en nombre de su majestad el emperador Carlos V:

Ya he dicho que en el real andaban los parientes e amigos del Diego Velázquez [gobernador de Cuba] perturbando que no pasásemos adelante y que desde allí, de San Juan de Ulúa, nos volviésemos a la isla de Cuba. Paresce ser que ya Cortés tenía puesto en plática con Alonso Hernández Puertocarrero y con Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, Jorge y Gonzalo e Gómez y Juan, todos Alvarados, y con Cristóbal de Olí[d] y Alonso de Ávila y Juan de Escalante e Francisco de Lugo, e conmigo e otros caballeros y capitanes, que le pidiésemos por capitán. El Francisco de Montejo bien lo entendió y estábase a la mira. Y una noche, a más de medianoche, vinieron a mi choza el Alonso Hernández Puertocarrero y el Juan de Escalante y el Francisco de Lugo—que éramos algo debdos yo y el Lugo, y de una tierra—y me dijeron: “¡Ah, señor Bernal Díaz del Castillo! Salí acá con vuestras armas a rondar; acompañáremos a Cortés, que anda rondando.” Y desque estuve apartado de la choza me dijeron: “Mirá, señor, tened secreto de un poco que os queremos decir, que pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte de Diego Velázquez”. Y lo que me platicaron fue: “¿Pareceos, señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos; y dio pregones en Cuba que venía a poblar? Y agora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos. ¿Y tomarse ha el oro Diego Velázquez como la otra vez? Mirá, señor, que habéis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habéis quedado empeñado aventurando tantas veces la vida con tantas heridas. Hacémoslo, señor, saber, porque no pase esto más adelante, y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de Su Majestad, y Hernando Cortés en su real nombre; y en teniendo que tengamos posibilidad, hacello saber en Castilla a nuestro rey y señor. Y tenga, señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitán de unánime y voluntad, porque es servicio de Dios e de nuestro rey e señor.” Yo respondí que la ida de Cuba no era buen acuerdo, y que sería bien que la tierra se poblase e que eligiésemos a Cortés por general y justicia mayor, hasta que Su Majestad otra cosa mandase (*HV*, 151-153).

Se confirma en este momento de importancia fundamental de la conquista del Nuevo Occidente, el papel decisivo que miembros de la expedición anterior, o sea, la de Juan de Grijalva, desempeñaron, como el mismo Bernal y Alonso de Ávila. No fue por azar que Alonso de Ávila integrará el nuevo gobierno de la Veracruz, ciudad fundada en esa ocasión por Cortés y sus hombres:

E fundada la villa [la Villa Rica de la Veracruz], hecimos alcaldes y regidores, y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de

Montejo. Y a este Montejo, porque no estaba muy bien con Cortés, por metelle en los primeros y principal, le mandó por alcalde (...). Y diré cómo se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca. Y señalamos por capitán para las entradas a Pedro de Alvarado, y maestre de campo a Cristóbal de Olí[d], y alguacil mayor a Juan de Escalante, y tesorero, Gonzalo Mejía, y contador Alonso de Ávila, y alferez a Hulano Corral (porque el Villarroel, que había sido alferez, no sé qué enojo había hecho a Cortés sobre una india de Cuba y se le quitó el cargo), y alguacil del real a Ochoa, vizcaíno, y a un Alonso Romero. Dirán agora que cómo no nombro en esta relación al capitán Gonzalo de Sandoval, siendo un capitán nombrado, que, después de Cortés, fue la segunda persona y de quien tanta noticia tuvo el Emperador nuestro señor. A esto digo que, como era mancebo entonces, no se tuvo tanta cuenta con él y con otros valerosos, hasta que le vimos florescer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teníamos en tanta estima como al mismo Cortés (*HV*, 155-156).

Después de conquistar Tenochtitlan, Cortés decidió enviar el tesoro de Moctezuma y el que se había hallado en la recámara de Cuauhtémoc al emperador, y para esta comisión eligió a dos capitanes: Alonso de Ávila y Antonio de Quiñones, episodio que Bernal cuenta y en la que incluye la pérdida del tesoro a manos del corsario francés Florín—su nombre era Jean Fleury—con la fecha de la salida de las dos naves, el 20 de diciembre de 1522. También nos informa que en la isla Tercera de las Azores, Antonio de Quiñones tuvo una pendencia por una mujer y murió de una cuchillada (*HV*, 712-713). Concluye su referencia al corsario francés recordando que los españoles apresaron al corsario francés, ahorcándolo. El editor Serés ha rescatado un largo fragmento relativo a este viaje, eliminado del manuscrito G, y donde, de paso, nos enteramos de la muerte de Alonso de Ávila:

Desde que vino el Alonso de Ávila de la Española y viendo que traía buenos despachos, [Cortés] le volvió a enviar a Castilla, porque ya teníamos conquistado a México y después que salimos huyendo, porque como dicho tengo, estaba en la Española, y entonces por más le contentar y apartalle de sí le dio un muy buen pueblo que se dice Guatitán y barras de oro, que hiciese bien los negocios y dijese de su persona [de Cortés] ante su Majestad mucho bien; y entonces también don Hernando Cortés envió en su compañía del Alonso de Ávila a un Hulano [Antonio] de Quiñones, natural de Zamora, capitán que fue de la guarda de don Hernando Cortés, y les dio poder para que procurase las cosas de la Nueva España, y con ellos envió la gran riqueza del oro y plata y joyas y otras muchas cosas que hubimos en la toma de México, y la recámara del oro que solía tener Montezuma y Guatemoz, los grandes caciques de México. Y quiso la ventura que al Quiñones acuchillaron en la isla de Tercera [en el archipiélago de las Azores], sobre amores de una mujer, y murió de las heridas, e yendo el Alonso de Ávila su viaje cerca de Castilla, le topó una armada de franceses, en que venía por capitán della un Juan Florín, y le robó el oro y plata y navíos, y le llevó preso a Francia y estuvo preso cierto tiempo, y a

cabo de dos años le soltó el francés que le tenía y se vino a Castilla. Y en aquella sazón estaba en la corte don Francisco de Montejo, adelantado de Yucatán, y entonces, o poco antes, había venido a México un Gil González de Benavides para que tuviese en sí y se sirviese del pueblo de Guatitán. Y como el Gil González fue con nosotros en aquel tiempo a las Higueras, porque nunca fue conquistador de la Nueva España, y se pasaron ciertos años que se servía y llevaba los tributos del dicho pueblo a Su Majestad, pues el Alonso de Ávila era fallecido, y sobre este pleito hubo los alborotos y rebeliones y muertes que en México se hicieron y desterrados que hubo y otros con mala fama, y si todo bien se nota, hobo mal fin y en peor se acabó. El Quiñones que iba a Castilla murió acuchillado en la Tercera, el oro y plata robado por la armada de Juan Florín, francés, el Alonso de Ávila preso en Francia, el mismo Juan Florín que le robó fue preso en la mar por vizcaínos y ahorcado en el puerto del Pico, el pueblo de Guatitán se quitó a los hijos de Gil González de Benavides, y sobre ello fueron degollados, porque, según se halló, no tuvieron la lealtad que eran obligados al servicio de Su Majestad, y con ellos justificaron y desterraron otras personas y otras quedaron con mala fama (*HV*, 1016-1017, n.10).

Cervantes de Salazar se detiene en contarnos el combate entre Ávila y Fleury, con el segundo que salió victorioso y llevó el tesoro con las naves y su capitán al cautiverio en Francia, donde, creyendo que el tesoro era suyo, los franceses, por orden del rey Francisco I, le trataron con consideración y le encerraron en una fortaleza imaginando un gran rescate. Cervantes de Salazar muestra su talento de narrador entreteniéndose en contar el extraño caso de un fantasma que visitaba todas las noches a Avilés en su celda:

[Avilés] estuvo tres años enteros preso en aquella fortaleza, aunque bien tratado, pero guardado con gran diligencia, por que no se fuese; y el primer año, casi desde el primero día que en aquella fortaleza entró, todas las noches sin faltar ninguna, después de apagadas las velas, de ahí a poco, sentía abrir la cortina de su cama y echarse a su lado una cosa que, al parecer del andar e abrir la cama, parecía persona; procuró las primeras noches de abrazarse con ella, y como no hallaba cuerpo, entendió ser fantasma. Hablóla, díxola muchas cosas e conjuróla muchas veces, y como no le respondió, determinó de callar y no dar cuenta al Alcaide ni pedirle otro aposento, porque no entendiese que hombre español y caballero había de tener miedo. Pasados ya muchos días que, sin faltar noche, le aconteció esto, estando una tarde sentado en una silla, muy triste y pensativo, se sintió abrazar por la espalda, echándole los brazos por los pechos; le dixo la fantasma: “Mosiur, ¿por qué estás triste?” Oyó la voz y no pudo ver más de los brazos, que le parecieron muy blancos, e volviendo la cabeza a ver el rostro, se desapareció. A cabo de un año que esto pasaba, viendo el Alcaide por la conversación que con él y con otros caballeros tenía, que podía fiarse ya algo dél, consintió que un clérigo que mucho se había aficionado a Alonso de Ávila, quedase a gran instancia suya a dormir aquella noche en el aposento, donde hecha la cama, frontero de la de Alonso de Ávila, apagadas las velas e cansados ya de hablar, ya que el clérigo se quería

dormir, sintiendo que persona, abriendo las puertas, entraba por el aposento, habiéndolas él cerrado por sus manos, y que abría la cortina y se echaba en la cama, despavorido y espantado desto, levantándose con gran presteza, abrió las puertas y salió dando grandes voces; alteró la fortaleza, despertó al Alcaide, el cual acudió con la gente de guarda, pensando que Alonso de Ávila se huía. Llegado el Alcaide, el clérigo pidió lumbré, diciendo que el demonio andaba en aquel aposento. Metida una hacha encendida, no se halló cosa más de Alonso de Ávila en su cama, el cual, sonriéndose, contó lo que había pasado un año continuo, y la causa por qué había callado. Maravillóse mucho el Alcaide y los que con él venían, y tuvieron de ahí adelante en más su persona, y así miraban por él con menos recato (*Crónica*, Lib. VI, cap. V, 771).

En este relato, que podríamos considerar historia y ficción, el cronista muestra su habilidad de literato y su decisión de no excluir de la historia la anécdota agradable y divertida, un género ya familiar a los clásicos que Cervantes de Salazar ha tomado como modelo. En el relato de Cervantes de Salazar se dan los pormenores de la libertad del cautiverio de Alonso de Ávila y de un sobrino suyo, con el mismo nombre, que era regidor de la ciudad de México en tiempos de Cervantes de Salazar. Además, se relata su vuelta a la Nueva España en circunstancias harto diferentes de las contadas por Bernal:

Mucho pesó después a Alonso de Ávila de haber descubierto lo que había pasado, porque jamás sintió la fantasma, y como le había abrazado y hablado tan amorosamente, pensó que a no haber descubierto el secreto, le dixera alguna cosa en lo tocante a su prisión, en la cual estuvo dos años después, porque no había tanto dinero como el que pedían para ser rescatado y no se querían los franceses acabar de desengañar, creyendo siempre que era algún gran señor y no un particular caballero. Salió algunas veces con licencia del Rey a ejercicios de guerra, donde se señaló mucho; tenía muchos amigos por su gran bondad y valor, aunque también no le faltaban émulos, que de los unos y de los otros (según halla los pechos) suele ser causadora de virtud. Supo bien la lengua francesa, y de ninguna cosa le pesaba más en su prisión que de no tener que gastar, en lo cual le parece harto su subcesor Alonso de Ávila, Regidor desta ciudad. Pasados casi tres años de su prisión, subcediendo entre españoles y franceses aquella memorable batalla de Pavía, donde rotos los franceses, su Rey Francisco de Valois con muchos señores y caballeros fue preso, y así, por concierto y conveniencia fueron regatados caballeros franceses por caballeros españoles, desta manera salió de la prisión Alonso de Ávila. Vino a España, hizole el Emperador mucho favor, volvió por su mandato a la Nueva España, y como ya México y las demás provincias a ellas comarcanas estaban ya pacíficas y de paz, apetesciendo mayores cosas, renunció los pueblos que tenía en encomienda por sus servicios, en su hermano Gil González de Ávila; y como entonces era tan señalada la conquista de Guatemala, aunque estaba muy lexos, fue a ella, donde se señaló como siempre mucho, donde después de pacificada se le dio repartimiento de indios (*Crónica*, Lib. VI, cap. VI, 772).



### 13. Cautiverio y muerte de Moctezuma

Cervantes de Salazar relata que, mientras la guerra recrudece, a raíz de la matanza de la aristocracia azteca ordenada por Pedro de Alvarado, durante la fiesta de los dioses supremos Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, Moctezuma trata de convencer a los suyos a deponer las armas:

Crescía la guerra; víanse afligidos Cortés y Motezuma, y porque los españoles no le matasen, o porque verdaderamente los amaba y quería bien, ca jamás en ausencia ni en presencia le oyeron decir mal dellos, que era de lo que más pesaba a los mexicanos, invió a llamar a Marina; rogóle dixese al Capitán [Cortés] que él quería subir al azotea y desde el pretil hablar a los suyos, que por ventura cesarían y vendrían en algún buen concierto. Parecióle bien a Cortés, mandóle subir con docientos españoles de guarda, y él, aderezado y vestido con sus paños reales, púsose Marina a su lado, para entender lo que diría e responderían sus vasallos. Apartáronse algo los españoles para que los mexicanos lo viesen y conociesen; hicieron señal de que cesaren y callasen, con las mantas, algunos señores que con Motezuma subieron; conociéronle luego los suyos, y en esto se engaña Gómara, que casi trasladó a Motolinea (sic), que dice que no le conocieron. Sosegándose, pues, todos para oírle lo que les quería decir, alzando Motezuma la voz contra su autoridad real, para que de los más y especialmente de aquellos señores que tanto encendían a los otros fuese oído, les habló desta manera: “Por los dioses inmortales que nos dan los mantenimientos de que nos sustentamos y nos dan salud y victoria, os ruego que si en algún tiempo yo os he bien gobernado y hecho mercedes y buenas obras, que ahora mostréis el agradescimiento debido, haciendo lo que os rogare y mandare. Hanme dicho que siendo yo vivo habéis elegido Rey, porque yo estoy en prisión y porque quiero bien a los cristianos a quien vosotros aborrescéis tanto. No lo puedo creer que dexéis vuestro Rey natural por el que no lo es, ca los dioses me vengarían cuando yo no pudiese tomar venganza. Si habéis porfiado tanto en los combates, con tantas muertes y pérdidas de los vuestros, por ponerme en libertad, yo os lo agradezco mucho, pero sabed que aunque vuestra intención es buena y de leales vasallos, que vais errados y os engañáis mucho, porque yo de mi voluntad estaba y estoy en estos aposentos, que son mi casa, como sabéis, para hacer buen tratamiento a estos huéspedes que de otro mundo vinieron a visitarme de parte de su gran Emperador. Dexad, os ruego, las armas, no porfiéis, mirad que son muy poderosos y valientes los cristianos e que uno dellos que habéis muerto os cuesta más de dos mill (sic) de los vuestros; en los más de los rencuentros, por pocos que hayan sido, han sido victoriosos contra muchos de los vuestros. Han os rogado con la paz, no os han quitado vuestras haciendas, ni forzado vuestras mujeres ni hijas, y si con todo esto queréis que se vayan, ellos se irán, porque no quieren contra vuestra voluntad estar en esta ciudad. Yo saldré de aquí cuando vosotros quisierdes, que siempre he tenido libertad para ello; por tanto, si como al principio os dixere, me amáis e yo os he obligado a ello, cesá, cesá, por amor de mí, no estéis furiosos ni ciegos de pasión, que ésta nunca dexa hacer cosa acertada.” Oyeron los mexicanos con muy gran atención este razonamiento; hablaron quedo, un poco entre sí, e

como vieron que todavía Motezuma se aficionaba a los españoles, que tanto ellos aborrescían, y el elegido era de su banda y pensaba quedar con el reino y señorío que no era suyo, con gran furia y desvergüenza le repondieron: “Calla, bellaco, cuilón, afeminado, nascido para texer y hilar y no para Rey e seguir la guerra; esos perros cristianos que tú tanto amas te tienen preso como a mascegal, y eres una gallina; no es posible sino que éstos se echan contigo y te tienen por su manceba.” Diciéndole estos y otros muchos denuestos, volvieron al combate, tiraron a Motezuma y los cristianos muchas flechas y piedras, aunque un español tenía cuidado de rodelar a Motezuma, quiso su desgracia que le acertó en la cabeza hacia la sien una pedrada. Baxó a su aposento, echóse en la cama; la herida no era mortal, pero afrentado y avergonzado de los suyos que como a dios le obedescían, estuvo tan triste y enojado cuatro días que vivió, que ni quiso comer ni ser curado (*Crónica*, Lib. IV, Cap. CXII, 479-480).

Este relato representa bien el drama de Moctezuma, prisionero de Cortés, pero que en medio de la guerra espera persuadir a sus vasallos a tratar la paz con los españoles. Sus súbditos son los que defienden su país de los invasores. Por lo tanto no se podía esperar que hiciesen caso a las palabras de un rey impotente, por su prisión, y que aún aspiraba a presentarse como árbitro de los destinos de su país. Ellos saben bien que Alvarado ha masacrado a sus jefes en ocasión de una fiesta religiosa de las más importantes de su tradición. La furia de los aztecas, ya desencadenada contra los españoles, se vuelve contra su rey al que antaño admiraban, pero de quien ya no se fían, después de la matanza de la fiesta. La muerte de Moctezuma señala el fin trágico de un gran emperador:

Aunque en el entretanto que Motezuma estaba en cama la guerra no cesaba y los nuestros andaban buscando modo y manera cómo ofender y defenderse, creciéndole el enojo y pasión al gran Rey Motezuma e viendo que ya las fuerzas le desfallecían e que de la herida, por no dexarse curar, estaba pasmado e que no podía en breve dexar de morir, invió a gran priesa con muchos criados a llamar a Cortés, el cual fue a su llamado, y entrando en su aposento se le arrasaron a Motezuma los ojos de agua. Abrazóle con grande ansia, levantóse sobre los coxines y llorando como un niño, tomándole las manos le dixo: “No sé por do comience a darte cuenta de lo que este mi afligido y apasionado corazón siente. ¿Soy yo, valeroso Capitán y amigo mío, aquel gran Emperador y señor Motezuma que tú tanto porfiaste querer ver y visitar? ¿Soy yo aquel a quien este mundo ha temido y reverenciado no menos que a los inmortales dioses? ¿Soy yo aquel que con tanta pompa y majestad salió a rescibirte? ¿Qué mudanza de fortuna es ésta? ¿Qué desgracia ha sido la mía? Yo no me alcé con reino ajeno; de mis padres y abuelos heredé este infelice y desdichado imperio; no he hecho sin justicia, he vencido muchas batallas, conquistado muchos reinos y hecho grandes mercedes. ¿Qué mudanza es ésta?, ¿qué trueque?, ¿qué desdicha?, ¿qué infortunio?, ¿qué miseria?; ¿qué los que, descalzos los pies, los ojos por tierra, no osaban hablarme sino por intérpretes; que aquellos sobre cuyos

hombros iba y caminaba, sus mantas puestas debajo del brazo, se hayan atrevido y desvergonzado contra su Rey y señor, diciéndole palabras que a ningún vil esclavo se dixeran, tirando con piedras a la persona real? ¡Ah, Cortés, Cortés, el corazón se me hace pedazos; con grande rabia acabo la vida, el más apocado y envilescido hombre del mundo! ¡Oh, quién viera el castigo y venganza desto, primero que muriera!; pero ya no hay remedio, que más me ha muerto el enojo que la herida. Lo que me resta que decirte, es que, pues por tu causa muero, tengas, como caballero que eres, cuidado de mis hijos, los ampares y sustentas en el reino y señorío de su padre y castigues gravemente a los que me han denostado y quites la vida y el reino al que se ha alzado con él y a mí ha dado la muerte. Mira que es Rey y gran señor y te ha sido muy amigo el que te pide esta palabra y que como caballero me la cumplas, que con esta esperanza mi ánima irá descansada.” Cortés a todas estas razones estuvo muy atento, y aunque al principio reprimió las lágrimas, no pudo dexar de llorar, y tomándole las manos, dándole a entender lo que le pesaba de su desgracia, le dixo: “Gran Príncipe y señor mío: No se aflija tu Alteza, que lo que me mandas yo lo haré como si el Emperador de los cristianos, mi Rey e señor, me lo mandara; ca conosco que por el gran valor de tu persona se te debe e yo te lo debo, no has querido comer ni ser curado, que tú ni tenías herida para morir della; mueres de pesar y descontento y debías de considerar que dónde tú no tenías la culpa ni habías hecho ni dicho cosa que no fuese de Rey, por donde merecieses que los tuyos se te atreviesen, no debías de tomar pena, sino darla a los que tuvieron la culpa; y pues, tú, según veo, ya no podrás, por estar tan cercano a la muerte, ve consolado con que tus hijos serán mirados como mis ojos y tu muerte la más vengada que hasta hoy ha sido, aunque yo perdiese muchas vidas si tantas tuviese.” (*Crónica*, Lib. IV, CXIII, 480-481).

Aunque resulte difícil de creer que el moribundo Moctezuma y el capitán español hayan tenido una entrevista tan elaborada y larga, sobre todo en medio de la batalla que enfurecía a las puertas del palacio real, el cronista ha captado bien el estado de ánimo del emperador azteca en punto de muerte, su nobleza que aflora por última vez, en un destello de dignidad ofendida y de injusticia del destino cruel que le ha golpeado al final de una historia atormentada por profecías y atisbos del retorno del dios Quetzalcoatl. La tradición de las crónicas sobre la muerte y el entierro de Moctezuma consiste en relatos que son, además de variados y contradictorios, por la mayoría breves y entrecortados. El relato de la *Crónica* sobre este importante aspecto de la parábola terrenal del emperador azteca es la más completa que yo haya leído:

Otro día que dixeran a Cortés Motezuma estar muy al cabo, fue a verle. Preguntó cómo se sentía; respondió muy ansioso: “La muerte, que es la mayor angustia de las angustias.” Cortés le tornó a decir: “Gran Príncipe, para ahora es tu valor y tu ánimo; forzosa es esta deuda, porque el que nasce es necesario que muera; pero para que no mueras para siempre y tu ánima no sea atormentada en el infierno, pues estaba concertado que te bautizases y tú lo pediste de tu voluntad, ruégote

por Dios verdadero, en quien solo debes creer, que lo hagas; que Fray Bartolomé de Olmedo te bautizará.” Motezuma dicen que le respondió que quería morir en la ley e secta de sus antepasados e que por media hora que le quedaba de vida no quería hacer mudanza; e si esto había de hacer en este tiempo, mejor fue que no fuese bautizado, antes, porque como era adulto y no estaba instruido en las cosas de la fe y todos sus vasallos eran de opinión contraria y los indios naturalmente mudables, retrocediera fácilmente y fuera peor, conforme a aquello: “Más vale no conocer la verdad, que después de conocida dexarla.” Con esto se salió Cortés del aposento; quedó agonizando Motezuma, acompañado de algunos señores de los que estaban presos, dio el ánima al demonio y no al que la había criado; murió como había vivido, y antes que se viese en este trance, haciendo una breve plática a aquellos señores que le acompañaban, les encargó sus hijos y la venganza de su muerte. Murió como gentil, deseoso hasta la postrera boqueada de la venganza de los suyos; jamás consintió paños sobre la herida, y si se los ponían quitábaselos muy enojado, procurándose y deseándose la muerte. Como Cortés supo que había ya más de cuatro horas que Motezuma era muerto, asomóse a la azotea de la casa, porque todavía andaba la guerra y él estaba recogido con los suyos. Hizo señal a los Capitanes mexicanos de que cesasen y le oyesen; hiciéronlo así; díxoles por la lengua: “¡Mal pago habéis dado al gran señor Motezuma, a quien como a dios venerábades e acatábades! Él es muerto de una pedrada que le distes en las sienes, y murió más de enojo de vuestra traición y maldad que de la herida, porque no quiso ser curado de la herida. Inviáoslo he allá para que le enterréis conforme a vuestros ritos y costumbres, y mirad que no porfiéis más en la guerra ni hagáis un mal tras de otro, porque Dios, que es justo juez, asolará por nuestras manos vuestra ciudad y ninguno de vosotros quedará vivo.” Acabado de decir esto, los indios, desvergonzadamente, le respondieron: “¿Para qué queremos nosotros ya a Motezuma vivo ni muerto? Caudillo tenemos, y lo que está hecho está bien hecho. Guardáoslo allá, pues fue vuestra manceba y como mujer trató sus negocios, y la guerra no cesará hasta que vosotros o nosotros muráis o muramos; ca te hacemos saber que aunque por cada uno de vosotros mueran ocho o diez mil de los nuestros, nos sobrará mucha gente. Las puentes tenemos abiertas, que vosotros cegastes, para que aunque huyáis, no os escapéis de nuestras manos, y si no salís, la hambre y sed os acabará; de manera que por cualquiera vía nos vengaremos de vosotros.” Cortés les volvió las espaldas, diciéndoles: “Ahora, pues, a las manos.” Mandó luego, para que era cierto que de la pedrada había muerto Motezuma, a dos principales de los que estaban presos para que (como testigos de vista, dixeran lo que pasaba) tomándole a cuestras le sacasen de la casa. Estaba la calle por donde salieron llena de gente; llegó a ellos un príncipal con una devisa muy rica; hizo, sin hablar, muchos visajes y meneos como preguntando qué cuerpo sería aquél, y como le dixeran que era el de Motezuma, hizo señales hacia los españoles de que le volviesen. Corrió hacia los suyos y los indios tras dél, y era, según se entendió, que lo iba a decir a los otros señores, para que lo enterrasen como era de costumbre. Desaparecieron los indios que le llevaban de la vista de los nuestros. No se supo de cierto qué hicieron dél, más de que le debieron enterrar en el monte y fuente de Chapultepeque, porque allí se oyó un gran planto (*Crónica*, Lib. IV, cap. CXIV, 482-484).

También esta escena, bastante verosímil de lo que podría haber acaecido, pero difícil de creer, representa bien la contraposición de españoles y aztecas, asediados y asediantes, que, en un combate mortal, unos por salvarse y otros por vengarse, miran a establecer la responsabilidad de la muerte de Moctezuma, que Cortés hace recaer en los aztecas, que a su vez reafirman su decisión de continuar la lucha hasta acabar con el odiado invasor. El cronista nos ha dejado una semblanza moral de Moctezuma:

Aunque era muy regalado y muy servido, jamás comió ni bebió demasiado y decía que al Príncipe convenía ser más virtuoso que otros, porque todos le miraban e iban por donde él iba. Tuvo muchas mujeres, según está dicho, y era con ellas muy templado; tratábalas bien y honrábalas mucho, diciendo que la mujer no tenía más valor del que el hombre le daba y que se debía mucho a las mujeres por el trabajo que en el parir y criar padecían. Fue justiciero, castigando gravemente los delitos; jamás pecado cierto dexó sin castigo, aunque fuese de su hijo. En su religión era muy devoto y muy curioso; tenía gran cuenta con las ceremonias y ritos de su religión. Fue sabio y prudente, así en los negocios de paz como en los de guerra. Dicen que venció nueve batallas campales. Aumentó mucho sus reinos y señoríos; nunca por su persona salió con otro en desafío, ni batalla, porque esto no lo hacía sino gente baxa, y aunque lo hicieran caballeros, no había en todo este mundo quien pudiese entrar en campo con él, porque o todos eran sus vasallos, o los que no lo eran lo podían ser. Guardó gravemente, porque convenía así, la gravedad y severidad de su persona, porque ningún Príncipe le entraba a hablar que no le temiese y reverenciase. Cuando salía fuera, daba gran contento al pueblo; acompañábanle muchos; servíase con grandes ceremonias. Quiso mucho a los españoles; hízoles grandes mercedes, y lo que se pudo saber es que jamás habló mal en ellos, y si después que los trató procuró, contra las señales exteriores, hacerles mal, nunca se pudo entender, porque no quedó hombre vivo de los con quien comunicaba sus secretos (*Crónica*, Lib. IV, CXV, 482-483).

Como el pasaje anterior, también esta semblanza se inspira en la tradición clásica de Plutarco o Suetonio, sobre las vidas de hombres célebres y de gran autoridad. Es quizás un aspecto original la relación de Moctezuma con sus mujeres, que él honró y a quienes reconoció su contribución en la crianza de los niños.

#### IV CORTÉS Y LOS OTROS

##### 1. Mujeres españolas valientes en la conquista de la Nueva España

Un tema importante de la *Crónica* de Cervantes de Salazar es el reconocimiento del valor y coraje de algunas mujeres españolas que se hallaban en el ejército de

Cortés. El cronista nos ha dejado una descripción de la cura milagrosa que una mujer española, Isabel Rodríguez, prodigaba a los heridos durante el asedio:

Prosiguiéndose el combate, como eran tan continuas las refriegas, salían de la una parte y de la otra muchos heridos, de tal manera que no había día que, especialmente de los indios amigos, no saliesen cien heridos, a los cuales una mujer española, que se decía Isabel Rodríguez, lo mejor que ella podía les ataba las heridas y se las santiguaba “en el nombre del Padre y del Hijo e del Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero, el cual te cure y sane,” y esto no lo hacía arriba de dos veces, e muchas veces no más de una, e acontecía que aunque tuviesen pasados los muslos, iban sanos otro día a pelear, argumento grande y prueba de que Dios era con los nuestros pues por mano de aquella mujer daba salud y esfuerzo a tantos heridos, y porque es cosa que de muchos la supe y de todos conforme, me pareció cosa de no dexarla pasar en silencio. También aconteció con españoles llevar abiertos los cascos y ponerles un poco de aceite y sanar en breve, porque no había otras medicinas, y aun con agua sola sanaron algunos, que todo esto da bien a entender lo mucho que Dios favorecía este negocio, para que su sacro Evangelio fuese de gentes en gentes (...). Ayudó grandemente, así cuando Cortés estuvo la primera vez en México, como cuando después le cercó, una mujer mulata que se decía Beatriz de Palacios, la cual era casada con un español llamado Pedro de Escobar. Dióse tan buena maña en servir a su marido y a los de su camarada, que muchas veces, estando él cansado de pelear el día y cabiéndole a la noche la vela, la hacía ella por él, no con menos ánimo y cuidado que su marido, y cuando dexaba las armas salía al campo a coger bledos y los tenía cocidos y aderezados para su marido y para los demás compañeros. Curaba los heridos, ensillaba los caballos e hacía otras cosas como cualquier soldado, y ésta y otras, algunas de las cuales diré adelante, fueron las que curaron e hicieron vestir de lienzo de la tierra a Cortés y a sus compañeros cuando llegaron destrozados a Tlaxcala, y las que, como Macedonas, diciéndoles Cortés que se quedasen a descansar en Tlaxcala, le respondieron: “No es bien, señor capitán, que mujeres españolas dexen a sus maridos yendo a la guerra; donde ellos murieren moriremos nosotras, y es razón que los indios entiendan que son tan valientes los españoles que hasta sus mujeres saben pelear, y queremos, pues para la cura de nuestros maridos y de los demás somos necesarias tener parte en ta buenos trabajos, para ganar algún renombre como los demás soldados”; palabras, cierto, de más que mujeres, de donde se entenderá que en todo tiempo ha habido mujeres de varonil ánimo y consejo. Fueron éstas, Beatriz de Palacios, María de Estrada, Joana Martín, Isabel Rodríguez y otras que después se llamó Joana, mujer de Alonso Valiente, y otras, de las cuales en particular, como lo merecen, haré mención (*Crónica*, Lib. V, caps. CLXV-CLXVI, 716-718).

Estas cinco mujeres tan valientes murieron durante la retirada de Cortés desde Tenochtitlan, como el mismo Bernal atestigua (*HV*, 490-491). Bello y extraordinario ejemplo de sacrificio y sentido del deber y de entrega total a una empresa que estas damas entendieron en toda su importancia civilizadora y de expansión del ideal de

la reconquista, o sea, la espada y la cruz, que ellas representaron con sencilla determinación y gracia mujeril.

## 2. Capitanes valientes

La extraordinaria empresa de la conquista de México necesitó, además del indiscutible valor y liderazgo de Hernán Cortés, de la lealtad y entrega total de los capitanes que le acompañaron y sobre los cuales la *Crónica* de Cervantes de Salazar se detiene para elogiarlos. Se percibe este elogio en el momento difícil después de la derrota representada por la retirada de la “noche triste.” Camino de Tlaxcala, donde esperan hallar reposo y protección para curar los heridos y reponer fuerzas, Cortés decide hacer un alto en Tepeaca, pues los indios de esa región han muerto algunos españoles de manera cruel y alevosa y Cortés ha decidido castigarlos para que su castigo sirva de ejemplo para que nadie en México pueda creer que matar españoles es una acción sin consecuencias. Además se necesitaba asegurar el camino al puerto de la Veracruz, donde llegarían navíos con soldados, caballos y pertrechos para sitiar Tenochtitlan. Para asegurar el camino Cortés ordena a Cristóbal de Olid y a Joan Rodríguez de Villafuerte que con docientos españoles castigue a los culpables:

El modo que [los indios] tenían era que una guarnición dellos de dos o tres mil hombres se salía al despoblado que se dice de las Lagunas, baxo el pueblo de Teguacán, y allí prendieron a los que no se dexaban primero matar, los llevaban a este pueblo, cabeza de toda la provincia de su nombre, y metíanlos en una cocina, según dice Mata en su Relación,<sup>35</sup> donde tenía buen fuego; dábanles a comer, aunque no muy bien; mostrábanles amor, para que se descuidasen y engordasen, y cuando al parecer dellos estaban más contentos, daban de sobresalto con mucha grita sobre ellos. Hacíanlos salir de la cocina, y como a toros o otras fieras los esperaban que saliesen al primer patio, donde con muchas varas tostadas los agarrocheaban, y si allí no caían, los esperaban otros nuevos agarrocheadores al segundo patio, donde el que se libraba del segundo, aunque se tornase pájaro, no podía escapar de ser miserablemente muerto. Cierto, este era nuevo y nunca visto género de crueldad, como inventado por el demonio, a quien tenían por maestro. Era lástima ver las señales de las manos ensangrentadas por las paredes, los gritos y voces que daban, padesciendo tan cruel muerte. Los unos, como canes rabiosos, abalanzándose al que primero topaban, le ahogaban con los dientes y las manos; otros, que más paciencia y sufrimiento tenían, conociendo lo que por sus pecados merecían y que no podían escapar de morir, hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, esperaban la muerte, en muchos, a lo que se puede creer, principio de vida eterna. Después, hechos pedazos, los enviaban, como cuartos de venados, en presente, a sus amigos y, lo

---

<sup>35</sup> Es Alfonso de Mata, del que Clavijero cita unas *Memorias* (Clavijero, 562).

que era mayor crueldad, vivos inviaban algunos españoles, para que con aquel género de muerte o con otro más cruel los sacrificasen, haciéndoles saber que cuanto más corridos y fatigados fuesen aquellos hombres, tanto más, después de muertos, serían sabrosos de comer, de los que esta crueldad usaban. Los capitanes que envió Cortés traxeron treinta o cuarenta principales, que como a fieras pudieron cazar. Hízolos Cortés meter en un patio, y ellos, entendiendo que habían de morir, desnudos en carnes hicieron un areito o danza, que duró media hora, cantando su muerte y encomendando sus ánimas a los dioses, o por mejor decir, a los demonios, y así esperaron la muerte como si fuera alguna buena nueva. Fueron todos pasados a cuchillo. Sonóse esta nueva por aquella tierra y refrenáronse de ahí adelante, temiendo morir como ellos (*Crónica*, cap. Lib. V, cap. XXIV, 548-549).

Algunos capitanes fueron entre los primeros en descubrir minas de oro y ricos minerales para engrandecer el comercio y la industria de la Nueva España. Es el caso de los capitanes Barrientos y Heredia, enviados por Cortés, tras sugerencia de Moctezuma, a la región de Chinantla, a unas treinta leguas sobre la costa al norte de Veracruz:

Invió [Cortés] después de bien informado, por consejo de Motezuma, a una provincia que se dice Chinantla, que es hacia la costa del Norte, la cual no era sujeta al imperio de Culhúa, encima de la Villa Rica [Veracruz], treinta leguas, dos españoles, que el uno se decía Hernando de Barrientos y el otro Heredia, para que descubriesen oro e hiciesen relación de los secretos de la tierra, y trocándose aquel próspero tiempo de Cortés con la afrentosa y sangrienta salida de la ciudad de México, los de las otras provincias mataron cruelmente a los españoles que Cortés había enviado (que había sido a diversas partes) y alzáronse con las granjerías, y como se habían rebelado todos, ni Cortés pudo saber de Barrientos ni Barrientos dél por más de un año (*Crónica*, Lib. V, cap. CI, 644).

Los de Chinantla, admirando a Barrientos por su sabiduría y capacidad militar, le hicieron general para pelear contra los aztecas que tenían planes para dominar esa población. A Heredia también le hicieron general y ambos siempre fueron vencedores. Una vez Barrientos, viendo que los indios ya no le obedecían como solían, temiendo que prepararan una traición, concibió un engaño para que se dieran cuenta de su error. En el pasaje seleccionado se incluye una carta que el cronista tuvo en sus manos y en la que el capitán Barrientos le comunica a Cortés su experiencia como jefe militar de los indios de Chinantla:

Confirmólos en este propósito con el ardid de que un día usó, porque como acostumbrase a llamarlos al sonido de la escopeta, disparando, y no viniesen, re-



celándose de alguna traición, derramó por el suelo de un aposento un poco de pólvora, y llamando allí a los principales, estando sentados, como suelen, en cuclillas, teniendo una varilla en la mano encendida por el un cabo, les dixo muy enoxado: “Vosotros, ¿qué pensáis? ¿Entendéis que yo no sé vuestros pensamientos y que no sé por qué dexastes de venir cuando hice señal con la escopeta? Mirad cómo andáis y no os engañe el diablo, que yo soy poderoso, tocando con esta vara en este suelo, de quemaros a todos, sin que yo reciba daño, y porque lo veáis, mirad lo que hago.” Diciendo esto, pegó fuego a la pólvora, la cual, en un momento encendida, les quemó las nalgas, y como era poca y echada con tiento, fue mayor el espanto que les causó que el daño que les hizo. Aprovechó tanto este ardid, que de allí adelante le temieron, reverenciaron y obedecieron como a cosa del cielo, diciendo que del cielo había venido, pues sacaba fuego del suelo, y así cuando supieron que, [después de ser] muertos tantos españoles, los demás con dificultad se habían escapado de las manos de los mexicanos e ido a Tlaxcala heridos y destrozados, le dixerón a él y a su compañero Heredia que no saliesen de la provincia, porque sabían que los otros sus compañeros eran muertos y que quedaban muy pocos vivos. Ellos se estuvieron quedos y daban muchas gracias a Dios por no haberse hallado en aquella refriega (...). Después desto, sabiendo los indios de Chinantla que había españoles en la provincia de Tepeaca, por darle contento, lo dixerón a Barrientos y a su compañero, los cuales, no creyéndolo, no les dieron crédito no mostraron el contento que mostraran estando certificados dello, lo cual viendo los indios, les dixerón que pues no lo creían, aunque la tierra estaba peligrosa, que ellos enviarían dos indios valientes, grandes caminantes, que de noche caminasen y de día se escondiesen, donde de los enemigos no pudiesen ser habidos. Barrientos holgó mucho dello y se lo agradeció, y así escribió luego a los españoles que en Tepeaca podrían estar, una carta del tenor siguiente, trasladada al pie de la letra de su original: “Nobles señores: dos o tres cartas he escrito a vuestras Mercedes, y no sé si han aportado allá o no, y pues de aquéllas no he visto respuesta, también pongo duda haberla de aquésta. Fágoos, señores, saber cómo todos los naturales desta tierra de Culhúa andan levantados y de guerra e muchas veces nos han acometido, pero siempre, loores a Nuestro Señor, hemos sido vencedores, y con los de Tustebeque y su parcialidad de Culha tenemos guerra. Los que están en servicio de sus Altezas y por sus vasallos, son siete villas. Yo e Nicolás siempre estamos en Chinantla, que es la cabecera. Mucho quisiera saber adónde está el Capitán, para le poder escribir y hacer saber las cosas de acá; y si por ventura me escribiéseredes adonde él está e inviáredes veinte o treinta españoles, irme hía con dos principales, naturales de aquí, que tienen deseo de ver y hablar al Capitán, y sería bien que viniesen, porque como es tiempo ahora de coger el cacao, estórbanlo los de Culhúa con las guerras. Nuestro Señor las nobles personas de vuestras Mercedes guarde como desean. De Chinantla, a no sé cuántos del mes de Abril de 1521 años. A servicio de vuestras Mercedes, Hernando de Barrientos.” (*Crónica*, Lib. V, caps. CI-CII, 645-646).

El episodio del capitán Barrientos en Chinantla es altamente representativo de la significación de la conquista del Nuevo Occidente. Se verifica en esta circunstancia que hay indios que quieren liberarse de la tiranía azteca y eligen a un español que los conduce al combate victorioso contra los aztecas. Es un ejemplo importante del efec-

to benéfico de la conquista y, al mismo tiempo, prepara el futuro de pacificación de la Nueva España. Como nota curiosa hay que notar que Cervantes de Salazar ha preservado el original de la carta del capitán Barrientos a Cortés, carta a la que Cortés contesta felicitándose del éxito de la lucha contra los aztecas y de la consiguiente pacificación. La referencia a la cosecha del cacao en Chinantla en la carta de Barrientos muestra una comunidad entregada a las labores del campo, a los cultivos pacíficos, y que además los aztecas se han declarado en contra de toda actividad productiva y comercial. Además de la habilidad y coraje desplegados por Alonso de Ávila, al que nos hemos ya referido con cierta amplitud, nos queda dedicar cierta atención a aquellos capitanes que fueron, como Alonso de Ávila, decisivos en la conquista. A punto de definir la disposición de fuerzas para completar el cerco de Tenochtitlan, Cortés ordena su ejército para designar capitanes y los hombres que integrarían las diferentes guarniciones:

Para este fin mandó Cortés tornar a salir a la plaza toda la gente española e indica en orden de guerra, para repartir la gente en sus capitanías, lo cual hizo el segundo día de Pascua por el orden siguiente: repartió (dexando para sí trecientos hombres, con los cuales había de meterse en los bergantines y ser caudillo dellos por el agua) en tres Capitanes como Generales o Maestros de campo toda la demás gente, para que por tres partes, como diré, sitiasen a México. A Pedro de Alvarado dio treinta de a caballo y ciento e cincuenta peones de espada y rodela e diez e ocho ballesteros y escopeteros, con sus Capitanes, dos tiros de artillería y más de treinta mil indios tlaxcaltecas, aunque Cortés dice en su Relación más de veinte y cinco mil, para asentar en Tacuba. A Cristóbal de Olid, en compañía del tesorero Alderete, dio treinta y tres de a caballo, diez e ocho ballesteros y escopeteros, ciento y sesenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil tlaxcaltecas, para que se pusiese en Cuyoacán. A Gonzalo de Sandoval, su Alguacil mayor, dio treinta y tres de a caballo, aunque él dice veinte y cuatro, cuatro escopeteros, trece ballesteros, ciento y cincuenta peones de espada y rodela, los cincuenta dellos mancebos escogidos, que él traía en su compañía, con toda la gente de Guaxocingo, Cholula y Chalco, que a lo que dice Motolinea (sic), eran más de cuarenta mil indios, y éstos habían de ir a destruir la ciudad de Estapalapa y tomar asiento do mejor le pareciese, para su real, juntándose primero con la guarnición de Cuyoacán y pasando adelante por una calzada de la laguna, más a su placer y con menos riesgo asentase, como dixe, Sandoval, do mejor le pareciese. Para los trece bergantines con que él había de entrar escogió, fuera de los Capitanes, los más de los trecientos hombres, que fuesen hombres de la mar y exercitados en navegaciones, diestros, valientes y de huir consejo, de los cuales halló muchos, especialmente a Martín López, que fue hombre que dixo y hizo, el cual tenía todo el cuidado de la flota como aquel por cuya industria se habían hecho los bergantines, en cada uno de los cuales iban veinte y cinco españoles con su Capitán y Veedor y seis ballesteros y escopeteros (*Crónica*, Lib. V, cap. CXIII, 658).

En este recuento de la distribución de fuerzas, Cervantes de Salazar nos da un relato que se diferencia del de Cortés y de Motolinía, como prueba de la incertidumbre que, hasta a los pocos años de la conquista de la Nueva España, se mantuvo sobre detalles de gran importancia como las fuerzas españolas que cercaron la ciudad de Tenochtitlan. El cronista además relata que Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid tuvieron diferencias en elegir el alojamiento en el pueblo de Aculma, después de salir de Texcoco el 22 de mayo de 1521, que distaba dos leguas y media de Texcoco. El efecto negativo de ese litigio entre los dos capitanes hizo que Cortés los reprehendiera por intermedio del capitán Alonso de Ávila que logró apaciguarlos, lo cual fue un paso adelante para preparar su misión de quitar el agua dulce a Tenochtitlan:

Otro día de mañana los dos capitanes acordaron (como Cortés les había mandado) de ir a quitar el agua dulce que por caños de madera, guarnecidos de cal y canto, entraba en la ciudad de México. El uno dellos fue el nacimiento de la fuente con veinte de a caballo y ciertos ballesteros y escopeteros. Llegó el capitán, y aunque había mucha gente en defensa, cortó y quebró los caños, peleando bravamente con los que se lo procuraban estorbar, lo cual hacían por la laguna y por la tierra. Murieron muchos indios, y de los nuestros salieron heridos algunos, pero al fin, después de haberse reñido aquella batalla con grande porfía de los unos y de los otros, los nuestros acabaron de romper los caños y quitaron el agua a la ciudad, [lo cual] les hizo más daño que les pudieran hacer muchos enemigos que sobre ellos fueran. Fue este grande ardid e hizo mucho efecto. En este mismo día los dichos capitanes hicieron aderezar algunos malos pasos, puentes y acequias que por allí alderredor de la laguna estaban, porque los de a caballo pudiesen libremente y sin peligro correr por una parte y por otra. Hecho esto, en que con aquel día se tardaron otros cuatro, en los cuales siempre tuvieron grandes rencuentros con los de la ciudad, de los cuales murieron muchos, y de los nuestros fueron algunos heridos, ganáronles muchas albarradas y puentes. Obo entre los de la ciudad y los de Tlaxcala bravas hablas y desafíos, diciéndose los unos a los otros cosas bien notables y para oír. El Capitán Cristóbal de Olid con la gente que había de estar en guarnición en la ciudad de Cuyoacán, que está dos leguas de Tacuba, donde cada día tenía escaramuzas y peleas con los indios. Llegó aquel día Cristóbal de Olid a Cuyoacán a las diez de la mañana; aposentóse en las casas del señor de allí. Hallaron despoblado el pueblo (*Crónica*, Lib. V, cap. CXV, 660).

Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid proceden a hacer que el asedio obligue a la rendición los aztecas, que opondrán una heroica resistencia hasta que su bella ciudad quede reducida a un montón de escombros sembrados de cadáveres en estado de decomposición. Cristóbal de Olid supervisa la calzada que va de Tenochtitlan a Iztapalapa donde encuentra los aztecas que quieren cerrarle el paso:

Otro día de mañana salió Cristóbal de Olid con hasta veinte de a caballo y algunos ballesteros e con seis o siete mil tlaxcaltecas a dar una visita a la calzada que está entre México y Iztapalapa, que va a dar a México. Halló muy apercebidos los contrarios, rota la calzada y hechas muchas albarradas. Pelearon con ellos, y los ballesteros hirieron y mataron a algunos, y esto continuaron seis o siete días, que en cada uno dellos hubo muchos recuentros y escaramuzas, e una noche al medio della, llegaron ciertas velas de los de la ciudad a gritar a los de nuestro real. Las velas de los españoles apellidaron luego: “¡Arma!” Salió la gente y no hallaron a los enemigos, porque mucho antes del real habían dado la grita, la cual, como era de noche y todo estaba sosegado, pareció a los nuestros, como la oían tan bien, que estaba cerca. Púsoles algún pavor, por ser cosa tan de repente y ser cosa tan pocas veces usada, y como la gente de los nuestros estaba dividida en tantas partes, los de las guarniciones deseaban la venida de Cortés con los bergantines. Con esta esperanza estuvieron aquellos pocos de días hasta que Cortés llegó, como adelante diré. En estos seis días jamás tarde y mañana faltaron recuentros y notables desafíos, para su modo, entre los unos indios y los otros. Señaláronse mucho los tlaxcaltecas, así porque de antiguo eran más valientes que los mexicanos, como por el ánimo que los nuestros les ponían. Los de a caballo corrían la tierra, y como estaban cerca los unos reales y los otros, alancearon muchos de los enemigos, cogiendo de la sierra todo el maíz que podían para sustentarse a sí y a sus caballos y aun para proveer a los demás (*Crónica*, Lib.V, cap. CXVI, 660-661).

Se relata aquí la valentía y habilidad de Cristóbal de Olid, maestro de campo de Cortés. En el fragmento siguiente se reafirma su valentía y su determinación de humillar a enemigos que se muestran arrogantes y engreídos:

No dexaban los enemigos de usar todos los ardidés que podían para amedrentar a los nuestros y ponerles desconfianza, porque conociendo a Cristóbal de Olid, a quien por su gran valentía tenían en mucho, le llamaron por su nombre, e respondiéndoles, le dixerón en la lengua que si quería comer, e diciéndoles que sí, baxó uno e tráxole unas tortillas e unas cerezas, dando claro a entender que pues ofrecían comida, que les debía de sobrar. Cristóbal de Olid se apeó, tomó las tortillas, e haciendo burla del presente y dándoles a entender lo que dellos querían que él entendiese, con menosprecio las dio a un su criado, e asentándose en una parte donde no podía ser ofendido, hizo que comía de las tortillas y cerezas y después que estuvo un poco sentado, levantóse, alcanzando las faldas del sayo, motejándolos de putos y de lo poco en que los tenía, lesmostró las nalgas, aunque cubiertas con las calzas. No lo hubo hecho, cuando los enemigos, muy afrentados, le tiraron muchas piedras y varas que parecían que llovían, y de nuevo se tornó a trabar otra escaramuza tan brava que parecía que se abrasaban, porfiándolos mexicanos en morir, que otro partido no querían; y como gente rabiosa aquel día hicieron daño en los nuestros, aunque lo recibieron mayor, abriendo las puentes y cegándolas con palos, pajas y otras cosas livianas, para que los nuestros cayesen como en trampa (*Crónica*, Lib. V, cap. CLXVIII, 721).

El gesto obsceno da una nota realista de comicidad en medio de una batalla sangrienta. Se aprecia el espíritu de Olid, capaz de un gesto vivaz que, contra la soberbia azteca, desarme la agresividad que mudándose en enojo, provoca una reacción en que los aztecas muestran su frustración tirando piedras, varas y flechas, todas sin efecto, pues de nada les sirvió su reacción ante el control socarrón del capitán español. Andando las semanas y viendo Cortés que se necesitaba un cambio de estrategia, llamó a sus capitanes y les ordenó atacar desde distintos puntos, por tierra, y por la laguna, para que los aztecas, debiendo defenderse en distintos lugares, dejaran desguarnecido un lugar donde los españoles se podrían fortificar:

Soy de parecer, si así, señores, os pareciere, que todos nosotros con los indios que nos caben, así por mar como por tierra, por todas las partes que pudieren ser combatidos, demos a estos obstinados y empedernidos un repentino y no pensado combate, porque derramándose e acudiendo a diversas partes, serán menos en cada una y podrán menos y será imposible que no hallemos alguna parte flaca, por donde algún Capitán entre y tome lo más fuerte de la ciudad, y porque todos podamos acudir a una, saldremos cuando yo mandare disparar un tiro (*Crónica*, Lib. V, cap. CLXXI, 724).

### **3. El ataque final y el cambio de estrategia de Cortés en la Pascua de Resurrección de 1521**

El cronista describe algunas de las acciones más notables, en las que se distinguieron capitanes de tierra y de bergantines, mostrando una estrategia militar ya experimentada en Italia por el Gran Capitán, o sea, el ataque combinado de tierra y de mar para desalojar el enemigo fortalecido:

Señalóse entre otros el Capitán Pedro Dircio, que con algunos compañeros, a pesar de los enemigos y con trabajo suyo, echándose al agua, les ganó tres o cuatro puentes. Señalóse asimismo Joan de Limpías Carvajal, que entonces iba por Capitán de un bergantín, en compañía de otros bergantines, e yendo hacia una calzada que va a Tenayuca topó con unas torres de ídolos, do estaba mucha gente de guerra en guarda de otra mucha gente que hacía munición y siempre allí la habían hecho para contra los nuestros. Dióles batería, púsoles en aprieto e tomara las torres si no acudiera luego gran socorro, e haciéndose a lo largo dos bergantines, dexando la gente en tierra, él, como muy valiente, esperó con su bergantín y recogió toda la otra gente en él, e a no hacer esto, murieran allí todos. Salió herido y no menos los que esperaron, aunque mataron muchos de los enemigos. Señaláronse Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, porque cada uno en su puesto ganaron a los enemigos algunas puentes y pelearon muy valerosamente, metiéndose en el agua muchas veces hasta los pechos (*Crónica*, Lib. V, cap. CLXXI, 725).

A pesar del valor de estos capitanes y soldados, los de tierra y los de los bergantines, la jornada no dio todos los resultados que Cortés había esperado, como nos sugiere la conclusión del relato de esta ofensiva cristiana:

Y, finalmente, aunque todo este día hicieron más que nunca y entraron más en la ciudad, sin acabar lo que pensaban, por la gran defensa que hallaron, se volvieron a sus reales (*Crónica*, Lib. V, cap. CLXXI, 725).

Prosiguiendo con la ofensiva, hubo peligro para los bergantines como en el caso de un bergantín que, atascado en una puente, corrió el riesgo que los aztecas lo quemaran. En esa emergencia, el capitán Pedro Dircio, que ya se había destacado en la ofensiva ordenada por Cortés, vino a la ayuda del bergantín:

Ya que los unos y los otros estaban cansados de pelear y Cortés vio que aquel día había habido de todo, porque aunque había entrado bien adentro de la ciudad, había perdido algunos españoles e volvían muchos heridos, mandó hacer señal de recogerse, y porque le habían dicho que por la parte de Pedro de Alvarado habían hecho más daño los enemigos, retrayéndose, pues, con el mejor concierto que pudo, por no perder su costumbre, los enemigos dieron sobre él. Salía a ellos de rato en rato, hasta que todos los nuestros se recogieron al real, y de camino hizo Pedro Dircio una cosa bien digna de poner en memoria, y fue que hallando un bergantín atravesado en una puente de agua y que los que en él estaban no lo podían sacar, y que a acudir los enemigos se lo llevaban o lo quemaban (que fuera, para lo que entonces importaban los bergantines, muy gran daño), aunque estaba muy herido y harto cansado, se metió en el agua, e como era hombre de grandes fuerzas y de buena maña, ayudándole algunos de los suyos, que eran pocos, puso el hombro al bergantín con tanto ímpetu que lo sacó en peso hasta ponerlo de la otra parte de la puente. Y a este tiempo habían acudido muchos contrarios, y aunque le fatigaron bien, no quiso salir del agua hasta poner en salvo el navío, como lo hizo (*Crónica*, Lib. V, cap. CLXXIV, 728).

Se entiende por este pasaje la violencia del asedio, el peligro que asecha contra los españoles, el riesgo de perder los bergantines, la determinación de los aztecas de morir en defensa de Tenochtitlan, con consiguientes pérdida entre los españoles, que continúan a contar los muertos y los heridos. Y entre los encuentros se destacan los actos de heroísmo de algunos capitanes, como Pedro Dircio. Al recibir noticia de la llegada a Veracruz de un barco lleno de hombres, pertrechos, caballos, armas y pólvora, Cortés interpretó el acontecimiento como el designio providencial al que se han referido los cronistas:

y como [Cortés] recibió las cartas desto al tiempo que él había determinado de aventurarlo todo para salir con lo que había intentado, fue grande su contento y dixo a los Capitanes: “Gran cuidado tiene Dios, caballeros, de hacer nuestro negocio, o, por mejor decir, el suyo, pues a tan buen tiempo nos provee de lo que tenemos tanta necesidad. La comarca toda está en nuestro favor, no podemos dexar de tener gran esperanza de la victoria, pues, a lo que yo puedo alcanzar, hemos hecho todo nuestro deber. Estos están tan rebeldes que ahora que pueden menos están con mayor determinación de morir que nunca, ni sé yo de lo que he leído e oído que haya en el mundo, generación tan empedernida y porfiada. Todos los medios que he podido, como, señores, habéis visto, he buscado para quitarnos a nosotros de peligro y a ellos de no destruillos y acaballos; no ha aprovechado decirles que no levantaremos los reales, ni los bergantines cesarán de darles guerra, y que [ya] destruimos a los de Matalcingo y Marinalco, de donde pensaban ser socorridos, y que ya no tienen de dónde les pueda venir socorro ni de do proveerse de maíz, carne, fructas ni aun agua; y cuanto más destas cosas les decimos, menos muestras vemos en ellos de flaqueza, antes, en el pelear y en todos sus ardidés los hallamos con más ánimo que nunca. Siendo, pues, esto así y que nuestro negocio va muy a la larga y que ha más de cuarenta y ocho días que estamos en este cerco, abriendo los enemigos de noche lo que nosotros cegamos de día, y que a cabo de tantos días no hemos hecho más que trabajar e derramar nuestra sangre y perder nuestros compañeros, que es lo que más siento, determino, como ya con vosotros, señores, y con los Capitanes tlaxcaltecas tengo acordado, de no dar paso sin que de la una parte o por la otra asolemos las casas, haciendo de lo que es agua tierra firme, y dure lo que durare, que peor es, no haciendo nada, consumirnos y acabarnos, y para esto llamaré a todos los señores y principales nuestros amigos; decirles he que luego hagan venir mucha gente de sus labradores y que traigan sus coas (coas son unos palos que sirven de azadones) para que derrocando las casas, echen la tierra y adobes en las acequias, dexando rasas las calzadas, para que los caballos puedan correr” (*Crónica*, Lib. V, cap. CLXXV, 729-730).

El cronista ha representado bien en este relato varios puntos fundamentales: el primer punto del plan de Cortés es el hacer una memoria del tiempo transcurrido desde el comienzo del asedio, es decir más de cuarenta y ocho días, que nos permite calcular el momento en que Cortés va a cambiar su estrategia en el asedio. Hay que calcular que desde la salida de México, el 30 de junio de 1520, y después de la batalla de Otumba, del 14 de julio del mismo año, el ejército español debió transcurrir varias semanas en Tlaxcala para reponerse de las heridas y luego en Texcoco, preparando el asedio a Tenochtitlan. También hay que sumar el tiempo empleado en la construcción de los trece bergantines en Tlaxcala y Texcoco y, luego, la construcción de la zanca que de Texcoco a la laguna permitió el lanzamiento de los mismos bergantines. Según Clavijero el tiempo necesario para construir la zanca fue de unos cincuenta días (*Clavijero*, 394, n.19). Este período de unos cincuenta días de asedio al que se refiere Cortés, podrían situarse en medio de la guerra de reconquista de Tenochtitlan.

Según Clavijero, la “total ocupación de la ciudad y conquista del imperio mexicano fue el día 13 de agosto de 1521” (*Clavijero*, 417). De manera que podríamos calcular aproximadamente la fecha de este discurso de Cortés y del cambio de estrategia, teniendo en cuenta todos estos hechos. Ayudándonos de varias fuentes, además de las ya citadas, de la *Crónica* y de Clavijero, podríamos intentar de identificar una cronología de los hechos que determinaron este cambio de estrategia de Cortés, con un allanamiento de una parte de la laguna de Texcoco, para permitir a los caballos de moverse a su albedrío y volver a ser el arma decisiva de la conquista de la Nueva España. El cálculo de este período transcurrido entre la salida de Tenochtitlan y el ya citado cambio de estrategia por parte de Cortés debería partir de la fecha de la fiesta de San Juan de 1520 [24 de junio], fecha indicada por Bernal de la entrada en México, con otras fechas importantes: “Y fue nuestra entrada en México día de señor San Juan de junio de mil e quinientos y veinte años, fue nuestra salida huyendo a diez del mes de julio del dicho año, y fue esta nombrada batalla de Otumba a catorce del mes de julio” (*HV*, 490). El mismo conquistador e historiador afirma que Cortés dispuso un período de 22 días de convalecencia en Tlaxcala: “Y digamos cómo había ya veinte y dos días que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas” (*HV*, 497). Si hacemos un cálculo prudente, según estas fechas documentadas en Bernal, podríamos computar el total de estos días a una fecha alrededor de la primera semana de agosto de 1520. Para seguir calculando hasta llegar al cambio de estrategia por parte de Cortés, es necesario hacer referencia a varias fechas que afloran de manera indirecta. Por ejemplo, después de varias entradas, que incluyen las expediciones de Cortés a Tepeaca y Cachula (*HV*, 502-505) y a Saltocán (*HV*, 554-555) y de Gonzalo de Sandoval a Guaxtepeque (*HV*, 566) y Chalco (*HV*, 570-571), en una referencia a la primera expedición de Cortés, a los pueblos de Tepeaca y Cachula, Bernal, que participó en ella, observa que “seguida la victoria, allegáronse muchas indias e muchachos que se tomaron por los campos y casas, que hombres no curábamos de ellos, que los tlascaltecas los llevaban por esclavos” (*HV*, 504). También de la expedición de Sandoval se obtuvieron muchas indias, sobre las cuales los conquistadores, incluyendo a Bernal, no siempre lograron un repartimiento equitativo:

Como hobo llegado Gonzalo de Sandoval con su ejército a Tezcucó con gran presa de esclavos y otros muchos que se había habido en las entradas pasadas, fue acordado que luego se herrasen. Y desde que se hobo pregonado que se llevasen a herrar a una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas [esclavas indias] que habíamos habido para echar el yerro de su Majestad (que era una G, que quiere decir guerra), segund y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés, segund he dicho en el capítulo que dello habla, y creyendo que se nos habían de volver después de pagado el real quinto y que las apreciarían en cuánto



podían valer cada una pieza. E no fue así, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, según otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcucu, que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés y otras partes para los capitanes; y en la noche antes, cuando las tenían juntas, nos desaparecían las mejores indias. Pues como Cortés nos había dicho y prometido que las buenas piezas se habían de vender en el almoneda por lo que valiesen y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hobo buen concierto en ello, porque los oficiales del rey que tenían cargo dellas hacían lo que querían, por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor. Y desde allí adelante muchos soldados que tomamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que se habían huido (*HV*, 572).

En el relato de Bernal se puede entender que todas estas indias esclavas llegaron al real de los españoles como resultado de las expediciones mencionadas, todas ocurridas después de la salida de Tenochtitlan y del período de convalecencia en Tlaxcala, es decir desde la primera semana de agosto, período final de la convalecencia de los españoles en Tlaxcala, además del tiempo necesario para completar las expediciones de Cortés a Tepeaca, Cachula y Saltocán y de Sandoval a Guaxtepeque y Chalco, o sea, al así llamado “Pueblo Morisco” (*HV*, 550). Siguiendo el relato detallado de Bernal, que computa, después de los cinco días durante los cuales los tlaxcaltecas del general Chichimecatecle han descansado en Texcoco, debemos considerar lo de Cortés y su ejército, incluyendo a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olid, dos días peleando en Saltocán (*HV*, 555-556), otro día en Gualtitán, otro día en Tenayuca, y los “cinco días que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés tuvo batallas y reencuentros con los mexicanos y sus aliados” (*HV*, 560), otro día en Escapuzalco y de nuevo, otro día en Tacuba y, dice Bernal: “Y en las vistas nos alegramos mucho, porque había más de quince días que no habíamos sabido del Cortés ni de cosa que le hobiese acaescido” (*HV*, 560). Al cómputo de todos estos días hay que agregar cuatro días más: “Y a cabo de cuatro días que nuestro capitán reposaba y estaba dando prisa en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del norte a demandar paces y darse por vasallos de Su Majestad” (*HV*, 560). Pero el tiempo debió transcurrir más rápidamente si debemos creer a Bernal que nos dice que Cortés dio orden a Sandoval de ir en ayuda de los indios amigos de Chalco y Temascalco: “Y después de haber oído misa, en doce días del mes de marzo de mil e quinientos e veinte y un años, [Sandoval] fue a dormir a unas estancias del mismo Chalco, y otro día llegó por la mañana a Tamascalco” (*HV*, 564). Allí Sandoval se entera de una gran concentración de fuerzas aztecas en un pueblo cercano de nombre Guaxtepeque, se dirige hacia él “y antes de llegar a él le salen al encuentro sobre quince mil mexicanos y le comenzaban a cercar” a Sandoval y su ejército de “docientos soldados y veinte de caballo e diez o doce ballesteros y otros tantos escopeteros y nuestros amigos de

Tascalala e otra capitania de los de Tezcucó” (*HV*, 564). Los españoles y sus aliados se enfrentan a una fuerza azteca muy superior en números, pero Sandoval, a la invocación “¡Santiago, y a ellos!” logró desbaratarlos (*HV*, 565-571). Al cabo de estas expediciones, Bernal hace esa referencia que ya hemos recordado de la obtención de muchos esclavos, especialmente de mujeres (*HV*, 572). Entre otras referencias, en relación a la vuelta victoriosa de Sandoval, la que importa para el cálculo de cuándo decidió Cortés cambiar su estrategia y allanar Tenochtitlan para facilitar la carrera de los caballos, es la que Bernal hace a la época en que las esclavas indias se habían familiarizado con sus dueños: “como ya había dos o tres meses pasados, que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocían a los soldados” (*HV*, 573). En resumidas cuentas: cuando llegan a Tlaxcala, huyendo de Tenochtitlan, y victoriosos después de la batalla de Otumba, Cortés y su ejército se han quedado sin esclavos, pues el mismo Bernal hace una breve lista de los fallecidos:

Digamos agora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta qué tantos nos mataron, así en México como en puentes y calzadas, como en todos los rencuentros y en esta de Otumba, y los que mataron por los caminos. Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados [españoles], con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla, y estos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez; y mataron sobre mil y docientos tascaltecas. También quiero decir cómo en aquella sazón mataron a un Juan de Alcántara el Viejo, con otros tres vecinos de la Villa Rica [de la Veracruz] que venían por las partes del oro que les cabía, de lo cual tengo hecha relación en el capítulo que dello trata; por manera que también perdieron las vidas y aun el oro. Y si miramos en ello, todos comúnmente hobimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron; y si de los de Narváez murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, fue por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar (*HV*, 490-491).

Es muy dudoso que en esas circunstancias en que todos trataban de salvar su vida, los sobrevivientes se hubiesen preocupado por las esclavas indias. De manera que no se puede dudar que las esclavas indias a las que se refiere Bernal en el pasaje citado, deben haber llegado al real español al cabo de las entradas mencionadas, es decir, a la vuelta de Sandoval en el mes de marzo de 1521. Volvamos ahora a ese pasaje del cap. CXLIII de *HV*, en el que me parece posible identificar fechas que nos permitirían calcular el período durante el cual Cortés cambió de estrategia para permitir a la caballería castellana atacar y romper las filas de los guerreros aztecas. Bernal recuerda que a la vuelta de Sandoval con su ejército a Texcoco traía “gran presa de esclavos” (*HV*, 572). En el mismo párrafo Bernal muestra su resentimiento

por la manera en que Cortés y sus oficiales han substraído unas indias a los soldados, los cuales no hallaron más remedio que esconderlas: “Y desde allí adelante muchos soldados que tomamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que se habían huido” (*HV*, 572). Al comienzo del párrafo siguiente se refiere a que estas indias habían estado en el real por dos o tres meses pasados y que por ese tiempo, habiendo frecuentado la compañía de los soldados, se habían familiarizado con ellos y podían distinguir los que las trataban bien y los que no (*HV*, 573). Ya de por sí este pasaje adquiere importancia porque Bernal nos revela la dimensión social que las mujeres indias habían adquirido entre los españoles. Para la cuestión de identificar cuándo Cortés cambió de estrategia en el cerco de Tenochtitlan, debemos fijarnos en el momento en que Cortés, terminada la construcción de los trece bergantines, ordena el cerco de Tenochtitlan: “en pasando el día de Corpus Christi, habíamos de partir de aquella cibdad [de Texcoco] para ir sobre México a ponelle cerco” (*HV*, 603). Pues bien, teniendo en cuenta la cronología hasta ahora calculada, dos o tres meses después del 21 de marzo, fecha de la llegada de Sandoval con la gran presa de esclavos, se podría considerar que la preparación del cerco tuvo lugar en abril de 1521, pues la decisión de Cortés “de hacer alarde un día de Pascua” (*HV*, 603), excluye el mes de mayo. Y esto se confirma con la fecha que Bernal da para iniciar la marcha de dos capitanías, una de Alvarado y otra de Olid: “Y otro día que fueron trece de mayo de mil e quinientos y veinte y un años, salimos entrambas capitanías juntas, porque así el Cristóbal de Olí[d] como el Pedro de Alvarado habíamos de llevar un camino, y fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcuco” (*HV*, 612). El cerco de Tenochtitlan fue completado por Cortés en el momento en que Gonzalo de Sandoval ocupó Izta-palapa. Al ocupar Sandoval esta ciudad lacustre, Cortés lanzó un ataque contra las más de mil canoas que los aztecas habían armado contra los bergantines. De manera que el cerco comenzó con un ataque combinado por tierra y por la laguna y cuando muchas acequias se habían rellenado para permitir la carrera de los caballos para romper las filas de los guerreros aztecas. Un viento propicio ayudó el ataque de Cortés: “Y en aquel instante vino un viento muy recio y tan bueno, y con buena priesa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, manda Cortés embestir con la flota de canoas y transtornaron muchas dellas y se mataron y prendieron muchos indios, y las demás canoas se fueron a recoger entre las casas que estaban en la laguna, en parte que no podían llegar a ellas nuestros bergantines” (*HV*, 617). Durante varios meses el ejército español, compuesto por efectivos de tierra y de mar, entabló varias batallas con los aztecas que se defendieron muy bien. Cortés encontró gran dificultad en utilizar los caballos, por las acequias y las defensas que los aztecas utilizaban para dificultar el movimiento y la carrera de los caballos, además de esconder con pajas y

enramadas hoyos profundos donde se cayeran los caballos y jinetes. En la *Crónica*, en el capítulo CLXXV que ya hemos citado, nos enteramos del plan de Cortés de allanar las acequias y calzadas para permitir a los caballos correr y poder dar vueltas para desbaratar a los aztecas. Se dice allí que se rellenaron los canales, las acequias y se derribaron los puentes y se echó el material sacado de los edificios derruidos dondequiera que fuera necesario para que el terreno fuera accesible a los caballos para emprender sus carreras y ejecutar sus vueltas. Bernal, al describir el estado de Tenochtitlan después de su rendición el 13 de agosto de 1521, se detiene en la cantidad de muertos, con algunos sobrevivientes aún sepultados bajo los muertos y el aspecto de una ciudad arada: “Y víamos las casas llenas de muertos, y aun algunos pobres mexicanos entre ellos que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba. Y hallose toda la cibdad como arada y sacada las raíces de las yerbas buenas que habían comido y cocidas hasta las cortezas de algunos árboles, de manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada” (*HV*, 680). La de Bernal es la descripción de una ciudad arrasada, según el plan que hemos visto en el relato de la *Crónica*, capítulo CLXXV. Desde la *Noche Triste* del 30 de junio de 1520 al cambio de estrategia de Cortés debieron transcurrir varios meses, hasta abril-mayo de 1521, con el cerco de Tenochtitlan completado y la ofensiva final que le permitió a Cortés conquistar Tenochtitlan el 1º de agosto de 1521 (*Clavijero*, 417). En conclusión, en ocasión del ataque combinado de bergantines y fuerzas de tierra, desencadenado en abril de 1521, después del alarde en las Pascuas de 1521, Cortés se persuadió de la necesidad de allanar el terreno para permitir la acción decisiva de los caballos, estrategia que se debió realizar hacia fines de abril o primeros de mayo de 1521.

#### 4. Motolinía

En la *Crónica* se relatan durante el cerco de Tenochtitlan el desafío a los españoles del rey Cuauhtemoc y los desafíos entre éste rey y los tlaxcaltecas y la opinión que sobre ello tuvo Motolinía. Se relata en la *Crónica* que Cuauhtemoc, aunque fuera inclinado a la paz, por ser joven y percibir que la aristocracia estaba en contra de Cortés, se mostró muy adverso a los invasores:

Luego otro día por la mañana, sin que en otra cosa se entendiese, mudadas las ropas, el rey Guatemucín con todos los principales de su consejo se fue al templo, a aquella parte dél donde estaban los dioses de la guerra, el cual, aunque mancebo, iba con harto mayor cuidado que su edad demandaba, revolviendo en su pecho grandes cosas e inclinándose, a lo que después dél se entendió, más a hacer algún concierto con Cortés, que a romper con él, temiéndose de lo que después le sucedió;

pero por no dar su brazo a torcer, viendo que los más de los suyos eran de parecer contrario, como entró en el templo, mandó luego sacrificar cuatro españoles que tenía vivos y enjaulados, los cuales murieron como cristianos, dando gracias a Dios que morían por su fee. Mandó luego, después que los sacerdotes, con gran ceremonia y contento, les hubieron sacado los corazones y ofrecídoslos a los ídolos, que se hiciese el acostumbrado sacrificio de indios, donde, según la más común opinión, fueron sacrificados cuatro mil. Hecho este sacrificio, o por mejor decir, carnicería, hizo su oración al demonio, el cual dicen que le respondió que no temiese a los españoles, pues vía cuán pocos eran y tenía entendido ser mortales como él, y que tampoco se le diese nada por los indios que con ellos venían, porque no perseverarían en el cerco, y que al mejor tiempo se irían, que no era creíble que aunque eran sus enemigos, no lo fuesen más de los españoles, que en todo les eran contrarios, e que con grande ánimo saliese a ellos y los esperase, porque él también ayudaría a matarlos, pues le eran tan enemigos. Con esta respuesta tan falsa y tan mentirosa, como dada por el padre de mentira, Guatemucín salió muy contento; mandó alzar las puentes, hacer albarradas, meter bastimentos, velar la ciudad, armar cinco mil canoas. Con esta determinación y aderezo estaba cuando llegaron Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid a combatir las puentes e a quitar el agua a México, e así confiado en aquella respuesta, no los temió, antes, teniéndolos en poco, los amenazaba, diciendo: “Malos hombres, robadores de lo ajeno; presto perderéis lo ganado y la furia, si porfiáis, en vuestra locura. Con vuestra sangre aplacaremos a nuestros dioses y la beberán nuestras culebras, y de vuestra carne se hartarán nuestros tigres y leones, que ya están cebados con ella”; e a los tlaxcaltecas, que era cosa de reír, decían a unos: “Cornudos, esclavos, putos, gallinas, traidores a vuestra nación y a vuestros dioses, pues sois tan locos que no os arrepentís de vuestro mal propósito, levantándoos contra vuestros señores; aquí moriréis mala muerte, porque, o vos matará la hambre, o nuestras espadas, o vos prenderemos y comeremos, haciendo de vosotros sacrificio, en señal del cual os arrojamos esos brazos y piernas de los vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos, con promesa que os hacemos de no parar hasta ir a vuestra tierra y asolar vuestras casas y no dexar hombre ni mujer en quien reviva vuestra mala casta y linaje” (*Crónica*, Lib. V, cap. CXIX, 663-664).

Es éste uno de los tantos denuestos y desafíos que precedían las batallas en la conquista de la Nueva España. Lo notable de este relato es el rol del joven rey Cuauhtemoc. El cronista relata la reacción de los tlaxcaltecas y la opinión de Motolinía sobre este episodio:

Los tlaxcaltecas, que se tenían por más valientes, riéndose de estas bravezas, les respondían: “Más os valdría daros, que porfiar en resistir a los cristianos, que sabéis cuán valientes son, y a nosotros, que tantas veces os hemos vencido, y si porfiáis en vuestra locura, no amenacéis como mujeres, y si sois tan valientes como presumís, haced y no habléis, porque es muy feo blasonar mucho y llevar luego en la cabeza; dexad de injuriarnos y hablar de talanquera y salid al campo y en él veremos si hacéis lo que decís, y estad ciertos que ya es llegado el fin de vuestras maldades y que se acabará muy presto vuestro tiránico señorío, y aun vosotros, con vuestras casas,

mujeres e hijos, seréis destruídos y asolados, si con tiempo, como os avisamos, no mudáis de parecer”. Estas y otras muchas palabras pasaron entre los mexicanos y tlaxcaltecas, aunque hubo también obras, por los desafíos y recuentros que entre ellos pasaron, en los cuales las más veces se aventajaban los mexicanos. Ahora, viniendo a lo aparecer del demonio, diré lo que Motolinía escribe, que con cuidado de muchos años lo escribió después de haberlo bien inquirido, e yo con esta mi Crónica deseo dar a cada uno lo que es suyo. Dice, pues, y así es probable, que el demonio no aparecía a los indios, o que si les aparecía era muy de tarde en tarde, y que los sacerdotes, por su interés y por atraer a los señores y al pueblo al culto y servicio de sus dioses, fingían que el demonio se le aparecía y hablaban con él, y así nunca decían al pueblo sino cosas de que recibiese contento, para que ofreciese sus ofrendas e intereses, los cuales tienen gran mano en las cosas sagradas, cuanto más en las profanas, de adonde es de creer que los sacerdotes que entonces estaban en el templo, porque no cesase su falsa religión y grande interés, o fingieron que el demonio decía que se hiciese la guerra, o usaron de alguna maña y ardid para que hablando ellos pareciese hablar el demonio, especialmente entendiendo que los más de la ciudad estaban inclinados a que la guerra se hiciese (*Crónica*, Lib. V., cap. CXX, 664-665).

De acuerdo a este resumen de la opinión de Motolinía, se entiende que sigue en pie la creencia en el demonio, pero que los sacerdotes engañaban al pueblo fingiendo una comunicación falsa y fruto de una manipulación hábil y solemne, pues se hacía en el templo, una manipulación concebida para fortalecer el partido en favor de la guerra.

## 5. El volcán Popocatépetl<sup>36</sup>

Como cita conclusiva de esta selección de la *Crónica* de Cervantes de Salazar me parece oportuno incluir el relato del ascenso al volcán Popocatépetl, segundo ascenso de europeos a este volcán, como veremos. De acuerdo al relato de la *Crónica*, la razón del ascenso fue la falta de pólvora de los españoles y el deseo de Cortés, tras la victoria y ocupación de Tenochtitlan, de explorar y conquistar el territorio que se abría delante de los conquistadores. Sin pólvora con que armar sus escopetas, lombardas y falconetes, la conquista de los vastos territorios de la Nueva España se quedaría un plan ambicioso pero no asequible. De manera que Cortés llamó a Montaña, que ya había subido al volcán Pico de la Teida de Tenerife y a Mesa, su artillero. Acompañados por dos o tres compañeros, a dos de los cuales el cronista identifica como Peñalosa, capitán de peones y un Juan Larios. Como anticipé, era este ascenso el segundo de los españoles, pues el primero, según Bernal, lo hizo Diego de Ordás,

<sup>36</sup> El editor Serés explica: Se trata, en realidad, de un nombre descriptivo, pues Popocatépetl significa “montaña que humea”, de *popola* “humear, echar humo” + *tépetl* “montaña” (*HV*, 269, Nota 11).

un ascenso aparentemente motivado por la curiosidad de este conquistador en explorar algo enteramente novedoso, nunca realizado antes. Hay que subrayar que el ascenso relatado por Bernal es una hazaña anterior a la victoria y conquista de Tenochtitlan, mientras que el relato de la *Crónica* le sigue y ocurre cuando la conquista de Tenochtitlan está asegurada:

Y es que el volcán que está cabe Guaxocingo echaba en aquella sazón que estábamos en Tascala mucho fuego, más que otras veces solía echar, de lo cual nuestro capitán Cortés y todos nosotros, como no habíamos visto tal, nos admiramos dello. Y un capitán de los nuestros que se decía Diego de Ordás tomóle cobdicia de ir a ver qué cosa era y demandó licencia a nuestro general para subir en él, la cual licencia le dio, y aun de hecho se lo mandó, y llevó consigo dos de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo. Y los principales que consigo llevaba poníanle temor con decille que desde estuviese a medio camino de Popocatepeque, que ansí llaman aquel volcán, no podría sufrir el temblor de la tierra ni llamas y piedras ni ceniza que dél sale, e que ellos no se atreverían a subir más de adonde tienen unos cúes de ídolos que llaman los teules de Popocatepeque. Y todavía el Diego de Ordás, con sus dos compañeros, fue su camino hasta llegar arriba, y los indios que iban en su compañía se le quedaron en lo bajo, que no se atrevieron a subir. Y parece ser, según dijo después el Ordás y los dos soldados, que, al subir, que comenzó el volcán de echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra y montaña adonde está el volcán, y que estuvieron quedos sin dar más paso adelante hasta de ahí a una hora, que sintieron que había pasado aquella llamarada y no echaba tanta ceniza ni humo, y que subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha, y que habría en el anchor un cuarto de legua, y que desde allí se parecía la gran cibdad de México y toda la laguna y todos los pueblos que están en ella poblados. Y está este volcán de México obra de doce o trece leguas. Y después de bien visto, muy gozoso el Ordás e admirado de haber visto a México y sus ciibdades, volvió a Tascala con sus compañeros (*HV*, 269-270).

El relato de la *Crónica* refiere un ascenso al Popocatépetl para obtener azufre con el que hacer pólvora para las armas de fuego, como Cortés explica a sus capitanes y soldados:

Ganado ya México y despachados los procuradores, como está dicho, Cortés se retiró a Cuyoacán, donde se comenzó a informar de los reinos y provincias que quedaban por conquistar, y como para tan alto y engrandescido pensamiento, era menester pólvora, sin la cual no se podía hacer la guerra, porque la que había traído y la que le había venido se había acabado, pensaba, como el que tan gran máquina traía sobre sus hombros, qué modo tendría para socorrer a tan estrecha nescesidad; e así, parte por la nescesidad (que es maestra de ingenios), como porque era muy sagaz, dio en que no podía dexar de haber azufre en el volcán, que está doce leguas

de México, de que atrás tenemos hecha mucha mención, por el grande humo y fuego que dél vía salir muchas veces, y como el principal material para la pólvora era el azufre, llamó a algunas personas de quien para aquel efecto tenía crédito; rogóles subiesen al volcán, e díxoles que si le traxesen azufre, serían dél muy bien galardonados, los cuales fueron, y como la subida era tan agria y tan larga, se volvieron sin hacer nada, desconfiados de que ellos ni otros podrían subir. Fue cosa que a Cortés dio gran pesar, pero como la necesidad le forzaba a no dexar cosa por probar, llamó a Montaña y a Mesa, su artillero, a los cuales dixo así: “Amigos y hermanos míos: ya sabéis que no tenemos pólvora, y que sin ella ni nos podemos defender, ni conquistar un mundo nuevo que nos queda, de que podamos ser señores, y nuestros descendientes para siempre queden ennoblescidos; temo en gran manera que los indios, así amigos como enemigos, sepan la falta que de pólvora tenemos, porque a sola la artillería y los caballos temen como furia del cielo. También sabéis los muchos hombres que he enviado a que suban al volcán, para traer azufre, que no puede dexar de haberlo, que no solamente no han hecho nada, pero desmayan a mí e a los demás, como si hubiese cosa en el mundo tan dificultosa que hombres de seso y esfuerzo no la puedan acabar (...) Movié a Cortés llamar a Montaña saber que había subido en la isla de Tenerife al volcán que en ella hay que se llama el Pico de Teida (...) Luego con toda presteza se aderezaron los dos para la partida, llevando consigo tres compañeros, uno de los cuales se decía Peñalosa, Capitán de peones, y el otro Joan Larios. Tomaron treinta y seis brazas de guindalesa en dos pedazos, que pesaban dos arrobas, y un balso de cáñamo para entrar en el volcán, e cuatro costales de anejo, aforrados en cuero de venado curtido, en que se traxese el azufre. Fuese Cortés con ellos hablando hasta salir de la ciudad de Cuyoacán, donde estaba asentado el real; díxoles muchas y buenas palabras, viendo en ellos la buena gana y determinación con que iban (...) Fueron con ellos muchos señores y principales de aquellas provincias, acompañados de más de cuarenta mil hombres, por ver si eran otros de los que antes habían pasado y vuelto sin hacer nada, y como vieron que eran otros, determinaron de hacer sus ranchos alrededor del volcán, para ver si aquellos españoles eran tan valientes que hiciesen lo que todos los otros no habían hecho, ni ellos jamás, habían visto ni oído. Montaña y los otros sus compañeros, acordando de subir aquel mismo día, anduvieron mirando por donde mejor podrían subir, y siendo poco más de mediodía, encomendándose de todo corazón a Dios, llevando a cuestras las dos guindalesas, el balso y costales e una manta de pluma, que los indios llaman pelón, para cubrirse con ella donde la noche los tomase, comenzaron a subir mirándolos infinidad de indios, abobados y suspensos, diciendo entre sí diversas cosas, desconfiando los unos y teniendo confianza los otros. En esto, y habiendo subido la cuarta parte del volcán con muy gran trabajo, aunque con muy gran ánimo, les tomó la noche, y como en aquel tiempo y en aquel altura era tan grande el frío que no se podía sufrir, pensando si se volverían a baxar a tener la noche en lo más baxo del volcán, acordaron de abrir el arena y hacer un hoyo donde todos cupiesen, e tendidos y cubiertos con la manta pudiesen defenderse del frío, e así, a una, desviando el arena hasta en hondura de dos palmos, e dieron luego en la peña, de que es todo el volcán, salió luego tan gran calor y con él tan gran hedor de azufre, que era cosa espantosa, pero como era más insufrible el frío que el calor y hedor que salía, tendiéndose todos juntos, tapando las narices, calentaron, y no pudiendo ya más sufrir el calor y el hedor,



levantándose a la media noche, acordaron de proseguir la subida, que era tan dificultosa que a cada paso iban ofrescidos a la muerte. Y así como iban a oscuras y los hielos tan grandes, deslizando uno de los compañeros, cayó en un ramblazo, más de ocho estados en alto, e vino a encaxarse en medio de unos grandes hielos de carámbanos tan duros como acero, que a quebrarse fuera rodando mas de dos mil estados abaxo; dióse muchas heridas, comenzó a dar grandes voces a lo compañeros, rogándoles que le ayudasen. Los compañeros acudieron con harto riesgo de caer; echáronle la guindalesa con una lazada corrediza, que con mucha dificultad metió por debaxo de los brazos e con muy mayor [dificultad], ayudándose con los pies e las manos e diciendo que tirasen, le pudieron sacar, lleno de muchas heridas. Viéndose así, desta manera, casi perdidos, no sabiendo qué hacerse, porque de cansados no se podían menear, encomendándose a Dios, determinaron de no pasar adelante, sino esperar que amanesciese, que a tardar algunas horas más de salir el sol, no quedara hombre vivo, según ya estaban helados del grandísimo frío que hacía. En el entretanto, vueltos los rostros los unos a los otros, con el vaho de la boca calentaban las manos, haciéndose calor los unos a los otros, teniendo los pies y piernas tales que no los sentían de frío. Salido el sol, esforzándose lo mejor que pudieron, comenzaron a proseguir la subida, e a cabo de media hora poco más salió gran humareda del volcán, envuelta con gran fuego; despidió de sí una piedra encendida, del tamaño de una botija de una cuartilla; vino rodando a parar donde ellos estaban, que pareció enviársela Dios para aquel efecto; pesaba muy poco, porque con la manta la detuvieron, que a tener peso, según la furia que llevaba, llevaría tras sí al que la detuviera. Calentáronse a ella de tal manera que volvieron en sí; tomando nuevo esfuerzo y aliento (como suelen españoles con pequeño socorro), prosiguieron la subida, animándose y ayudándose unos a otros, y no pudieron tanto perseverar en el trabajo, que el uno dellos de ahí a media hora no desmayase. Es de creer que debía de ser el que cayó. Dexáronle allí los demás, diciéndole que se esforzase, que a la vuelta volverían por él, el cual, encomendándose a Dios, porque le parecía que ya no tenía otro remedio, les dixo que hiciesen el deber, que poco iba que negocio tan importante costase la vida a alguno. Ellos fueron subiendo, aunque con pena, por dexar al compañero, e a obra de las diez del día llegaron a lo alto del volcán, desde lo alto de la boca del cual descubrieron el suelo, que estaba ardiendo, a manera de fuego natural, cosa bien espantosa de ver. Habrá desde la boca hasta donde el fuego parece ciento y cincuenta estados. Dieron vuelta alderredor, para ver por dónde se podría entrar mejor, y por todas partes hallaron tan espantosa y peligrosa la entrada, que cada uno quisiera no haber subido, porque estaban obligados a morir, según habían prometido, o no volver donde Cortés estaba; y como en los hombres de vergüenza puede más el no hacer cosa fea, que el peligro, por grande que sea, determinaron, por no echar la carga los unos a los otros, de echar suertes cuál dellos entraría primero. Cúpole la suerte a Montañaño (...). Entró, pues, Montañaño, colgado de una guindalesa, en un balso de cáñamo, con un costal de anejo, aforrado con cuero de venado, catorce estados dentro del volcán; sacó de la primera vez casi lleno el costal de azufre, y desta manera entró siete veces hasta que sacó ocho arrobas y media de azufre. Entró luego otro compañero, y de seis veces que entró sacó cuatro arrobas poco más, de manera que por todas eran doce arrobas, que les pareció que bastaban para hacer buena cantidad de pólvora, y así determinaron de no entrar más, porque, según me dixo Montañaño,

era cosa espantosa volver los ojos hacia abaxo, porque aliende de la gran profundidad que desvanecía la cabeza, espantaba el fuego y la humareda que con piedras encendidas, de rato en rato, aquel fuego infernal despedía, y con esto, al que entraba, para aumento de su temor, le parecía que o los de arriba se habían de descuidar, o quebrarse la guindalesa, o caer del balso, o otros siniestros casos, que siempre trae consigo el demasiado temor (*Crónica*, Lib. VI, caps. VII-X, 722-777).

Con gran coraje y cuidado, vuelven Montaña y sus compañeros desde la boca del volcán, trayendo bastante cantidad de azufre que, una vez depurado, dio tanta pólvora cuanto Cortés necesitaba para defender y fortalecer su conquista, hasta que le llegó más pólvora gracias a los navíos que la trajeron con otras provisiones. Al bajar, el grupo de Montaña encontró el compañero que se había desmayado, vivo aún, pero muy débil. Le ayudaron a bajar y fueron recibidos en triunfo por los indios que los estaban esperando al pie del volcán. El cronista, que oyó el relato de la boca de Montaña, concluye: “Díxome Montaña muchas veces que le parecía que por todo el tesoro del mundo no se pusiera otra vez a subir al volcán y sacar azufre, porque hasta aquella primera vez le parecía que Dios le había dado seso y esfuerzo, y que tornar sería tentarle; y así, hasta hoy jamás hombre alguno ha intentado a hacer otro tanto, de donde, como otras veces tengo dicho, se puede bien entender haber sido la conquista deste Nuevo Mundo milagrosa, y por eso los que le conquistaron dignos de gran premio y de otro coronista de mayor facundia que la mía” (*Crónica*, Lib. VI, cap. XI, 779).

## V. MÉXICO EN 1554

Otra obra de Cervantes de Salazar que deberíamos recordar aquí es *México en 1554*, obra concebida, en parte, en México, originalmente en Latín, con el título original de *Commentaria in Ludovici Vives Excertitationes Linguae Latinae. A Francisco Cervantes de Salazar. Mexici, apud Joannem Paulum Brisemsem, 1554*. He podido leer el original, único ejemplar, propiedad de la Biblioteca de la University of Texas en Austin. Se explica en la nota del bibliotecario puesta al ejemplar, que éste perteneció a D. José María de Andrade y luego al gran polígrafo mexicano D. Joaquín García Icazbalceta, antes de terminar en los fondos de la Biblioteca de la University of Texas en Austin. La obra que pertenece a la biblioteca de esta universidad inicia con la dedicatoria de Cervantes de Salazar a la Universidad de México, de la que este humanista fue rector desde el 10 de noviembre de 1567 hasta el 10 de noviembre del año siguiente y desde el 10 de noviembre de 1572 hasta el 10 de noviembre de 1573. Le sigue una biografía de Vives. Sigue la portada de la obra: *Francisci Cervantis Salazari Toletani, ad Ludovici Vives Valentini, Excertitationem, aliquot Dialogi, 1554*. Sigue la dedicatoria del autor

que dedica los diálogos al arzobispo de México fray Alonso de Montúfar. El contenido del libro consta de una biografía de Vives, de los diálogos de Vives con el comentario de Cervantes de Salazar y de los siete diálogos latinos del mismo: los primeros cuatro diálogos Cervantes ya los había compuesto en España; se trata de obras sobre juegos. Los últimos tres diálogos, Cervantes de Salazar los compuso en México, donde había llegado en 1550, invitado por su primo hermano Alonso de Villaseca. Al final del “Diálogo séptimo,” *Juego de pelota a mano*, Cervantes de Salazar ha puesto un “Apéndice segundo” que consiste en una *Descripción de la ciudad de México*, que, según Edmundo O’Gorman, se compuso en 1554 y que luego el autor integró en su *Crónica*, en los capítulos 24 y 25 del Libro IV,<sup>37</sup> y de la que ofrezco los párrafos finales:

Está puesta toda esta ciudad con la población de indios muy en llano; rodéanla a tres y a cuatro leguas muchos montes y sierras; los campos que están a las vertientes son muy llanos, muy fértiles, alegres y sanos, por los cuales corren diversas aguas y fuentes. Hay en ellos muchos pueblos de indios con muy buenos templos y monesterios. Cógese mucho trigo y maíz, e hay muchas moliendas y ganado menor. Es tierra de caza y la laguna de mucha pesca, porque hay poca en los ríos. Tiene ejidos, donde pascen todo género de ganados. A media legua, entre las huertas, tiene un bosque cercado, con una muy hermosa fuente de donde viene el agua a la ciudad; llámase Chapultepec. Don Luis de Velasco, visorrey desta Nueva España, hizo una casa; sobre la casa, aunque pequeña, muy buena y sobre lo alto del bosque edificó él mismo una capilla redonda, la cosa más graciosa y de ver que de su tamaño hay en toda la ciudad; tiene sus petriles alderredor, de donde se parece toda la ciudad, laguna, campos y pueblos, que verdaderamente es una de las mejores vistas del mundo. Hay en este bosque muchos conejos, liebres, venados y algunos puercos monteses. Ciérrase todo el bosque con una puerta fuerte, sobre la cual puse yo esta letra: *Nemus edifitio et amenitate pulchrum delitias populi Ludovicus Velas-cus, hujus provinciae prorex, Caesari suo consecrat*, que quiere decir: “Don Luis de Velasco, visorrey desta provincia, dirige al Emperador, su señor, este bosque, en edificio y frescura, hermoso pasatiempo de la ciudad.” Esta y otras muchas cosas señaladas tiene la muy insigne, muy leal y muy nombrada ciudad de México, de donde han salido y salen los capitanes y banderas que en nombre de Su Majestad han conquistado y conquistan, como en su lugar diré, todas las demás provincias que hasta ahora están sujetas a la corona real de Castilla. Y porque ya es razón, por la gran digresión que he hecho, que ha parecido ser necesaria, volver al contexto de la obra y historia, proseguiremos lo que más avino a Cortés estando en México (*México en 1554*, 170-171).<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Véase Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y Tímulo Imperial*, México, Porrúa, 1963, “Prólogo,” de Edmundo O’Gorman, p. xl, donde sugiere como fecha de composición de la *Crónica* los años de 1557 a 1564; del mismo, *Crónica*, Lib. IV, caps. XXIV-XXV, 321-326. Referencias con la abreviación *México en 1554*, seguida del número de páginas en paréntesis.

<sup>38</sup> Véase *Crónica*, pp. 325-326.

Esta obra tiene importancia como documento de la transformación y desarrollo que los españoles habían logrado, al hacer de Tenochtitlan la capital de la Nueva España, con el nombre de México, nombre que aún conserva en la actualidad.

## VI TEATRO: ALARCÓN, MORALISTA DEL SIGLO DE ORO

Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza (Tasco, México, 1580 – Madrid, 1639) se considera por la crítica el único moralista del teatro del siglo de oro y un precursor de Molière y de Goldoni. Probablemente llegó a España en la última década del siglo XVI, o primera del siglo XVII. En 1621 ya había estrenado en Madrid 8 comedias. Entre ellas, se incluyó *Las paredes oyen*, una de las mejores. En 1628 consiguió el puesto de Relator del Consejo de Indias. Falleció el 4 de agosto de 1639. Don Juan Eugenio Hartzenbusch opina que, ante la carencia de datos biográficos, se deban entresacar estas noticias de las obras de Alarcón: “era necesario saber punto por punto la vida de Don Juan Ruiz de Alarcón (...), pero por desgracia, poquísimas son las noticias que de él han llegado a nosotros (...), forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos.”<sup>39</sup> Algunas de sus comedias, como *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*, representan, además de una trama compleja y bien estructurada en escenas y actuación de personajes creíbles, una libertad que sólo veremos en el teatro romántico y contemporáneo, o sea, la superación de las tres unidades clásicas de tiempo, lugar y acción. Con esta innovación percibimos una visión crítica de la sociedad y una valoración de la mujer, ambas características que, si no abiertamente, soslayan un sentimiento de rebelión del autor a prejuicios sociales que por mucho tiempo dominaron la sociedad europea y que se transfirieron a América. En estas comedias, también como resultado de esta nueva concepción del teatro, percibimos un dinamismo que, a pesar del anacronismo, podríamos definir *cinemático*, como oportunamente señalaremos.

### D). *Las paredes oyen*

En *Las paredes oyen*, cuyo escenario es Madrid, Don Juan, el galán, enamorado de doña Ana, una bella viuda, dice a Beltrán, el gracioso: “Tiéneme desesperado, // Beltrán, la desigualdad, // sino de mi calidad, // de mis partes y mi estado. // La hermosura de doña Ana, // el cuerpo airoso y gentil, // bella emulación de abril, //

<sup>39</sup> Véase “Prólogo” de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, *Comedias de Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, Madrid, BAE, 1946, pp. XIV-XV. Referencias con la abreviación *Prólogo*, seguida de las páginas. Referencias a *Las paredes oyen* con la abreviación *Paredes*, y a *La verdad sospechosa* con la abreviación *Verdad*, seguidas del acto, la escena y las páginas.

dulce envidia de Diana, // Mira tú, ¡cómo podrán // dar esperanza al deseo // de un hombre tan pobre y feo // y de mal talle, Beltrán!” (*Paredes*, I, i, 43). Podríamos considerar este pasaje como una alusión a la propia condición física del autor que el mismo ilustre crítico describe de la manera siguiente: “es que el infeliz Alarcón era pequeñuelo, feo, y corcovado por la espalda y el pecho” (*Prólogo*, xv). La respuesta de Beltrán nos sugiere otra alusión, enmarcada en la comicidad asociada con este personaje: “A un Narciso cortesano // Un humano serafín // Resistió un siglo, y al fin // La halló en brazos de un enano. // Y si las historias creo // Y ejemplos de autores graves // (Pues aunque sirviente, sabes // que a ratos escribo y leo) // Me dices que es ciego amor, // Y sin consejo se inclina: // Que la emperatriz Faustina // Quiso un feo esgrimidor; // Que mil injustos deseos, // Puestos locamente en ella, // Cumplió Hippias, noble y bella, // de hombres humildes y feos” (*Paredes*, I, i, 43). Hasta el detalle del nombre y apellido del galán, que el gracioso no deja de subrayar, podría adquirir un dejo autobiográfico, si seguimos la perspectiva señalada por Hartzembusch: “¿No eres don Juan de Mendoza? // Pues doña Ana, ¿qué perdiera // Cuando la mano te diera?” (*Paredes*, I, i, 43). El malentendido amoroso, tema tradicional del teatro renacentista, tiene su origen en la reticencia de don Juan a revelar a doña Ana su pasión y la dureza con la que la bella viuda le castiga por la falta de atrevimiento del galán, que se refugia en la retórica del piropo alusivo, sin declararse abiertamente. Con su elocuencia barroca y conceptista don Juan, por un lado, espera conmover a doña Ana y, por el otro, pretende anticipar el rechazo de la viuda que, cansada de la retórica estéril de su admirador le exige, sin rodeos, que se declare: “Tened, don Juan. Esto ¿para // Todo en que amor me tenéis?” (*Paredes*, I, v, 44). Incapaz de dar una respuesta clara, don Juan confirma su torpeza, pues, lejos de admitir su pasión, pretende anticipar la negativa de doña Ana que porfía en acorralarle:

*D. Ana*: “¿Para en pedirme que os quiera?”

*D. Juan*: “No llega, señora, ahí; // Que no hay méritos en mí // Para que a Tal me atreviera” (*Paredes*, I, v, 44).

El diálogo entre los dos se desarrolla con este contrapunto de requiebros amagados del galán, que se estrellan contra la lógica implacable de la dama que le recuerda: “¿No decís que vuestro intento // No es pedirme que yo os quiera, // Porque atrevimiento fuera?” (*Paredes*, I, v, 45). El galán es tan torpe, que no hace más que reafirmar su sentimiento de inferioridad ante la viuda que le deja allí desesperado:

*D. Ana*: “¿No decís que no tenéis // Esperanza de ablandarme?”

*D. Juan*: “Yo lo he dicho.”

*D. Ana*: “Y que igualarme // En méritos no podéis, // ¿Vuestra lengua no afirmó?”

*D. Juan*: “Y lo he dicho de ese modo.”

*D. Ana:* “Pues si vos lo decís todo, // ¿Qué queréis que os diga yo?” (*Paredes*, I, v, 45).

Yéndose doña Ana y dejando al galán sin palabras se crea una situación de suspenso para este último que se queja con Beltrán de su infelicidad, enmarcando sus quejas en un estilo conceptista heredado de Quevedo:

*D. Juan:* “Beltrán, // La verdad huyo; a la esperanza pido // Engaños que alimenten mi deseo; // Eternos contra mí imposibles veo; // Nado en un golfo, ni de un leño asido. // Con el vuelo de amor más atrevido // No subo un paso; y aunque más peleo, // Al fin vencido soy de lo que creo, // Vencedor solo en lo que soy vencido. // Así desesperado, vitorioso // Niego al deseo engaños, y a la gloria // Más vivo anhelo, si su muerte sigo. // ¡Triste, donde es el esperar forzoso, // Donde el desesperar es la vitoria, // Donde el vencer da fuerza al enemigo!” (*Paredes*, I, vi, 45).

Lo cual el gracioso Beltrán comenta agregando una nota de realismo cómico: “¡Triste, donde es forzoso andar contigo, // Donde hallar de comer es gran vitoria, // Donde el cenar es siempre de memoria!” (*Paredes*, I, vi, 45).

Don Mendo, el otro galán, que con don Juan y con el joven Duque compiten por el afecto de la bella viuda, planea aprovecharse de doña Ana, creyendo poder engañarla después de persuadir al Duque que la viuda es una mujer intrigante y maliciosa, no se percatando que acaba de llegar en la calle Mayor de Madrid, bajo los balcones de la residencia de doña Ana que desde allí escucha, con su criada Celia, las mentiras que don Mendo desliza en el oído del Duque. Todos los personajes se aprestan a festejar la fiesta de San Juan Bautista, hacia fines de Junio, en pleno verano, mientras en Madrid la juventud se divierte jugando a la pelota y yendo a los toros. Enterado de la belleza de la viuda, el joven Duque quiere conocerla. Don Juan la alaba, mientras don Mendo, resentido y celoso, quiere describir la viuda, fingiendo muchos defectos físicos y morales, concebidos para que el Duque se desinterese:

*Duque:* “¿Cuyos son estos balcones?”

*D. Juan:* “De doña Ana de Contreras: // El sol por sus vidrieras // Suele abrazar corazones.”

*D. Ana:* “Escucha [Celia], que hablan de mí.”

*Duque:* “¿Es la viuda de Siqueo?”

*D. Juan:* “La misma”

*Duque:* “Verla deseo.”

*Don Mendo:* “Pues agora no está aquí. // (*Ap.* Ni yo en mi, que estoy sin ella.)”

*Duque:* “¿Dónde fue?”

*D. Mendo:* “Velando está // A san Diego en Alcalá.”

*Duque:* “La fama dice que es bella.”

*D. Juan:* “Pues por imposible siento // Que en algo la haya igualado // El dibujo que ha formado // La fama en tu pensamiento; // Que en belleza y bizarría, // En virtud y discreción, // Vence a la imaginación, // Si vence a la noche el día.”

*D. Mendo:* “(Ap. ¡Plega a Dios que esta alabanza // No engendre en el Duque amor! // Que con tal competidor // Mal vivirá mi esperanza. // Yo quiero decir mal della // Por quitar la fuerza al fuego.) // Ciego sois o yo soy ciego, // O la viuda no es tan bella. // Ella tiene el cerca feo, // Si el lejos os ha agradado; // Que yo estoy desengañado, // Porque en su casa la veo.”

*Duque:* “¿Visitaisla?”

*D. Mendo:* “Por pariente // Alguna vez la visito; // Que si no, fuera delito, // Según es de impertinente.”

*D. Ana:* “¡Ah traidor!”

*D. Mendo:* “Si el labio mueve // Su mediano entendimiento, // Helado queda su aliento // Entre palabras de nieve.”

*Beltrán (Ap.):* “Ya escampa.”

*D. Juan (Ap. a Beltrán):* “¿Qué trate así // Un caballero a quien ama?”

*Beltrán:* “Esto dice de su dama: // Mira ¡qué dirá de ti!”

*D. Mendo:* “Pues la edad no sufre engaños, // Aunque la tez resplandece.”

*D. Ana:* “¡Ah falso!--¿Qué te parece? (A Celia) // Aun no perdona mis años.”

*D. Mendo:* “Mil botes son el Jordán // Con que se remoza y lava.”

*Duque (Ap. los dos):* “¿Pues cómo don Juan la alaba?”

*D. Mendo:* “Para entre los dos, don Juan // Es un buen hombre; y si digo // Que tiene poco de sabio, // Puedo sin hacerle agravio. // Vuestro deudo es y mi amigo; // Mas esto no es murmurar.”

*D. Juan:* “¡Que queráis poner defecto // En tan hermoso sugeto!”

*D. Mendo:* “En la rosa suele estar // Oculta la aguda espina.”

*D. Juan:* “Ellos son gustos, y al mío, // O del todo desvarío, // O esta mujer es divina.”

*D. Mendo:* “Poco sabéis de mujeres.”

*D. Juan:* “Veréisla, duque, algún día, // Y acabará esta porfía // De encontrados pareceres.”

*D. Mendo (Ap.):* “Don Juan me quiere matar, // Y aquello mismo que he hecho // Para sosegar el pecho // Del duque, me ha de dañar.”

*Celia (A su ama):* “¿Qué te parece?”

*D. Ana:* “Estoy loca.”

*Celia:* “A este hombre tienes amor.”

*D. Ana:* “El pecho abrasa el furor. // Fuego arrojo por la boca. // ¿Posible es que tal oí? // Vil, ¡a quien te quiere infamas! // ¡Así tratas a quien amas!”

*Celia*: “No ama quien habla así. // Él te engaña.”

*D. Ana*: “Claro está // Di que me traigan un coche: // Volvamos, Celia, esta noche // A amanecer a Alcalá; // Que lo que ahora escuché // Castigo del cielo ha sido // Por haber interrumpido // Las novenas que empecé.”

*Celia*: “Antes este desengaño // Le debes a esta venida.”

*D. Ana*: “Si con él pierdo la vida, // Mejor me estaba el engaño” (*Quítanse de la ventana*) (*Paredes*, I, xviii, 49).

El Acto Primero termina con doña Ana entristecida y enojada por la falsedad de don Mendo. En el *Acto Segundo*, las festividades de San Juan Bautista incluyen el juego de la pelota, partidas de caza y corridas de toros. Hallamos a todos, damas, galanes y sirvientes, partícipes entusiastas de las celebraciones de las festividades de San Juan Bautista, a fines de junio. En el *Acto Primero*, Beltrán, el gracioso sirviente de don Juan, describe con sentido cómico y realista un cuadro del pueblo madrileño que se apresta a poblar las calles y plazas de Madrid durante las fiestas:

*Beltrán*: “¿Es el azar encontrar // Una mujer pedigüeña? Si ese temes, en tu vida // En poblado vivirás, // Porque ¿dónde encontrarás // Hombre y mujer que no pida? // Cuando dar gritos oyeres // Diciendo: <<¡Lienzo!>> a un lencero. // Te dice: <<Dame dinero, // Si de mi lienzo quisieres.>> // El mercader claramente // Diciendo está, sin hablar: // <<Dame dinero, y llevar // Podrás lo que te contente.>> // Todos, según imagino, // Piden; que para vivir // Es fuerza dar y pedir // Cada uno por su camino: // Con la cruz el sacristán, // Con los responsos el cura, // El monstro con su figura, // Con su cuerpo el ganapán, // El alguacil con la vara, // Con la pluma el escribano, // El oficial con la mano, // Y la mujer con la Cara. // Y ésta, que a todos excede, // Con más razón pedirá, // Pues que más que todos da, // Y menos que todos puede. // Y el miserable que el dar // Tuviere por pesadumbre... // Ellas piden por costumbre: // Haga costumbre el negar; // Que tanto, desde que nacen, // El pedir usado está, // Que pienso que piden ya // Sin saber lo que se hacen: // Y así es fácil el negar, // Porque se puede inferir // Que quien pide sin sentir, // No sentirá no alcanzar” (*Paredes*, I, xvi, 47-48).

La escena II del Acto Segundo explica el plan de don Juan para enterarse del engaño de don Mendo y de las intenciones de doña Ana al tener que enfrentarse a las pretensiones del Duque y de don Mendo:

*D. Juan*: “Escucha: Irás advertido. // Desde aquella alegre noche // Que al gran Precursor el suelo // Celebra por alba hermosa // Del Sol de Justicia eterno; // De la encontrada porfía // En que me opuso don Mendo, // A mil gracias que conté // De doña Ana, mil defetos; // En el corazón del Duque // Nació un curioso deseo // De cometer a sus ojos // La definición del pleito. // A don Mendo le explicó // El Duque este pensamiento, // Y para ver a doña Ana // Quiso que él fuese el tercero. // Él se excusó, procurando // Divertirlo deste intento, // O temiendo mi vitoria, //



Anticipando sus celos. // Creció en el mancebo duque // El apetito con esto; // Que sospechando su amor, // Hizo tema del deseo. // Declaróme su intención, // Y yo en su ayuda me ofrezco, // Dándome esperanza a mí // Lo que temor a don Mendo. // Y como doña Ana estaba // Aquí velando a san Diego, // Venimos hoy a los toros // Más por verla que por verlos. // Y sabiendo que esta noche // Se parte mi dulce dueño, // Por quien ya comienza Henares // El lloroso sentimiento; // Por poder gozar mejor // De su cara y de su ingenio, // Porque las gracias del alma // Son alma de las del cuerpo; // Trazamos acompañarla // Sirviéndole de cocheros, // Nuevos faetontes del sol, // Si atrevidos, no soberbios. // Con los cocheros ha sido // Para este fin el concierto. // Para esto la prevención // De los capotes groseros; // Que a tales trazas obliga // En ella el recato honesto, // En el Duque sus antojos, // Y en mí, Beltrán, mis deseos.”

*Beltrán:* “Todo lo demás alcanzo, // Y eso postrero no entiendo. // ¿Cómo en el amor del Duque // Funda el tuyo su remedio?”

*D. Juan:* “Mientras sin contrario fuerte // Ame doña Ana a don Mendo, // Ella está en su amor muy firme. // Y a mudalla no me atrevo: // Y como el Duque es persona // A cuyas fuerzas y ruegos // Puede mudarse doña Ana, // Que la conquiste pretendo, // Para que andando mudable // Entre los fuertes opuestos, // No estando firme en su amor, // Esté flaca a mi deseo.”

*Beltrán:* “Esa es cautela que enseña // El diestro don Luis Pacheco, // Que dice que está la espada // Más flaca en el movimiento.”

*D. Juan:* “Mejor se sujeta entonces; // De esta lición me aprovecho.”

*Beltrán:* “Y dime, por vida tuya, // ¿Agora sales con esto? // ¿No eres tú quien me dijiste: <<Si desta vez no la muevo, // Morirá mi pretensión, // Aunque vivan mis deseos?>>”

*D. Juan:* “Imita mi amor al hijo // De la tierra, aquel Anteo, // Que derribado cobraba // Nueva fuerza y valor nuevo.”

*Beltrán:* “Pensé que desesperado // Lo curabas como a muerto; // Que aunque la traza es aguda, // Pongo gran duda en su efeto; // Que el Duque es muy poderoso: // Llevará la.”

*D. Juan:* “Por lo menos, // Si vence, alivio será // Que por un duque la pierdo; // Y si no, consolaráme // Ver que lo que yo no puedo, // Tampoco ha podido mi duque.”

*Beltrán:* “En fe de aquesos consuelos // Has cortado la cabeza // Totalmente a tus intentos, // Y estando tu mal dudoso, // Has querido hacerlo cierto. // Quieres que el Duque la lleve // Por quitársela a don Mendo, // Y del daño el daño mismo // Has tomado por remedio. // El epigrama que a Fanio // Hizo Marcial, viene a pelo.”

*D. Juan:* “¿Cómo dice?”

*Beltrán:* “Traducido, // Dice así en lenguaje nuestro: // <<Queriendo Fanio huir // Sus contrarios, se mató.>> // ¿No es furor, pregunto yo, // Para no morir, morir?”

*D. Juan:* “El epigrama es agudo; // Mas la aplicación te niego; // Que no es, como tú imaginas, // Que venza el Duque, tan cierto; // Que si él es grande de España, // Es el querido don Mendo, // Y esto es ser grande también // En la presencia de Venus.”

*Beltrán:* “Grandes son los dos contrarios, // Y tú, señor, muy pequeño; // Mas si fortuna te ayuda, // Juzgo posible tu intento. // Dos valientes salteadores // Por un hurto que habían hecho // Riñeron; que cada cual // Lo quiso llevar entero: // Y mientras ellos reñían, // Un ladroncillo ratero // Cogió la presa.”

*D. Juan:* “Dios quiera // Que me suceda lo mismo” (*Paredes*, 50-51).

Mientras los galanes se aprestan a enfrentarse para ganar el amor de la bella viuda, ésta, acompañada de su prima doña Lucrecia, se pasea por el centro de Alcalá de Henares, después de asistir a la corrida. En la escena III, las sospechas de Ana sobre don Mendo se confirman cuando su prima le muestra la carta con la que don Mendo la engaña:

*Doña Lucrecia:* “Forzoso es ya que te cuente... // ...Y porque probar pretendo // Mi verdad, este papel // Mira, y confirma con él // Las traiciones de don Mendo // A los celos satisface // De que yo cargo le hice: // Mira de ti lo que dice, // Y contigo lo que hace” (*Paredes*, 51).

(*Da un papel a doña Ana*).

*Doña Ana lee:* “Tu sentimiento encareces, // Sin escuchar mis disculpas: // Cuan- to sin razón me culpas, // Tanto con razón padeces. // Si miras lo que mereces, // Verás como la pasión // Te obliga a que sin razón // Agravies en tu locura // Con las dudas la hermosura, // Con los celos la elección. // Lucrecia, de ti a doña Ana // Ventaja hay más conocida, // Que de la muerte a la vida, // De la noche a la mañana. // ¿Quién a la hermosa Diana // Trocará por una estrella? // Deja la injusta querella, // Desengaña tus enojos; // Que tengo un alma y dos ojos // Para escoger la más bella” (*Paredes*, 51).

En la escena IV, Ana, aconsejada por Celia, se resigna a renunciar a don Mendo y a considerar la nobleza de carácter de don Juan, a pesar de su apariencia:

*Doña Ana:* “Ven, ven a ayudarme // A lamentar mi tormento: // Presta tu voz a mi aliento; // Que en desventura tan grave, // Por una boca no cabe // A salir el sentimiento”.

*Celia:* “¿Qué ha sido?”

*Doña Ana:* “Nuevos agravios // Del vil don Mendo: que en suma // Firma también con la pluma // Lo que afirmó con los labios.”

*Celia:* “...¿Serás firme en la mudanza?”

*Doña Ana:* “O el cielo mi mal aumente.”

*Celia:* “Tus venturas acreciente, // Como contento me ha dado // Tu pensamiento, mudado // De un hombre tan maldiciente. // Que desde que estando un día // Viéndote por una reja, // La cerré, y me llamó vieja, // Sin pensar que yo lo oía, // Tal cual soy, no lo querría, // Si él fuese del mundo Adán.”

*Doña Ana:* “Que eran botes mi Jordán // Dijo de mí: ¿qué te altera // Que a tus años se atreviera?”

*Celia:* “¡Cuán diferente es don Juan! // Ofendido y despreciado, // Es honrar su condición, // Cuando el lengua de escorpión // Ofende siendo estimado. // Una vez desesperado // Don Juan se quejaba así: // <<¿Qué delito cometí // En quererte, ingrata fiera? // ¡Quiera Dios!... Pero no quiera; // Que te quiero más que a mí.>> // ¡Si vieras la cortesía // Y humildad con que me habló // Cuando licencia pidió // Para verte el otro día! // ¡Si vieras lo que decía // En mi defensa a un criado, // Que porfiaba arrojado // Que si yo dificultaba // La visita, lo causaba // Ser él pobre y desdichado! // ¡Si vieras!...Pero, ¿qué vieras // Que igualase a lo que viste, // Defenderte tan de veras? // Ya te ablandaras, si fueras // Formada de pedernal.”

*Doña Ana:* “¿Qué te obliga a que tan mal // Te parezca mi desdén?”

*Celia:* “Tener a quien habla bien // Inclinação natural; // Y sin ella, me obligara // La razón a que lo hiciera”.

*Doña Ana:* “Celia, ¡si don Juan tuviera // Mejor talle y mejor cara!...”

*Celia:* “Pues ¡cómo! ¿en eso repara // Una tan cuerda mujer? // En el hombre no has de ver // La hermosura o gentileza: // Su hermosura es la nobleza, // Su gentileza el saber. // Lo visible es el tesoro // De mozas faltas de seso, // Y las más veces por eso // Topan con un asno de oro. // Por eso no tiene el moro // Ventanas: y es cosa clara // Que, aunque al principio repara // La vista, con la costumbre // Pierde el gusto o pesadumbre // De la buena o mala cara.”

*Doña Ana:* “No niego que desde el día // Que defenderme le oí // Tiene ya Don Juan en mí // Mejor lugar que solía, // Porque el beneficio cría // Obligación natural: // Y pies el rigor mortal // Aplacó ya mi desdén, // Principio es de querer bien // El dejar de querer mal. // Pero no fácil se olvida // Amor que costumbre ha hecho, // Por más que se vaga el pecho // De la ofensa recibida, // Y una forma corrompida // A otra forma hace lugar. // Mas bien puedes confiar // Que el tiempo irá introduciendo // A don Juan, pues a don Mendo // He comenzado a olvidar.”

En este momento, al final del diálogo, cuando Celia le pide a doña Ana la carta de don Mendo para leerla y ésta le pide a su sirvienta que haga traer candelabros para poder leerla, que, envueltos en la obscuridad de la noche, los personajes y el ambiente adquieren una nueva dimensión. El ambiente nocturno se presta a lo que ocurre en las escenas siguientes, hasta la XIV, la última del Acto Segundo, en las que

don Juan y el Duque actúan disfrazados de cocheros para proteger a doña Ana de los planes del traidor don Mendo.

*Celia*: “¿Podré yo ver el papel?”

*Doña Ana*: “Pide luces: que la obscura // Noche impedirte procura // Ver mis agravios en él” (*Celia se entra por un momento a dar el recado, y vuelve*) [*Paredes*, 52].

En la escena V don Juan y el Duque, disfrazados de cocheros, se ofrecen para llevar a doña Ana y sus sirvientes de vuelta a Madrid y, quedándose al acecho detrás de la puerta para observar a don Mendo, ofrecen la primera situación, repetida a lo largo de todo el acto segundo, que evidencia la dimensión de suspenso de la comedia, como su título—*Las paredes oyen*—anuncia:

*Celia*: “Ya están las luces aquí.”

*Doña Ana*: Ten el papel (*Dale el papel a Celia*).

*Escudero (A doña Ana)*: “Dos cocheros // Piden licencia de veros.”

*Doña Ana*: “Entren”.

*Escudero*: “Entrad” (*Vase el escudero, y salen el Duque y don Juan, de cocheros*).

*Don Juan (Ap. al Duque)*: “Pues a ti // Nunca te ha visto, seguro // Habla de ser conocido, // Mientras yo callo, escondido // En manto de sombra obscuro.”

*Duque*: “El cielo os guarde, señora.”

*Doña Ana*: “Bien venido.”

*Duque*: “Acá me envía // El cochero que os servía, // Y no puede hacerlo agora, // Rendido a un dolor cruel. // ¿A qué hora habéis de partir? // Que os tengo yo de servir // Esta jornada por él.”

*Doña Ana*: “¿Tanto es su mal?”

*Don Juan*: “Por lo menos // No podrá serviros hoy.”

*Doña Ana*: “Pésame.”

*Duque*: “Persona soy // Con quien no lo echaréis menos.”

*Doña Ana*: “A media noche esté el coche // Prevenido a la carrera.”

*Duque*: “Y será la vez primera // Que el sol sale a media noche.”

*Doña Ana*: “¿Cómo es eso?”

*Duque*: “Como es eso”.

*Doña Ana*: “¿Tierno sois?”

*Duque*: “¿Es contra ley? // Alma tengo como el Rey: // Aunque este oficio profesó, // No huyo de amor los males; // Que si por ellos no fuera, // Yo os juro que no estuviera // Cubierto destes sayales.”

*Doña Ana*: “¡Pues qué! ¿Son disfraz de amor // Por infanta pretendida?”

*Duque*: “Puede ser.”

*Doña Ana*: “¡Bien por mi vida! (*Ap.* El cochero tiene humor).”

*Celia*: “Don Mendo viene.”

*Doña Ana*: “Id con Dios, // Y a media noche os espero.”

*Duque*: “Tengo, por mi compañero, // También que tratar con vos; // Que es suyo el coche en que va // Vuestra gente; y esta noche // Ya veis cuánto vale un coche, // Y concertado no está. // La visita recibid; // Que los dos esperaremos.”

*Doña Ana*: “Por eso no reñiremos, // Si con bien llego a Madrid.”

*Duque*: “Señora, entre padres y hijos // Parece bien el concierto” (*Retíranse el Duque y don Juan; pero quédanse acechando tras una puerta*).

Llegan don Mendo y su sirviente Leonardo y, poco después, doña Lucrecia y su sirviente Ortiz que también se esconden tras una puerta para espiar a don Mendo y doña Ana. Los comentarios de los personajes escondidos, como don Juan y el Duque, doña Lucrecia y Ortiz, se hacen eco del público que, estando al corriente de los sucesos, puede identificarse con ellos.

*Don Mendo*: “¡Gloria a Dios, que llego a puerto // De combates tan prolijos!”

*Duque (Ap. a don Juan)*: “Escuchar pretendo así // Si a don Mendo favorece // Doña Ana.”

*D. Juan*: “Pues ¿qué os parece?”

*Duque*: “Que por mi daño la vi” (*Paredes*, 52-53).

En la escena VII don Mendo, enfrentándose a doña Ana, trata de acusar a don Juan de las calumnias que él mismo ha ido esparciendo, pero Celia y doña Ana saben quién es el autor del libelo contra doña Ana. De nada valen las acusaciones de don Mendo, vueltas contra don Juan, el Duque y doña Lucrecia, pues todos ya saben la verdad. Doña Lucrecia y Ortiz, acechados tras una puerta actúan como corifeos e intérpretes del público que asiste a la comedia.

*Doña Lucrecia (Medio para sí)*: “¡Don Mendo con ella, cielos!”

*Ortiz (Ap. a su ama)*: “¿Si sabe que estás acá?”

*Doña Lucrecia*: “Cerca el desengaño está”.

*Ortiz*: “Hoy averiguas tus celos.”

*Don Mendo*: “¿Qué es esto, doña Ana hermosa? // ¿No me respondes? ¿Qué es esto? // ¿Quién ha mudado tan presto // Mi fortuna venturosa? // ¡Tú, señora, estás así // Grave y callada conmigo! // ¿Quién me ha puesto mal contigo? // ¿Quién te ha dicho mal de mí? // Habla: dime tu querella”.

*Doña Ana*: “¿Tú puedes causarme enojos, // Teniendo una alma y dos ojos // Para escoger la más bella?”

*Don Mendo*: “(Ap. Palabras son que escribí // A la engañada Lucrecia.) // Esperado habrá la necia // Lucrecia tener de mí // Favor con hacerme daño; // Mas no pienso que le importe // Vamos, señora, a la corte: // Verás si la desengaño...”

*Doña Lucrecia (Ap.):* “¡Ah, falso!”

*Don Mendo:* “Que su favor // no estimo, porque concluya, // Lo que una palabra tuya, // Aunque la engendre el rigor”.

*Doña Ana:* “¿Cómo, pues si el labio mueve // Mi mediano entendimiento, // Helado queda mi aliento // Entre palabras de nieve?”

*Don Mendo:* “(Ap.) Don Juan le debió de dar // Cuenta de nuestra porfía; // Mas aquí la industria mía // Las suertes ha de trocar; // Que si la verdad confieso, // Y que el amor y el poder // Temí del Duque, es mujer, // Y despertará con eso.) // Vuelve ese rostro, en que veo // Cifrado el cielo de amor.”

*Doña Ana:* “Don Mendo, así está mejor // Quien tiene el cerca tan feo.”

*Don Mendo:* “Ya colijo que don Juan // De Mendoza, mal mirado, // La contienda te ha contado // De la noche de san Juan; // Que conozco esas razones // Que el necio dijo de ti, // Porque yo le defendí // Tus divinas perfecciones.”

*Don Juan: (Medio para sí):* “¡Ah traidor!”

*Duque: (Ap. a don Juan):* “Disimulad.”

*Don Mendo:* “Pero don Juan bien podía // Callar, pues que yo quería // Perdonar su necedad. // Mas ya que estás desafortunada // De mí, señora, ofendida // Porque le dejé la vida // A quien se atrevió a ofenderte, // No me culpes; que el estar // El duque Urbino presente // Pudo de mi furia ardiente // El ímpetu refrenar.”

*Celia (Ap. a su ama):* “¡Qué embustero!”

*Doña Ana (Ap.):* “¡Qué engañoso!”

*Celia (Ap. a su ama):* “¡Mira con quién te casabas!”

*Don Mendo:* “Si por eso me privabas // De ver ese cielo hermoso, // Vuelve; que presto por mí // Cortada verás la lengua // Que en tus gracias puso mengua.”

*Doña Ana:* “Pues guárdate tú de ti.”

*Don Mendo:* “¡Yo de mí! ¿Luego yo he sido // Quién te ofendió?”

*Doña Ana:* “Claro está. // ¿Quién sino tú?”

*Don Mendo:* “¿Cuánto va // Que ese falso, fementido, // Lisonjero universal // Con capa de bien hablado, // Por adularte ha contado // Que él dijo bien y yo mal? // Mas brevemente verán // Esos ojos, dueño hermoso, // Castigado al malicioso.”

*Doña Ana:* “Para entre los dos, don Juan // Es un buen hombre; y si digo // Que tiene poco de sabio, // Puedo sin hacerle agravio. // Vuestro deudo es y mi amigo; // Mas esto no es murmurar.”

*Don Mendo:* “Eso dije a solas yo // Al Duque, que se admiró // De verle vituperar // Lo que yo tanto alabé.”

*Doña Ana:* “Dilo al revés.”

*Don Mendo:* “Según esto, // Quien contigo mal me ha puesto, // El Duque sin duda fue. // ¡Aun no ha llegado a la corte, // Y ya en enredos se emplea! // ¿O piensa

que está en su aldea, // Para que nada le importe // Su grandeza o calidad // Al necio rapaz conmigo, // Para no darle el castigo?”

*Duque (Medio para él):* ¡Ah traidor!

*Don Juan (Ap. al Duque):* “Disimulad.”

*Doña Ana:* “¿Qué sirven falsas excusas, // Qué quimeras, qué invenciones, // Donde la misma verdad // Acusa tu lengua torpe? // Hablas tú tan mal de mí, // Sin que contigo te enojas, // ¡Y enójaste con quien pudo // Contarme tus sinrazones! // Quien te daña es la verdad // De las culpas que te pones // Si pecaste y yo lo supe, // ¿Qué importa saber de dónde? // Pues nadie me ha referido // Lo que hablaste aquella noche: // Verdad te digo, o la muerte // En agraz mis años corte. // Y siendo así, sabes tú // Que son las mismas razones // Las que aquí me has escuchado, // Que las que dijiste entonces. // Y pues las sé, bien te puedes // Despedir de mis favores, // Y a toda ley hablar bien, // Porque *Las paredes oyen*” (*Vase*) [*Paredes*, 53-54].

Doña Ana, ofendida por las mentiras descaradas de don Mendo, ha decidido poner fin a una relación que la iba exponiendo al ridículo y a los chismes de la sociedad. Quizá es esta escena la que mejor representa el tema de la calumnia. Es un tema moderno, siempre actual, y Alarcón se esmera en tratarlo con ironía y habilidad dialéctica y técnica teatral, fundadas en el diálogo vivo y expresivo, las mentiras de don Mendo y la claridad mental de doña Ana que le demuestra sus errores y malicia. En la escena VIII don Mendo madura su venganza, acuciado por su sirviente Leonardo que le persuade que doña Ana le ha engañado:

*Leonardo:* “Señor, // Ciego estás, pues no conoces // Su desamor en su ausencia, // Su engaño en sus dilaciones. // Dilató por las novenas // El matrimonio: engañóte; // Que no hay mujer que al amor // Prefiera las devociones. // Con secreto caminaba // A otro fin su trato doble; // Y por si no lo alcanzase, // Entretuvo tus amores. // Ya lo alcanzó, y te despide // Sin que en descargo le informes; // Que ha menester que tus culpas // Su injusta mudanza abonen.”

*Don Mendo:* “Agudamente discurre; // Mas por los celestes orbes // Juro que me he de vengar // de su rigor esta noche.”

Don Mendo se acerca al aposento de doña Ana en Alcalá para pedirles a los dos cocheros (a quienes no reconoce bajo su disfraz a don Juan y al Duque) que se alejen del camino a Madrid a un lugar retirado para darle la oportunidad de hablar a solas con doña Ana. Los dos falsos cocheros aceptan una cadena de oro para satisfacer el pedido de don Mendo, pero están alertados contra Don Mendo. Éste se acerca al coche, acompañado de Leonardo y trata de hablar a doña Ana que se niega a escucharle. Lucrecia trata de ayudar a doña Ana, pero Leonardo la inmoviliza. Don Mendo trata de forzar doña Ana, pero los dos cocheros la defienden. El Acto segundo termina con don Mendo y Leonardo que huyen, perseguidos por don Juan y por el Duque (*Paredes*, 54-55).

La escena I del Acto tercero describe a los viajeros ya en casa de doña Ana en Madrid. La joven viuda quiere agradecer a los dos cocheros por su ayuda y expresa su preocupación por la herida de don Mendo en la refriega con los cocheros, pues don Mendo de Guzmán es un grande de España y podrá perseguir a los humildes cocheros, no obstante él quería forzar una dama y los cocheros vinieron en ayuda de doña Ana. El Duque/cochero, sin revelar su identidad, la tranquiliza diciéndole que don Mendo callará el incidente en que fue vencido por dos humildes cocheros:

*Duque (cochero):* “Y por su reputación // Le estará más bien callar: // No penséis que ha de tratar // De tomar satisfacción // Por justicia un caballero. // ¿No veis lo mal que sonara // Que herido se confesara // Del brazo vil de un cochero // Un tal ilustre señor, // Dueño de tantos vasallos? // Destos casos el callarlos // Es el remedio mejor.”

Doña Ana se percata de la elocuencia y de la sabiduría del cochero y le pide a Celia que le mire las manos, pues comienza a dudar que estos cocheros sean lo que aparentan ser. Celia cumple con el deseo de su ama y describe las manos del Duque confirmando las sospechas de doña Ana:

*Celia (Toma las manos al Duque):* “Pues por estas manos queda // Tu honestidad defendida // (*Vuélvese a hablar aparte a doña Ana*) ¡Ay señora de mi vida! // Blandas son como una seda, // Y en llegando cerca, son // Sus olores soberanos.”

Celia sospecha que el otro cochero sea don Juan de Mendoza y le insta a declararse, a pesar de que el Duque le describe como mudo. Es más, Celia insta a su ama a descubrir la identidad del cochero silencioso:

*Celia:* “¿Quién dirás, señora, que es // El callado?”

*Doña Ana:* “Dilo pues.”

*Celia:* “¿Quién piensas tú que será?”

*Doña Ana:* “No lo sé.”

*Celia:* “¿Quién puede ser // Quién siendo gran caballero, // Quisiese ser tu cochero // Solo por poderte ver? // ¿Quién, el que con tal valor // En un lance tan estrecho, // Pusiese a la espada el pecho // Por asegurar tu honor? // ¿Quién, el que en penar se goza // Por tu amor, y tu desdén // Sigue enamorado? // ¿Quién // Sino don Juan de Mendoza?”

*Doña Ana:* “Bien dices: sólo él haría // Finezas tan extremadas” (*Paredes*, 56).

Al despedirse el Duque, doña Ana le pide a Celia que detenga a don Juan, porque le quiere hablar. La escena II del Acto tercero consta de una conversación entre los dos enamorados que podría definirse una *tenzó* provenzal, pues trata del *fin amor*, o sea, de la capacidad de amar a doña Ana de don Juan que llega al sacrificio de renunciar a su amor para que su amada se una en matrimonio con el Duque. Pero la noble dama le explica que esa unión debe hacerse sobre una base más ideal y que el esposo ideal no es el que tiene más, sino el que ama más:



*Doña Ana:* “¿Quién es ese caballero, // Y a qué fin viene contigo? // Traer quien me diga amores, // Y escuchallos escondido, // ¿Podrás decir que no ha sido // Con pensamientos traidores?”

*Don Juan:* “¿Cuán lejos del blanco das, // Pues si traidores los llamas, // La mayor fineza infamas // Que ha hecho el amor jamás!”

*Doña Ana:* “Dila pues; que a agradecella, // Si no a pagalla, me obligo.”

*Don Juan:* “Por obedecer la digo, // No por obligar con ella. // Como mi mucha afición // Y poco merecimiento // Engendró en mi pensamiento // Justa desesperación, // Vino amor a dar un medio // En desventura tan fiera, // Que a mi mal consuelo fuera, // Ya que no fuera remedio: // Y fue que te alcance quien // Te merezca: tu bien quiero; // Que el efecto verdadero // Es este de querer bien. // A este fin tus partes bellas // Al duque Urbino conté, // Si contar posible fue // En el cielo las estrellas. // El, de tu fama movido, // De tu recato obligado, // Este disfraz ha ordenado, // Con que te ha visto y oído, // Y ¡ojala que conociendo // Tu sugeto soberano, // Dé con pretender tu mano // Efecto a lo que pretendo; // Que yo, con verte en estado // Igual al merecimiento, // Al fin quedaré contento, // Ya que no quede pagado. // Esta ha sido mi intención; // Y si escuchaba escondido, // Fue porque el ser conocido // No estorbaba la invención. // Que juzgues agora quiero // Si he merecido o pecado, // Pues de puro enamorado // Vengo a servir de tercero.”

*Doña Ana:* “Tu voluntad agradezco; // Pero condeno tu engaño; // Que presumes por mi daño // Más de mí que yo merezco, // Porque no es a la excelencia // Del Duque igual mi valor; // Que no engaña el propio amor // Donde hay tanta diferencia. // Fue mi padre un caballero // Ilustre; mas yo imagino // Que pensara honrarle Urbino // Si lo hiciera su escudero. // Y así a tan locos intentos // Tus lisonjas no me incitan; // Que afrentosos precipitan // Los soberbios pensamientos” (*Paredes*, 56-57).

Ante el rigor de doña Ana, que no ahorra su desdén por la soberbia del Duque que, pensando en su estado, se dignaría de elevar el padre de doña Ana a ser su escudero, don Juan se abandona a una alabanza que su amada considera excesiva y, más aún, le reprocha que haya pecado en humildad, dejando que el Duque se aprovechara de su amistad y, finalmente, le insta a poner su intento en procurar su propia felicidad, consejo que don Juan acepta gozoso, interpretando correctamente la disposición de doña Ana:

*Don Juan:* “Mucho, señora, te ofendes, // Porque sin tu calidad, // Digna es por tu beldad // De más bien que en esto emprendes. // No te merece gozar // El Duque, ni el Rey, ni...”

*Doña Ana:* “Tente: // La fiebre de amor ardiente // Te obliga a desatinar. // Tu amoroso pensamiento // Encarece tu valor: // ¡Dírasle al Duque tu amor, // Que yo le diera tu intento!

*Don Juan:* “¿Quién podrá quererte menos // En viendo tu perfección?”

*Doña Ana:* "... Y aunque el Duque tenga amor, // Galán querrá ser, don Juan: // Y honra más que un rey galán, // Un marido labrador. // Y aunque en el Duque es forzosa // La ventaja que le doy, // Grande para dama soy, // Si pequeña para esposa."

*Don Juan:* "Nadie con tal pensamiento // Ofende tu calidad."

*Doña Ana:* "De mi consejo, dejad // De terciar en ese intento; // Porque mayor esperanza // Puede al fin tener de mí // Quien pretende para sí, // Que quien para otro alcanza" (*Vase*).

*Don Juan:* "¿Posible es que tal favor // Merecieron mis oídos? // ¡Dichosos males sufridos! // ¡Dulces victorias de amor! // Que tendrá más esperanza, // Dijo, si bien lo entendí, // Quien pretende para sí, // Que quien para otro alcanza. // Que la pretenda mi amor // Me aconseja claramente: // Y la mujer que consiente // Ser amada, hace favor" (*Paredes, 57*).

Doña Lucrecia, la otra dama en la comedia y prima de doña Ana, es cortejada por don Mendo y por el Conde. Ya hemos visto el desdén de doña Ana hacia el otro pretendiente, el Duque. El Acto tercero ofrece la solución a estos conflictos amorosos, no sin detenerse en situaciones entretenidas por la desfachatez de don Mendo, rechazado por doña Lucrecia, y por la impotencia del Duque ante la firmeza del amor de doña Ana por don Juan. Antes de confiarle al Conde, su pariente y rival en amor, su intención de cortejar a doña Lucrecia, don Mendo que aparece en la escena con la cabeza vendada, le comenta al Conde su derrota en el duelo con un cochero de doña Ana:

*Don Mendo:* "La espada de un hombre humilde // Pudo herirme en la cabeza; // Y tanta sangre corría, // Con ser la herida pequeña, // Que cegándome los ojos // Puso fin a la pendencia. // Volví a curarme a Alcalá // Que estaba un cuarto de legua, // Más con rabia de la causa, // Que del efecto con pena. // Esto ha podido en doña Ana // Una mal fundada queja // Y este es el premio que traigo // De celebrarla en las fiestas." (*Paredes, 58*).

Ante la intención de Don Mendo de cortejar a doña Lucrecia, el Conde le insta a no renunciar a doña Ana, sino a enviarle una carta. El Duque, por otra parte, intenta ver a doña Ana, pero sus avances son rechazados firmemente, como él mismo confía a don Juan.

*Duque:* "Don Juan, amigo, yo muero"

*Don Juan:* "¿Cómo?"

*Duque:* "En un combate fiero // De celos, desdén y amor. // Al ingrato como bello // Angel que adoro escribí // Hoy un papel..."

*Don Juan:* "¡Ay de mí!"

*Duque:* "Y no ha querido leello."

Ante la desesperación del Duque, don Juan le aconseja "Pues amar y padecer" (*Paredes, 59*).

Marcelo, sirviente del Duque, ha persuadido un escudero de doña Ana para dejarle entrar en el jardín a hablarle. En el mismo jardín se hallan el Conde y doña Lucrecia que quiere asegurar al Conde que será su esposa. El Conde le entrega una carta de don Mendo dirigida a doña Ana. Lucrecia lee la carta de don Mendo a doña Ana:

*Doña Lucrecia (Lee):* “El que sin oír condena, // Oyendo ha de condenar; // Y esto me obliga a pensar // Que es sin remedio mi pena. // Ya que el cielo así lo ordena, // Dadme solo un rato oído; // Que si culpado lo pido, // Para más pena ha de ser, // Sino que os dañe saber // Que jamás os he ofendido” (*Paredes*, 60).

Lucrecia descubre la falsedad de don Mendo y a la pregunta del Conde admite el engaño de don Mendo y se entrega al Conde como esposa. Mas, al entregar a doña Ana la carta de don Mendo, Lucrecia despierta los celos de don Juan que quiere abandonar a su amada, pero la solución la ofrece el mismo don Mendo que, forzada la entrada del jardín, le exige a doña Ana que lea la carta que él mismo había escrito en la que acusaba a doña Ana y que él ahora afirma haber sido escrita por don Juan. Ante la incredulidad de doña Ana, que sabe que don Mendo es el autor de la carta, éste la insulta, insinuando que el cochero que le hirió en la cabeza es íntimo de doña Ana:

*Don Mendo:* “Ya lo que dice de ti // La fama creer es justo: // Que informa de tu mal gusto // El aborrecerme a mí. // Del cochero que me hirió // Se habla mal, y mal sospecho, // Que tal brío en bajo pecho, // De tus favores nació” (*Paredes*, 61).

Como respuesta, doña Ana le pide al cochero que salga de su escondite y aparece don Juan con el Duque, ambos con las espadas desenvainadas:

*Doña Ana:* “Estos los cocheros son // Por quien mi opinión se infama; // Y por quitar a la fama // De mi afrenta la ocasión, // Le doy la mano de esposa // a don Juan.”

*Don Juan:* “Y yo os la doy.”

*Duque (Empuñando contra don Juan)* “Vuestra amistad engañosa // Castigaré.”

*Don Juan:* “Detenéos; // Que yo nunca os engañé. // Recato y no engaño fue // Encubriros mis deseos; // Que si os queréis acordar, // Solo os tercié para vella, // Y en empezando a querella, // Os dejé de acompañar.”

*Doña Ana:* “Y en fin, si bien lo miráis, // El dueño fui de mi mano; // Y sobre mi gusto, en vano // Sin mi gusto disputáis. // A don Juan la mano di, // Porque me obligó diciendo // Bien de mí. Lo que don Mendo // Perdió hablando mal de mí. // Este es mi gusto, si bien // Misterio del cielo ha sido, // Con que mostrar ha querido // Cuánto vale el hablar bien.”

*Don Mendo:* “Antes sospecho que fue // Pena del loco rigor, // Con que por ti el firme amor // De tu prima desprecié...”

*Doña Lucrecia:* “Las paredes oyen, Mendo. // Mas puesto que en vos es tal // La imprudencia, que queréis // Ser mi esposo, cuando habéis // Hablado de mí tan mal, // Yo no pienso ser tan necia // Que esposa pretenda ser // De quien quiere por mujer // A la misma que desprecia; // Y porque con la esperanza // El castigo no aliviéis, // Lo que por falso perdéis, // El Conde por firme alcanza, // Vuestra soy” (*Da la mano al Conde*).

*Don Mendo:* “¡Todo lo pierdo! // ¿Para qué quiero la vida?”

*Conde:* “Júzgala también perdida // Si en hablar no eres más cuerdo.”

*Beltrán:* “Y pues este ejemplo ven // Suplico a vuestras mercedes // Miren que *oyen las paredes*, // Y a toda ley hablar bien.”

Si, siguiendo la sugestión que hiciera Hartzzenbusch, deberíamos buscar en las obras detalles biográficos de Alarcón, podríamos identificar en la libertad con que describe situaciones y con la que se mueven sus caracteres, la aspiración artística del autor que en esta comedia hizo caso omiso de las unidades aristotélicas de tiempo, lugar y acción. Baste pensar que la acción se mueve entre Madrid y Alcalá de Henares, de la casa de doña Ana en la calle Mayor de Madrid a la casa del Conde en Madrid, a la residencia del Duque en Alcalá de Henares, a un campo en el camino de Alcalá a Madrid que dista un cuarto de legua de Alcalá a la casa de don Mendo en Madrid.

## 2). La verdad sospechosa

En la trama de esta comedia el autor, ya en el Acto primero, presenta al personaje principal, el galán don García, estudiante bachiller de Salamanca, que, guiado por un deseo exagerado de notoriedad, miente a la primera dama que encuentra, la bella doña Jacinta y al galán don Juan, apenas conocido, generando una serie de situaciones embarazosas para su padre don Beltrán, su sirviente Tristán y los amigos que no saben qué hacer con él. Pero veamos las mentiras de don García, que se verifican en el Acto primero:

### I. El año inventado

Al día siguiente de su llegada a la casa de su padre don Beltrán, don García, acompañado de Tristán, se pasea por las platerías de Madrid y admira las damas que se pasean. Entre ellas nota a doña Jacinta. En la escena III del Acto primero, Tristán, que se ha dado cuenta de la naturaleza del mozo, ha tratado de advertirle con un dejo de sorna en su descripción de las mujeres:

*Tristán:* “...Niñas salen, que procuran // Gozar todas ocasiones: // Éstas son exhalaciones // Que mientras se queman, duran. // Pero que adviertas es bien, //

Si en estas estrellas tocas, // Que son estables muy pocas, // Por más que un Perú les den. // No ignores, pues yo no ignoro, // Que un signo el de Virgo es, // Y los de cuernos son tres, // Aries, Capricornio y Toro; // Y así, sin fiar en ellas, // Lleva un presupuesto solo, // Y es que el dinero es el polo // De todas estas estrellas” (*Verdad*, 323).

Pero el ver a Jacinta y dar en delirantes exclamaciones para don García es todo uno:

*Don García:* (A Tristán) “Deja lisonjas, y mira // El marfil de aquella mano, // El divino resplandor // De aquellos ojos, que juntas // Despiden entre las puntas // Flechas de muerte y amor” (*Verdad*, 323).

En la escena IV, al apearse de la carroza para entrar en la tienda, doña Jacinta se cae y Don García se apresura a ayudarla:

*Jacinta:* “¡Válgame Dios!”

*Don García:* “Esta mano // Os servid de que os levante, // Si merezco ser atlante // De un cielo tan soberano.”

*Jacinta:* “Atlante debéis de ser, // Pues le llegáis a tocar.”

Sigue una conversación entre los dos en que don García encarece sus exclamaciones de admiración, comparando a Jacinta con el cielo:

*Don García:* “Una cosa es alcanzar // Y otra cosa merecer. // ¿Qué vitoria es la beldad // Alcanzar, por quien me abraso, // Si es favor que debo al caso, // Y no a vuestra voluntad? // Con mi propia mano así // El cielo; mas ¿qué importó, // Si ha sido porque él cayó, // Y no porque yo subí?”

En la escena V, ante la incredulidad de Jacinta, don García se inventa la primera mentira, o sea, que hace más de un año que la admira:

*Don García:* “¿Qué hasta aquí de mi afición // Nunca tuvisteis indicio?”

*Jacinta:* “¿Cómo, si jamás os vi?”

*Don García:* “¿Tan poco ha valido ¡ay Dios! // Más de un año que por vos // He andado fuera de mí?”

*Tristán (Ap.):* “¿Un año, y ayer llegó // A la corte?” (*Verdad*, 323-324).

Ésta es la primera mentira, con la cual don García complica su vida y, como veremos, la de Jacinta.

## II. Don García se hace Americano

Al oír de don García que hace un año que la admira, Jacinta le pregunta cómo fue que nunca le vio antes de ese encuentro en las platerías de Madrid. Ya en la tienda, la explicación de don García constituye su segunda mentira, o sea su ser americano, a la que sigue una tercera, es decir, que es un americano muy rico:

*Jacinta*: “¡Bueno a fe! // ¿Más de un año? Juraré // Que no os vi en mi vida yo.”

*Don García*: “Cuando del Indiano suelo // Por mi dicha llegué aquí, // La primer cosa que vi // Fue la gloria de ese cielo; // Y aunque os entregué al momento // El alma, habéislo ignorado, // Porque ocasión me ha faltado // En deciros lo que siento.”

*Jacinta*: “¿Sois indiano?”

*Don García*: “Y tales son // Mis riquezas, pues os vi, // Que al minado Potosí // Le quito la presunción.”

*Tristán*: “¡Indiano!”

*Jacinta*: “¿Y sois tan guardoso // Como la fama los hace?”

*Don García*: “Al que más avaro nace // Hace el amor dadivoso.”

*Jacinta*: “¿Luego, si decís verdad, // Preciosas ferias espero?”

*Don García*: “Si es que ha de dar el dinero // Crédito a la voluntad, // Serán pequeños empleos // Para mostrar lo que adoro // Daros tantos mundos de oro // Como vos me dais deseos. // Mas ya que ni al merecer // De esa divina beldad, // Ni a mi inmensa voluntad // Ha de igualar el poder, // Por lo menos os servid // Que esta tienda que os franqueo // De señal de mi deseo.”

*Jacinta* (*Ap.*: “No vi tal hombre en Madrid.”) // (*Ap.*): Lucrecia, ¿qué te parece // Del indiano liberal?”

*Lucrecia*: “Que no te parece mal, // Jacinta, y que lo merece.”

*Don García*: “Las joyas que gusto os dan, // Tomad deste aparador.”

*Tristán* (*Ap. a su amo*): “Mucho te arrojas, señor.”

*Don García*: “Estoy perdido, Tristán.”

*Isabel* (*Ap. a las damas*): “Don Juan viene.”

*Jacinta*: “Yo agradezco, // Señor, lo que ofrecéis.”

*Don García*: “Mirad que me agraviaréis, // Si no lográis lo que ofrezco.”

*Jacinta*: “Yerran vuestros pensamientos // Caballero, en presumir // Que puedo yo recibir // Más que los ofrecimientos.”

*Don García*: “Pues, ¿qué ha alcanzado de vos // El corazón que os he dado?”

*Jacinta*: “El haberos escuchado.”

*Don García*: “Yo lo estimo.”

*Jacinta*: “Adiós.”

*Don García*: “Adiós, // Y para amaros me dad // Licencia.”

*Jacinta*: “Para querer // No pienso que ha menester // Licencia la voluntad.”

(*Vanse las mujeres*).

### III. La confusión de los nombres: Lucrecia en vez de Jacinta

En la escena VI Don García, que le había ordenado a Tristán de seguir las, cree que el nombre de la dama que él ha cortejado tan apasionadamente sea Lucrecia, porque Tristán, sin darse cuenta, le refiere la respuesta del cochero de Lucrecia a la pregunta del primero sobre la identidad de las damas:

*Don García (A Tristán):* “Síguelas.”

*Tristán:* “Si te fatigas, // Señor, por saber la casa // De la que en amor te abrasa,  
// Ya la sé.”

*Don García:* “Pues no las sigas; // Que suele ser enfadosa // La diligencia importuna.”

*Tristán:* “<<Doña Lucrecia de Luna // Se llama la más hermosa, // Que es mi dueño; y la otra dama // Que acompañándola viene, // Mas no sé cómo se llama.>>  
// Esto respondió el cochero.”

*Don García:* “Si es Lucrecia la más bella, // No hay más que saber, pues ella // Es la que habló, y la que quiero; // Que como el amor del día // Las estrellas deja atrás,  
// De esa suerte a las demás // La que me cogó vencía” (*Verdad*, 324).

### IV. El mes inventado en Madrid y la ficción de la gran fiesta en el río

A esta confusión de identidades entre Jacinta y Lucrecia, las mentiras de don García aumentan el efecto, pues a cada nuevo encuentro de don García se oyen más mentiras y más chismes. En la escena VII don García encuentra a don Juan de Sosa, también estudiante conocido en Salamanca y también enamorado de Jacinta. Don Juan ha oído de una fiesta que se ha dado en el río para festejar el noviazgo de un galán con una hermosa dama. Don García en seguida coge la ocasión para proclamar que esa fiesta la dio él para su novia y, ante las dudas de don Juan, decide describir la imaginada fiesta con todo detalle de comidas, músicos y sirvientes, fuegos de artificio y músicos, porque ya hacía un mes que había llegado a Madrid. Don Juan se convence que la fiesta se dio y que la novia de don García es Jacinta, su prometida que en ese momento pasa en el carruaje de Lucrecia, y don García la admira bajo la mirada celosa y resentida de don Juan.

### V. La razón de la sin razón

La escena VIII representa una conversación entre don García y Tristán sobre las intenciones de don García y la razón de sus mentiras. En la referencia a Jacinta, don García exhibe un lenguaje e imágenes que parecen aludir a la Beatriz dantesca:

*Don García:* “Aquel cielo, primer móvil // De mis acciones, me lleva // Arrebatado tras sí.”

*Tristán:* “Disimula y ten paciencia: // Que el mostrarse muy amante // Antes daña que aprovecha, // Y siempre he visto que son // Venturosas las tibiezas. // Las mujeres y los diablos // Caminan por una senda; // Que a las almas rematadas // Ni las siguen ni las tientan // Que el tenellas ya seguras // Les hace olvidarse dellas, // Y solo de las que pueden // Escapárseles, se acuerdan.”

*Don García:* “Es verdad; mas no soy dueño // de mi mismo.”

*Tristán:* “Hasta que sepas // Extensamente su estado, // No te entregues tan de veras; // Que suele dar quien se arroja // Creyendo las apariencias, // En un pantano cubierto // De verde, engañosa yerba.”

*Don García:* “Pues hoy te informa de todo.”

*Tristán:* “Eso queda por mi cuenta. // Y agora, antes que reviente, // Dime por Dios, ¿qué fin llevas // En las ficciones que he oído, // Siquiera para que pueda // Ayudarte? Que cogernos // En mentira será afrenta. // Perulero<sup>40</sup> te fingiste // Con las damas.”

*Don García:* “Cosa es cierta, // Tristán, que los forasteros // Tienen más dicha con ellas; // Y más si son de las Indias, // En formación de riqueza.”

*Tristán:* “Ese fin está entendido; // Mas pienso que el medio yerras, // Pues han de saber al fin // Quién eres.”

*Don García:* “Cuando lo sepan // Habré ganado en su casa // O en su pecho ya las puertas // Con este medio, y después // Ya me entenderé con ellas.”

*Tristán:* “Digo que me has convencido, // Señor. Mas agora venga // Lo de haber un mes que estás // En la corte. ¿Qué fin llevas, // Habiendo llegado ayer?”

*Don García:* “Ya sabes tú que es grandeza // Esto de estar encubierto // O retirado en su aldea, // O en su casa descansando.”

*Tristán:* “Vaya muy enhorabuena, // Lo del convite entre agora.”

*Don García:* “Fingílo porque me pesa // Que piense nadie que hay cosa // Que mover mi pecho pueda // A invidia o admiración, // Pasiones que a hombre afrentan; // Que admirarse es ignorancia, // Como invidiar es bajeza. // Tú no sabes qué sube, // Cuando llega un portanuevas // Muy orgulloso a contar // Una hazaña o una fiesta, // Taparle la boca yo // Con otra tal, que se vuelva // Con sus nuevas en el cuerpo, // Y que reviente con ellas.”

*Tristán:* “¡Caprichosa prevención, // Si bien peligrosa treta! // La fábula de la corte // Serás si la flor te entrevan.”

---

<sup>40</sup> “Perulero” se refiere a una persona adinerada que del Perú ha venido a España.



*Don García:* “Quien vive sin ser sentido, // Quien solo el número aumenta, // Y hace lo que todos hacen, // ¿En qué difiere de bestia? // Ser famosos es gran cosa; // El medio cual fuere sea. // Nóbrenme a mí en todas partes // Y murmúrenme siquiera, // Pues uno por ganar nombre // Abrasó el templo de Efesia; // Y al fin, es éste mi gusto, // Que es la razón de más fuerza.”

*Tristán:* “Juveniles opiniones // Sigue tu ambiciosa idea, // Y cerrar has menester // En la corte la mollera” (*Verdad*, 325-326).

### *VI. Los novios y sus complicaciones*

En la escena IX, don Beltrán, el padre de don García, visita a don Sancho, tío de Jacinta, para pedir la mano de la niña y oír su disposición. Quedan en pasar más tarde a caballo, don Beltrán y don García, para que Jacinta lo pueda ver. Jacinta, temerosa de los celos de don Juan, en la escena X, le pide a Lucrecia que la substituya en el encuentro con don García. En la escena XI don Juan se allega a la casa de don Sancho para desahogar su celo y su resentimiento apostrofando a Jacinta como liviana, falsa y cruel, reprochándole su participación en la fiesta en el río y como ultimátum le amenaza que la abandonará, a menos que no le conceda la mano en ese mismo instante:

*Don Juan:* “Ya, Jacinta, que te pierdo, // Ya que yo me pierdo, ya...”

*Jacinta:* “¿Estás loco?”

*Don Juan:* “¿Quién podrá // Estar con tus cosas cuerdo?”

*Jacinta:* “Repórtate y habla paso; // Que está en la cuadra mi tío.”

*Don Juan:* “Cuando a cenar vas al río, // ¿Cómo haces dél poco caso?”

*Jacinta:* “¿Qué dices? ¿Estás en ti?”

*Don Juan:* “Cuando para trasnochar // Con otro tienes lugar, // ¿Tienes tío para mí?”

*Jacinta:* “¿Trasnochar con otro? Advierte // Que aunque eso fuese verdad, // Era mucha libertad // Hablarme a mí desa suerte; // Cuanto más que es desvarío // De tu loca fantasía.”

*Don Juan:* “Ya sé que fue don García // El de la fiesta del río; // Y los fuegos que a tu coche, // Jacinta, la salva hicieron; // Ya las antorchas que dieron // Sol al soto a media noche; // Ya los cuatro aparadores // Con vajillas variadas, // Las cuatro tiendas pobladas // De instrumentos y cantores. // Todo lo sé, y sé que el día // Te halló, enemiga, en el río. // Di agora que es desvarío // De mi loca fantasía. // Di agora que es libertad // El tratarte desta suerte, // Cuando obligan a ofenderte // Mi agravio y tu liviandad...”

*Jacinta:* “¡Plega a Dios!”

*Don Juan:* “Deja invenciones; // Calla, no me digas nada; // Que en ofensa averiguada // No sirven satisfacciones. // Ya, falsa, ya sé mi daño; // No niegues que te he perdido; // Tu mudanza me ha ofendido, // No me ofende el desengaño. // Y aunque niegues lo que es, // lo que vi confesarás; // Que hoy lo que negando estás, // En sus mismos ojos vi. // ¿Y su padre? ¿Qué quería // Agora aquí? ¿Qué te dijo? // ¿De noche estás con el hijo, // Y con el padre de día? // Yo lo vi; ya mi esperanza // En vano engañar dispones; // Ya sé que tus dilaciones // Son hijas de tu mudanza. // Mas, cruel, ¡viven los cielos, // Que no has de vivir contenta! // Abrásete, pues revienta, // Este volcán de tus celos. // El que me hace desdichado, // Te pierda, pues yo te pierdo.”

*Jacinta:* “¿Tú eres cuerdo?”

*Don Juan:* “¿Cómo cuerdo, // Amante y desesperado?”

*Jacinta:* “Vuelve, escucha; que si vale // La verdad, presto verás // Cuán mal informado estás.”

*Don Juan:* “Voyme; que tu tío sale.”

*Jacinta:* “No sale. Escucha; que fío // Satisfacerte.”

*Don Juan:* “Es en vano, // Si aquí no me das la mano.”

*Jacinta:* “¿La mano? Sale mi tío.”

Termina así el Acto primero, con situaciones y personajes en suspenso, el todo provocado por las mentiras de don García. A la visita de don Beltrán con el pedido de la mano de Jacinta para su hijo, el mentiroso don García, Jacinta, por temor a los celos de don Juan, su constante admirador y galán, conspira a hacerse substituir en la entrevista con don García por su prima Lucrecia. La situación se complica con la irrupción en casa de Jacinta de don Juan que, creyendo como realidad las mentiras de don García sobre su llegada a Madrid, su falsa identidad americana y sus mentiras sobre la fiesta en el río, se lanza a una acusación vulgar y ofensiva contra Jacinta. Poco después, al comienzo del Acto segundo, el mismo frustrado galán, enviará un desafío a don García. El público espera la resolución de todas estas situaciones que la maestría dramática de Alarcón ha perfilado en la escena. El suspenso deberá resolverse en los siguientes dos actos de la comedia.

El Acto segundo comienza con un billete que Camino, el escudero, acaba de entregarle a don García y en el que doña Lucrecia le invita esa noche a hablarle de un balcón de su casa. Quedan en verse a las diez de la noche, cuando Camino le guiará al balcón de Lucrecia. No repuesto aún de su emoción por la invitación y aún dudoso de la identidad de su dama, en la escena II, don García le pregunta a Tristán: “Que la otra ¿qué ocasión // Para escribirme tenía?”, a lo cual Tristán le recuerda el sonido de la voz de Jacinta: “Y a todo mal suceder, // Presto de dudas saldrás; // Que esta noche

la podrás // En el habla conocer.” Don García, embelesado con la voz de Jacinta, reafirma su nirvana personal: “Y que no me engañe es cierto, // Según dejó en mi sentido // Impreso el dulce sonido // De la voz con que me ha muerto.” (*Verdad*, 328).

En la escena III, de este momento gozoso y lleno de promesas, le saca abruptamente la llegada de un paje, con un papel en el que don Juan le quiere ver a solas:

*Paje*: “Este, señor don García, // Es para vos.”

*Don García*: “No esté así”.

*Paje*: “Criado vuestro nació.”

*Don García*: “Cúbrase por vida mía. (*Lee a solas*) // <<Averiguar cierta cosa // Importante a solas quiero // Con vos: a las siete espero // En San Blas—Don Juan de Sosa>>. // (*Ap.*: ¡Válgame Dios! ¡Desafío! // ¿Qué causa podrá tener // Don Juan, si yo vine ayer, // Y él es tan amigo mío?) // Decid al señor don Juan // Que esto será así.”

El suspenso creado en el Acto primero por Alarcón, en el Acto segundo, lejos de disiparse, aumenta con la cita de Lucrecia, que don García en este momento ha confundido con Jacinta; suspenso que llega a un punto más alto aún con el desafío de don Juan. La escena III termina con don García que le pide a Tristán la capa y la espada, con lo cual Alarcón alude a las comedia de capa y espada tan populares en el teatro del siglo de oro.

En la escena V don Beltrán le pide a Tristán qué hizo don García en el paseo de la mañana a la platería y Tristán le confía que don García es mentiroso:

*Tristán*: “[d. García] Tiene un ingenio excelente // Con pensamientos sutiles; // Mas caprichos juveniles // Con arrogancia imprudente, // De Salamanca reboza // La leche, y tiene en los labios // Los contagiosos resabios // De aquella caterva moza: // Aquel hablar arrojado, // Mentir sin recato y modo, // Aquel jactarse de todo, // Y hacerse en todo extremado. // Hoy en término de un hora // Echó cinco o seis mentiras” (*Verdad*, 328).

En la escena VIII Isabel le confía a Jacinta que Lucrecia ha enviado el mensaje a don García para ofrecer su balcón y facilitar en él el encuentro entre don García y Jacinta. Son las cinco de la tarde y de pronto Isabel ve a don Beltrán y a don García que se pasean a caballo:

*Isabel*: “¡Ay señora! ¡Don Beltrán // Y el perulero a su lado!”

*Jacinta*: “¿Qué dices?”

*Isabel*: “Digo que aquel // Que hoy te habló en la Platería // Viene a caballo con él. // Mírale.”

*Jacinta*: “Por vida mía, // Que dices verdad, que es él. // ¡Hay tal! ¿Cómo el embustero // Se nos fingió perulero, // Si es hijo de don Beltrán?”

*Isabel*: “Los que intentan, siempre dan // Gran presunción al dinero, // Y con ese medio hallar // Entrada en tu pecho quiso; // Que debió de imaginar // Que aquí le ha de aprovechar // Más ser Midas que Narciso.”

*Jacinta*: “En decir que ha que me vio // Un año, también mintió; // Porque don Beltrán me dijo // Que ayer a Madrid su hijo // De Salamanca llegó” (*Verdad*, 329).

En la escena IX Don Beltrán trata en vano de explicarle a don García que el que miente no puede considerarse caballero, pero al proponerle el casamiento con Jacinta, don Beltrán no sabe que don García ha confundido a Jacinta con Lucrecia y por ello don García rehúsa el casamiento con Jacinta, convencido como está que Lucrecia es la que él ama. Para convencer al padre don García se inventa otra mentira, o sea, que él ya está casado, contándole una historia ficticia de una pobre niña que, habiéndolo admitido en su alcoba, para salvarle el honor y aplacar al padre y hermanos, después de un encuentro violento con varios miembros de su familia, les propuso el casamiento. Conmovido por la nobleza de su hijo don Beltrán comprende la decisión del hijo. En la escena XI, Don García va a la cita con don Juan y le explica (con otra mentira) que la dama cuya fiesta se celebró en el río ya es casada y no es conocida en la corte. Ante la satisfacción de don Juan que considera terminada la cuestión, don García le obliga a desenvainar la espada por sentirse ofendido del desafío. Mientras se acuchillan llega don Félix que explica que todo es consecuencia de una confusión y que no se deben acuchillar por algo que no ha sucedido:

*Don Félix*: “Y pues bien quedado habéis // Con esto, merezca yo // Que a quien de celoso erró // Perdón y la mano deis” (*Verdad*, 331-332).

En la escena XIII don Juan y don Félix se asombran de la facilidad con la que don García, que se ha revelado por caballero valeroso y con sentido del honor, pueda decir embustes:

*Don Juan*: “Lo que me tiene dudoso // Es que sea mentiroso // Un hombre que es tan valiente, // Que de su espada el furor // Diera a Alcides pesadumbre.”

*Don Félix*: “Tendrá el mentir por costumbre, // Y por herencia el valor.” (*Verdad*, 322).

En la escena XVI se verifica la entrevista entre don García y las dos primas que él no distingue. Jacinta le reprocha a don García las mentiras y éste no parece arrepentirse, más aun, cree poder justificar los embustes como prueba de su fidelidad a la dama amada, que en realidad es un desdoblamiento entre Jacinta y Lucrecia. Satisfecho con estar ya casado en su mente, puede rechazar la propuesta del padre:

*Don García*: “Mi padre llegó a tratarme // De darme otra mujer hoy; // Quise con eso excusarme; // Que mientras hacer espero // Con vuestra mano mis bodas, // Soy casado para todas, // Solo para vos soltero. // Y como vuestro papel // Llegó esforzando mi intento, // Al tratarme el casamiento // Puse impedimento en él, // Este es el caso: mirad // Si esta mentira os admira, // Cuando ha dicho esta mentira // De mi afición la verdad.”

Lo único que don García considera seguro es que Lucrecia es el nombre de su amada. En un momento de la conversación con Jacinta lo declara abiertamente, provocando la ira de la misma que se va después de escarnecerlo como mentiroso:

*Jacinta:* “Hasta aquí pudo llegar // El mentir desvergonzado. // Si en lo mismo que yo vi // Os atrevéis a mentirme, // ¿Qué verdad podréis decirme? // Idos con Dios, y de mí // Podéis desde aquí pensar, // Si otra vez os diere oído, // Que por divertirme ha sido; // Como quien para quitar // El enfadoso fastidio // De los negocios pesados, // Gasta los ratos sobrados // En las fábulas de Ovidio.”

*Don García:* “Escuchad, Lucrecia hermosa.”

*Lucrecia (Ap.):* “Confusa quedo.”

*Don García:* “Estoy loco // ¡Verdades valen poco!”

*Tristán:* “En la boca mentirosa.”

*Don García:* “¡Que haya dado en no creer // Cuánto digo!”

*Tristán:* “¿Qué te admiras, // Si en cuatro o cinco mentiras // Te ha acabado de coger? // De aquí, si lo consideras, // Conocerás claramente // Que quien en las burlas miente, // Pierde el crédito en las veras.”

Termina así el Acto segundo en el que varias situaciones y personajes se hallan resueltos y enmarcados en una perspectiva distinta, como por ejemplo don García, ya conocido por embustero y mentiroso, pero capaz de defender su honor con capa y espada y hacerse fama de espadachín valiente; asimismo el noviazgo entre don García y Jacinta se ha roto, pero a esta ruptura le sigue un noviazgo que es nuevo solo en nombre, pues el incipiente noviazgo entre don García y Lucrecia, para el perulero no es más que la confirmación del noviazgo con Jacinta, o sea, Lucrecia, según su convicción que ése es el nombre de la dama que el caballero debe amar. Esta nueva situación deberá esperar su desenvolvimiento en el Acto tercero. La escena I de este tercer acto se abre en casa de don Sancho, padre de Lucrecia, y es ésta la que recibe de su escudero un papel de don García que, por prudencia, dice que lo destruirá sin leerlo. Pero le insta a comunicarle a don García que le espera esa tarde en el convento de la Madalena. La escena II se despliega en casa de don Beltrán, padre de don García, que insta a su hijo a que vaya y traiga a su esposa Lucrecia, pero el mentiroso, para ganar tiempo, se inventa otro embuste, o sea, que es peligroso hacer caminar a Lucrecia porque está preñada:

*Don García:* “Porque está preñada; // Y hasta que un dichoso nieto // Te dé, no es bien arriesgar // Su persona en el camino.”

*Don Beltrán:* “¡Jesús! Fuera desatino, // Estando así, caminar. // Mas dime, ¿cómo hasta aquí // No me lo has dicho, García?”

*Don García:* “Porque yo no lo sabía; // Y en la que ayer recibí // De doña Sancha me dice // Que es cierto el preñado ya.”

*Don Beltrán:* “Si un nieto varón me da, // Hará mi vejez felice. // ...Mas di ¿cuál es de tu suegro // El propio nombre?”

*Don García:* ¿De quien?

*Don Beltrán:* “De tu suegro.”

*Don García (Ap. Aquí me pierdo):* “Don Diego.”

*Don Beltrán:* “O yo me he engañado, // U otras veces le has nombrado // Don Pedro.”

*Don García:* “También me acuerdo // Deso mismo; pero son // Suyos, señor, ambos nombres” (*Verdad*, 334).

En la escena III se confirma la confusión de don García que, para contradecir la opinión de Tristán de darle joyas a Lucrecia para ganarla, don García le recuerda que ella ya una vez rehusó esa oferta en la Platería, confundiendo Lucrecia con Jacinta que en la escena V del Acto primero, había rehusado la oferta de don García. La escena termina con el mensaje de Lucrecia de encontrar al atardecer a don García en el convento de la Madalena. Ese encuentro es el tema de la escena IV que precisamente se desenvuelve en el claustro del convento. Lucrecia y Jacinta, ambas cubiertas por un manto y un velo, que les esconde el rostro, esperan la llegada de don García. El encuentro ocurre en la escena V en la que Camino le advierte a don García que Lucrecia es la que tiene el papel en la mano. Pero Jacinta quiere ver el papel y Lucrecia se lo entrega, amentando la confusión de don García sobre la identidad de Lucrecia. En la escena VI Jacinta lee el papel que don García ha escrito a Lucrecia y en el que le declara su amor:

*Jacinta (Lee):* “<<Ya que mal crédito cobras // De mis palabras sentidas, // Dime si serán creídas, // Pues nunca mienten, las obras. // Que si consiste el creerme, // Señora, en ser tu marido, // Y ha de dar el ser creído // Materia al favorecerme, // Por este, Lucrecia mía, // Que de mi mano te doy // Firmado, digo que soy // Ya tu esposo don García>>” (*Verdad*, 336).

Jacinta le aconseja a Lucrecia que se tapen bien con el manto y el velo para ver si don García miente. Don García expresa su admiración por Lucrecia, sin poder conocer la identidad de las dos damas embozadas, de manera que sus alabanzas se dirigen a ambas. De pronto Jacinta le pregunta si la reconoce:

*Jacinta:* “¿Conoceisme?”

*Don García:* “¡Y bien, por Dios! // Tanto, que desde aquel día // Que os hablé en la Platería, // No me conozco por vos: // De suerte que de los dos // Vivo más en vos que en mí; // Que tanto, desde que os vi, // En vos transformado estoy, // Que ni conozco el que soy, // Ni me acuerdo del que fui.”

*Jacinta:* “Bien se echa de ver que estáis // Del que fuiste olvidado, // Pues sin ver que sois casado // Nuevo amor solicitáis.”

*Don García:* “¡Yo casado! ¿En eso dais?”

*Jacinta*: “¿Pues no?”

*Don García*: “¿Qué vana porfía! // Fue, por Dios, invención mía, // Por ser vuestro.”

*Jacinta*: “O por no sello, // Y si os vuelven a hablar dello, // Seréis casado en Turquía.”

*Don García*: “Y vuelvo a jurar, por Dios, // Que en este amoroso estado // Para todas soy casado, // Y soltero para vos.”

*Jacinta (Ap. a Lucrecia)*: “¿Ves tu desengaño?”

*Lucrecia (Ap.)*: “¿Ah cielos! // Apenas una centella // Siento de amor, y ya della // Nacen volcanes de celos.”

*Don García*: “Aquella noche, señora, // Que en el balcón os hablé, // ¿Todo el caso no os conté?”

*Jacinta*: “¿A mí en balcón!”

*Lucrecia (Ap.)*: “¿Ah traidora!”

*Jacinta*: “Advertid que os engañáis. // ¿Vos me hablastes?”

*Don García*: “¿Bien por Dios!”

*Lucrecia (Ap.)*: “¿Hablaisle de noche vos, // Y a mí consejos me dais!” (*Verdad*, 326).

Lucrecia no se da cuenta que Jacinta, resentida de los embustes de don García, quiere mostrarle a la prima que siempre será mentiroso. Al fin, cansada de las protestas de don García y para terminar la conversación le dice sin rodeos:

*Jacinta*: “¿Qué importa que verdad sea, // Si el que la dice sois vos? // Que la boca mentirosa // Incurre en tan torpe mengua, // Que solamente en su lengua // Es la verdad sospechosa” (*Verdad*, 327).

Las espirales de contradicciones y confusiones de identidad que se han desgajado de los embustes de don García, finalmente parecen hallar su solución en las escenas XIII y XIV, en casa de don Juan de Luna que, habiendo asumido el papel de padrino de las bodas, asigna a don García la mano de Lucrecia:

*Don Juan de Luna*: “Es en eso Lucrecia tan dichosa, // Que pienso que es soñado el bien que veo // Con perdón del señor don Juan de Sosa. // Oíd una palabra, don García. // Que a Lucrecia queréis por vuestra esposa // Me ha dicho don Beltrán.”

*Don García*: “El alma mía, // Mi dicha, honor y vida está en su mano.”

*Don Juan de Luna*: “Yo desde aquí por ella os doy la mía; (*Se dan las manos*) // Que como yo sé en eso lo que gano, // Lo sabe ella también, según la he oído // Hablar de vos.”

*Don García*: “Por bien tan soberano // Los pies, señor don Juan de Luna, os pido” (*Verdad*, 339).

En la escena final, cuando todos creen que las bodas ya están decididas, don García sorprende a todos:

*Don Sancho:* “Llegad, ilustres mancebos, // A vuestras alegres novias, // Que dichosas se confiesan, // Y os aguardan amorosas.”

*Don García:* “Agora de mis verdades // Darán probanza las obras.” (*Vanse don García y don Juan a Jacinta*).

*Don Juan:* “¿Adónde vais, don García? // Veis allí a Lucrecia hermosa.”

*Don García:* “¿Cómo Lucrecia!”

*Don Beltrán:* “¿Qué es esto!”

*Don García (A Jacinta):* “Vos sois mi dueño, señora.”

*Don Beltrán:* “¿Otra tenemos?”

*Don García:* “Si el nombre // Erré, no erré la persona. // Vos sois a quien yo he pedido, // Y vos la que el alma adora.”

*Lucrecia:* “Y este papel, engañoso, // Que es de vuestra mano propia, // ¿Lo que decís no desdice?”

*Don Beltrán:* “¿Que en tal afrenta me pongas!”

*Don Juan:* “Dadme, Jacinta, la mano, // Y daréis fin a estas cosas.”

*Don Sancho:* “Dale la mano a don Juan.”

*Jacinta (A don Juan):* “Vuestra soy.”

*Don García (Ap.):* “Perdí mi gloria.”

*Don Beltrán:* “¿Vive Dios, si no recibes // A Lucrecia por esposa, // Que te he de quitar la vida!”

*Don Juan de Luna:* “La mano os he dado agora // Por Lucrecia, y me la distes; // Si vuestra inconstancia loca // Os ha mudado tan presto, // Yo lavaré tal deshonra // Con sangre de vuestras venas.”

*Tristán:* “Tú tienes la culpa toda; // Que si al principio dijeras // La verdad, esta es la hora // Que de Jacinta gozabas. // Ya no hay remedio: perdona. // Y da la mano a Lucrecia, // Que también es buena moza.”

*Don García:* “La mano doy, pues es fuerza.”

*Tristán:* “Y aquí verás cuán dañosa // Es la mentira; y verá // El senado que en la boca // Del que mentir acostumbra, // Es *la verdad sospechosa*”.

Como hemos observado en *Las paredes oyen*, también en *La verdad sospechosa*, la acción se mueve y desarrolla en distintos lugares de Madrid: la casa de don Beltrán, la Platería de Madrid, la casa de don Sancho, el Paseo de Atocha en Madrid, una calle, el claustro del Convento de la Madalena en Madrid, la casa de don Juan de Luna. A esta dinámica logística corresponde la libertad de personajes y situaciones, siempre en tren de modificarse y adaptarse a lo imprevisto y al suspenso que domina esta comedia arraigada en una nueva concepción del teatro, moderna y, a la vez, clásica, según la cual el medio puede entretener y educar al mismo tiempo.



## VII. POESÍA

### 1. Gutierre de Cetina

En el “Prólogo” a su edición de los “Poetas líricos de los siglos XVI y XVII,” para la colección Rivadeneira de la Biblioteca de Autores Españoles, Don Adolfo de Castro agradecía a don José María de Álava, catedrático de la Universidad de Sevilla, que le había ofrecido para su lectura “un antiguo códice de las poesías de Gutierre de Cetina.<sup>41</sup> Este editor admite que son pocas las “noticias de la vida de este ilustre poeta [que] han llegado hasta nosotros” (*Poetas líricos*, xvl). Nació Gutierre de Cetina en Sevilla en los primeros años del siglo XVI. Tomó parte en las guerras de Italia y participó con el emperador Carlos V en la jornada de Túñez contra Barbarroja y militó con Fernando de Austria en la campaña de Flandes contra los franceses. Su valentía como soldado le valió la amistad y la protección del Príncipe de Ascoli.<sup>42</sup> Amigo de Boscán, Garcilaso, don Diego Hurtado de Mendoza y don Jerónimo de Urrea, Cetina fue discípulo, como los mencionados, de la escuela poética italiana. Adoptó el nombre poético de Vandalio y dio el de Dorida a la mujer que le inspiró varias composiciones. A su mentor, Don Antonio de Leyva, Príncipe de Ascoli, dedicó un soneto en el que advierte el acecho de Cupido al despertar la pasión amorosa:

Este andar y tornar, ir y volverte, // Lavino, el caminar y no mudarte; // Este incierto partir y no apartarte, // Y el irte a despedir y detenerte, // Tengo miedo, pastor, que han de encenderte, // Como la mariposa, aquella parte // De libertad que amor pensó dejarte // Sino por descuidarte y ofenderte. // Lo mejor del nadar es no ahogarse, // Jugar y no perder es buen aviso, // Si lo puede excusar quien busca abrojos; // Mas ¿quién podrá, quién bastará a guardarse // De la hermosa vuelta de unos ojos, // De una boca que os muestra un paraíso? (*Poetas líricos*, xvii).

Cuando la muerte, ocurrida en Francia por enfermedad, cogió a don Antonio de Leyva en 1536, Cetina le dedicó al vencedor de Pavía el soneto siguiente:

Deje el estilo ya la usada vena, // Mude el suave en doloroso canto, // Mudar conviene el llanto en mayor llanto, // Y pasar de una grande a mayor pena. // Muer-

<sup>41</sup> *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, editor don Adolfo de Castro, Madrid, BAE, 1966, p. viii. Referencias con la abreviación *Poetas líricos*, seguida de la página.

<sup>42</sup> Don Antonio de Leyva (1480-1536), general de Carlos V, defendió con éxito la ciudad de Pavía del sitio francés encabezado por el rey Francisco I. Derrotó una fuerza muy superior de franceses con su ejército integrado por españoles, alemanes e italianos. En esta batalla prendió al rey francés que fue trasladado a Madrid. Cetina recuerda su muerte durante una expedición en Francia en 1536.

to es el que solía hacer serena // la vida, y nuestra edad alegre tanto; // Muerta es virtud y muerto el vivir santo; // No viva puede haber ya cosa buena. // Eterno lamentar, lloroso verso, // Lágrimas de dolor, oscuro luto // Hagan al mundo fe de común daño; // Lloran, príncipe invicto, a quien adverso // Hado cortó en el dar el primer fruto // El árbol más hermoso. ¡Ay fiero engaño! (*Poetas líricos*, xvii-xviii).

Es probable que la muerte prematura de su protector haya disminuido las esperanzas de éxito en la carrera militar y le haya persuadido a buscar fortuna en la Nueva España, donde un hermano suyo tenía cargo en el gobierno del virrey. Permaneció en la Nueva España por un tiempo antes de volver a su ciudad natal, Sevilla, donde murió hacia el año 1560 (*Poetas líricos*, xviii, nota 2). El manuscrito que comprende más obras de Cetina y que poseyó don José María de Álava en Sevilla se titula *Algunas de las obras de Gutierre de Cetina*, sacadas de su propio original, que él dejó de su mano escrito, Parte primera (*Poetas líricos*, xviii, nota 3). Admirador y colector de obras pictóricas, Cetina nos ha dejado un soneto en que con maestría une la descripción del modelo al artista intento en pintar y el efecto que en el contemplador surte el cuadro terminado:

Pincel divino, venturosa mano, // Perfecta habilidad, única y rara, // Concepto altivo de la envidia avara, // Si te piensa enmendar, presume en vano. // Delicada matiz, que el ser humano // Nos muestra cual el cielo lo mostrara; // Beldad cuya beldad se ve tan clara, // Que al ojo engaña el arte soberano. // Artífice ingenioso, que sentiste // Cuando tan cuerdamente contemplabas // El sujeto que muestran tus colores, // Dime: si como yo la vi la viste, // El pincel y la tabla en que pintabas // Y tú ¿cómo no ardéis, cual yo de amores? (*Poetas líricos*, 48).

En la Canción IV, *Al río Betis*, Cetina logra evocar su vida a través de los ríos de España: además del Duero, enumera dos tributarios del mismo río, el Pisuegra y el Tormes; además del Duero, nombra otro río que termina en Portugal, el Tajo, o Tago que se echa en el Atlántico, cerca de Lisboa. El estribillo, dedicado al Betis, acompaña los recuerdos de la vida del soldado-poeta:

Pisuegra sabe bien que fue testigo // De mi dolor primero, // Si de todo mi mal recibe el pago; // Y si fuere mayor del mal que digo, // También lo sabe Duero, // Tormes lo sabe bien, sábelo Tago, // Que la vieron pasar. ¿Con cuál halago // Me regaló viniendo ora por verte? // Y aun tú Betis, también viste una parte // De mi felicidad, mientras con arte // Simulaba el engaño de mi muerte, // Pues quien tan buena suerte // Perdió viéndose tal, sin ella agora, // Mira si con razón vive quejoso // Del cielo, del amor de su pastora, // Lloro, padre piadoso, // Y si el tributo usado al mar envías, // Do tus lágrimas van vayan las mias (*Poetas líricos*, 50).

Para terminar esta breve referencia a Cetina, citemos el madrigal más famoso que nos dejó:

Ojos claros, serenos, // Si de un dulce mirar sois alabados, // ¿Por qué, si me miráis, miráis airados? // Si cuando más piadosos, // Más bellos parecéis a aquel que os mira, // No me miréis con ira, // Porque no parecéis menos hermosos, // ¡Ay tormentos rabiosos! // Ojos claros, serenos, // Ya que así me miráis, miradme al menos (*Poetas líricos*, 42).

En esta composición la belleza se le aparece al poeta como un ente platónico, libre e independiente de las emociones e impulsos terrenos que, aún latentes en el objeto bello, no empañan la visión del poeta. La belleza triunfadora se coloca más allá de los sentimientos y de la percepción subjetiva del poeta que al final concede la distancia entre lo eterno platónico y lo contingente humano y emotivo, la dulce plegaria frente al absoluto, la quejosa instancia ligada a la pasión endeble y fugitiva que nunca podrá borrar la olímpica belleza de esa mirada.

## 2. El barroco y el eterno femenino en Sor Juana Inés de la Cruz

En el lenguaje de Sor Juana Inés de la Cruz nos es dado detectar un dominio estilístico que anuncia y revela un deseo de autonomía espiritual, ya no a la rebelión, sino a la perfección de la obra que España estaba logrando en el Nuevo Occidente: una utopía de medidas sobrehumanas y avasalladoras, atestiguada en el ejemplo de *Primero Sueño*. Ejemplo de un barroco gongorino es este inicio del *Primero Sueño*, con el que Sor Juana sella ese siglo áureo al que nos hemos referido:

Piramidal, funesta de la tierra // nacida sombra, al cielo encaminaba // de vanos obeliscos punta altiva, // escalar pretendiendo las estrellas; // si bien sus luces bellas // esemptas siempre, siempre rutilantes, // la tenebrosa guerra // que con negros vapores le intimaba // la vaporosa sombra fugitiva // burlaban tan distantes, // que su atezado ceño // al superior convexo aún no llegaba // del orbe de la diosa // que tres veces hermosa // con tres hermosos rostros ser ostenta; // quedando sólo dueño // del aire que empañaba // con el aliento denso que exhalaba. // Y en la quietud contenta // de impero silencioso, // sumisas sólo voces consentía // de las nocturnas aves // tan oscuras tan graves, // que aún el silencio no se interrumpía.<sup>43</sup>

<sup>43</sup> Véase Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*. Prólogo de Francisco Monterde. México, Porrúa, 2013, p. 183. Referencias con la abreviación *Obras*, seguida de las páginas.

Además de este texto fundamental del siglo áureo, se debe incluir otro texto de Sor Juana, el *Villancico VIII, Ensaladilla*, en honor de la Virgen, con el que adhirió a los festejos que se organizaron en México. El texto de Sor Juana incorpora varios estilos y lenguajes: el castellano octosilábico del romancero tradicional, el náhuatl hablado por los aztecas y el dialecto de los esclavos negros, en una composición que aspira a incluir la variedad del mosaico humano y de las clases sociales que integraban la Nueva España:

*Introducción—Jura*

A la aclamación festiva  
De la Jura de su Reina  
Se juntó la Plebe humana  
Con la Angélica Nobleza.  
Y como Reina es de todos,  
Su Coronación celebran,  
Y con majestad de voces  
Dicen en canciones Regias:

*Coplas—Reina*

Ángeles y hombres, Señora,  
Os juramos, como veis,  
Con que Vos os obliguéis  
A ser nuestra Protectora.  
Y os hacemos homenaje  
De las vidas; y así, Vos  
Guardad los fueros que Dios  
Le dio al humano linaje.  
Vos habéis de mantenernos  
En paz y justicia igual,  
Y del contrario infernal  
Con aliento defendernos.  
Con esto, con reverencia,  
Conforme en varios modos,  
Por los Evangelios todos  
Os juramos la obediencia.

*Prosigue la Introducción*

No faltó en tanta grandeza,  
Donde nada es bien que falte,  
Quien con donaires y chistes  
Tanta gloria festejase.  
Porque dos Negros, al ver  
Misterios tan admirables,  
Heráclito uno, la llora;  
Demócrito otro, la aplaude.

*Negrillos*

1. Cantemo, pilico,

Que se va las Reina,  
 Y dalemu turo  
 Una noche buena.  
 2. Iguale yolale,  
 Flacico, de pena,  
 Que nos deja ascula  
 A turo las Negla.  
 1. Si las Cielo va  
 Y Diosos la lleva,  
 ¿pala qué yolá,  
 Si Ella sa cuntenta?  
 Sarà muy galana,  
 Vitita ri tela,  
 Milando la Sole,  
 Pisando la Streya.  
 2. Déjame yolá,  
 Flacico, pol Eya,  
 Que se va, y nosotlo  
 La Oblaje nos deja.  
 1. Caya, que sa siempre  
 Milando la Iglesia;  
 Mila la Pañola,  
 Que se quela plieta.  
 2. Bien dici, Flacico:  
 Tura sa suspensa;  
 Si tú quiele, demo  
 Unas cantaleta.  
 1. ¡Nombre de mi Dioso,  
 Que sa cosa buena!  
 Aola, Pilico,  
 Que nos mila atenta:  
*Estribillo*  
 --¡Ah, ah, ah,  
 Que la Reina se nos va!  
 --¡Uh, uh, uh,  
 Que non blanca como tú,  
 Nin Pañó que no sa buena,  
 Que Ella dici: So molena  
 Con las Sole que mirá!  
 --¡Ah, ah, ah,  
 Que la Reina se nos va!  
*Prosigue la Introducción*  
 Los Mejicanos alegres  
 También a su usanza salen,  
 Que en quien campa la lealtad  
 Bien es que el aplauso campe;  
 Y con las cláusulas tiernas

Del Mejicano lenguaje,  
En un Tocatín sonoro  
Dicen con voces süaves:

*Tocatín*

--Tla ya timohuica,  
Totlazo Zuapilli,  
Maca ammo, Tonantzin,  
Titechmoilcahuiliz.  
Ma nel in Ilhuicac  
Huel timomaquítiz,  
¿amo nozo quenman  
Timotlalnamictiz?  
In moayolque mochtin  
Huel motilinizque;  
tlaca amo, tehuatzin  
ticmomatlaniliz.  
Ca mitztlacamati  
Matlazo Piltzintli,  
mac tel, in tepampa  
xicmotlatltauhtili.  
Tlaca ammo quinequi,  
Xicmoilnamiquili  
Ca monacayotzin  
Oticmomaquiti.  
Mochichihualayo  
Oquimomitili,  
tla motemictía  
ihuan Tetepitzin.  
Ma mopampantzincó  
In moayolcatintin,  
in itla pohpolltin,  
tictomacehuizque.  
Tatlatlácol machtin  
Tioloquiztizque;  
Ilhuicac tiazque,  
Timitzitalizque:  
In campa cemicac  
Timonemitiliz,  
Cemicac mochíhuaz  
In manahuatiltzin (*Obras*, 211-212).

El título de este villancico—*Ensaladilla*—se refiere a la variedad de la composición, que consta de una introducción, una “Jura,” que se refiere a la Asunción de la Virgen, o sea, a su coronación como Reina del cielo, la intervención de los “Negrillos”, que hacen las veces de los pastorcitos del género, y el “Tocatín”, nombre

prestado de una danza azteca, con connotación onomatopéyica, por el ritmo: “toco, toco, totoco, toco...”. De las estrofas de “Negrillos,” Alfonso Méndez Plancarte ha dado la siguiente traducción-paráfrasis:

Cantemos, Perico, // que se va la Reina, // y démosle todos // una noche buena //  
 --Igual es llorar, // Blasico, de pena: // que a todos los Negros // a oscuras nos deja.  
 // --Si al Cielo se va // y Dios se la lleva, // para qué llorar, // si Ella está contenta?  
 // --Muy linda estará // vestida de seda, // contemplando el Sol, // pisando la Estrella.  
 // --Déjame llorar, // Blasico, por Ella: // se va, y a nosotros // al Obraje deja.  
 // --¡Calla, que está siempre // mirando a la Iglesia! // Mira a la Española, // que se queda prieta.  
 // --Bien dices, Blasico: // toda está suspensa; // si tú quieres, demos // una cantaleta.  
 // --¡Noble de mi Dios, // que es cosa tan buena! // ¡Ahora, Perico, // que nos mira atenta!  
 // --Ah, ah, ah! // que la Reina se nos va! // --¡Uh, uh, uh, // que no es blanca como tú,  
 // ni Española, que no es buena; // que Ella dice: Soy Morena // porque el Sol mirado me ha!<sup>44</sup>

Del “Tocotín,” transcrito más arriba y que inicia “Tla ya timohuica,” el mismo editor nos ha dejado esta traducción en exasílabos:

Amada Señora, // si te vas y tristes // nos dejas, ¡Oh Madre, // no allá nos olvides! // Por mucho que el Cielo // ya se regocije, // ¿no te acordarás // de quienes aún gimen? // Todos sus devotos // allá han de subirse, // o tú has de subirnos // con tu mano, ¡oh Virgen! // Pues agradecido // tu amado Hijo vive // contigo, ¡por todos, // oh Madre, suplícale! // Y si Él no quisiere, // recuérdale y dile // que tu tierna Carne // virginal le diste; // que bebió la leche // con que lo nutriste, // y que –Pequeñito-- // su sueño meciste. // Tus pobres devotos // serenos, felices, // por tu mediación // dignos de servirte. // Y echando a rodar // nuestras culpas tristes, // iremos al Cielo, // verémoste, oh Virgen: // donde para siempre // Tú reinas y vives; // donde tu mandato // siempre ha de cumplirse (*Plancarte*, 365).

Con Sor Juana Inés de la Cruz se cierra el siglo áureo de la Nueva España, un período de activa hispanización de la tierra firme explorada y conquistada por Cortés y donde el Nuevo Occidente adquirió su identidad y presumió elaborar una bella y seductora utopía.

<sup>44</sup> Véase esa traducción en *Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, Tomo II, Villancicos y Letras Sacras. Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México: Fondo de Cultura Económica, 1952, pp. 363-364. Referencias con la abreviación *Plancarte* seguida de la página.

## BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- Ares Queija, Berta. *Tomás López Medel. Trayectoria de un clérigo-oidor ante el nuevo mundo*. Guadalajara, Instituto Provincial de Cultura Marqués de Santillana, 1993.
- Cervantes de Salazar. *México en 1554 y Tímulo Imperial*. Editor Edmundo O'Gorman. México, Porrúa, 1963.
- Cetina, Gutierre de. *Poesías*, en *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*. Editor don Adolfo de Castro. Madrid, BAE, 1966.
- Clavijero, Francisco Javier. *Historia Antigua de México*. Editor Mariano Cuevas. México, Porrúa, 1991.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación al Emperador Carlos V*. Editor, don Enrique de Vedia, en *Historiadores primitivos de Indias*. Madrid, BAE, 1946.
- Cro, Stelio. "Textos Fundacionales de América V: Primera Parte, Primera Sección: el Nuevo Occidente visto por el conquistador: Hernán Cortés," *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, N. 39, Madrid, FUE, 2014, pp. 193-368.
- \_\_\_\_\_. "Textos Fundacionales de América VI: Primera Parte, Segunda Sección: la antropología del Nuevo Occidente: Bernal Díaz del Castillo," *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, N. 41, Madrid, FUE, 2015, pp. 141-318.
- \_\_\_\_\_. "Textos Fundacionales de América VII: Segunda Parte: el Nuevo Occidente visto por el otro. Las dos repúblicas," *Cuadernos para Investigación de Literatura Hispánica*, N. 42, Madrid, FUE, 2016, pp. 183-416.
- Cruz, Sor Juana Inés de la. *Obras Completas*. Tomo II: *Villancicos y Letras Sacras*. Editor Alfonso Méndez Plancarte. México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- \_\_\_\_\_. *Obras Completas*. Prólogo de Francisco Monterde. México, Porrúa, 2013.
- Cunill, Caroline. "Tomás López Medel y sus Instrucciones para Defensores de Indios: una propuesta innovadora," *Anuario de Estudios Americanos*, 2011, Vol. 68, N. 2, pp. 539-563.
- \_\_\_\_\_. *Los defensores de indios en el Yucatán y el acceso de los mayas a la justicia colonial, 1540-1600*. Mérida, UNAM, 2012.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición, estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid. Real Academia Española, 2011.



- Gómara, Francisco López de, *Conquista de México*, en *Historiadores primitivos de Indias*, Vol I, editor, don Enrique de Vedia, Madrid, BAE, 1946, pp. 296-455.
- Landa, Fray Diego de. *Relación de las cosas de Yucatán*. México, Monclém Ediciones, 2000.
- Las Casas, Fray Bartolomé de. *Historia de las Indias*. Editor, Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid, BAE, 1961.
- Sahagún, Fray Bernardino de. *Historia General de las cosas de Nueva España*. Códice Florentino en la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia, Italia.
- \_\_\_\_\_. *Historia General de las cosas de Nueva España*. Nueva edición de Angel María Garibay K., México, Editorial Porrúa, 1999.
- Torquemada, Fray Juan de, *Monarquía Indiana*, Madrid, en la oficina y a costa de Nicolás Rodríguez Franco. Año de 1723, 3 tomos.
- Traslosheros, Jorge E. *Iglesia, justicia y sociedad en la Nueva España. La Audiencia del Arzobispado de México (1528-1668)*. México, Universidad Iberoamericana-Porrúa, 2004.

INDICE	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN .....	123
I. EL ANTECEDENTE DE FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN .....	125
II. HISTORIA: LA CATARSIS OCCIDENTAL EN LA OBRA DE FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR .....	126
1. UNA HIPÓTESIS DE SOLUCIÓN ANTE LAS INCONGRUENCIAS EN LA CRONOLOGÍA DE LA BATALLA DE OTUMBA .....	127
III. EL CONQUISTADOR .....	132
1. CORTÉS Y LA ALIANZA CON LOS TLAXCALTECAS .....	132
2. BATALLA DE OTUMBA Y VICTORIA ESPAÑOLA .....	142
3. UN MENSAJERO LE COMUNICA A CORTÉS LA LLEGADA DE UN NAVÍO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LOS BERGANTINES .....	147
4. CORTÉS ENVÍA A SANDOVAL PARA TRAER LOS BERGANTINES. DESTRUCCIÓN DEL PUEBLO MORISCO .....	152
5. TOMA DE IZTAPALAPA .....	157
6. EL RELATO DE LA CRÓNICA COMPLEMENTO A CORTÉS Y BERNAL .....	159
7. CORTÉS VISITA TACLOPÁN, LUGAR DE LA “NOCHE TRISTE” .....	160
8. DESTRUCCIÓN DE XOCHIMILCO .....	165
9. SAQUEOS DE LOS TLAXCALTECAS .....	171
10. CORTÉS LOGRA COMPLETAR EL CERCO DE TENOCHTITLAN .....	172
11. EL MISTERIO DEL TESORO DE MOCTEZUMA Y EL PIRATA FRANCÉS .....	176

12. ALONSO DE ÁVILA .....	179
13. CAUTIVERIO Y MUERTE DE MOCTEZUMA .....	187
IV. CORTÉS Y LOS OTROS .....	191
1. MUJERES ESPAÑOLAS EN LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA .....	191
2. CAPITANES VALIENTES .....	193
3. EL ATAQUE FINAL Y EL CAMBIO DE ESTRATEGIA DE CORTÉS EN LA PASCUA DE RESURRECCIÓN DE 1521 .....	199
4. MOTOLINÍA .....	206
5. EL VOLCÁN POPOCATÉPTL .....	208
V. MÉXICO EN 1554 .....	212
VI. TEATRO: ALARCÓN, MORALISTA DEL SIGLO DE ORO .....	214
1. LAS PAREDES OYEN .....	214
2. LA VERDAD SOSPECHOSA .....	230
VII. POESÍA .....	243
1. GUTIERRE DE CETINA .....	243
2. EL BARROCO Y EL ETERNO FEMENINO EN SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ .....	245
BIBLIOGRAFÍA SELECTA .....	250
INDICE .....	252